ESTÍMULOS

VICENTE CARRIDO PASTOR
Fundador del Instituto Secular
Obreras de la Cruz

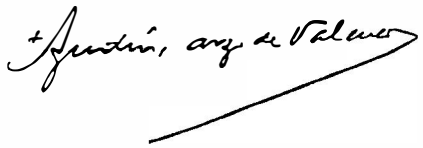
ESTÍMULOS

3.ª Edición

VALENCIA
1995

Primera edición: Moncada (Valencia), 1952
Segunda edición: Moncada (Valencia), 1962
Tercera edición: Valencia, 1995

Puede imprimirse.



28 de octubre de 1992.

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

I.S.B.N. 84-920343-3-5
Depósito legal: V. 820 - 1995

Artes Gráficas Soler, S. A.
La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

JUSTIFICACIÓN

ESTE libro se editó por primera vez en el año 1952, en vida de nuestro Fundador, y se reimprimió en 1962.

Comprende meditaciones y pláticas de ejercicios dados por el Padre a las Obreras, y que quiso dejar impresas como recuerdo para aquellas que le escucharon.

Ahora, estimando que el bagaje doctrinal de estas páginas sigue conservando plena actualidad, y puede servir de verdadero "estímulo" a todos los miembros del Instituto, para vivir el auténtico espíritu de Cristo, de ayer, de hoy y de siempre, lo volvemos a editar.

Se han respetado los textos, suprimiéndose un párrafo del capítulo XV –Pobreza y espíritu de pobreza–, porque su contenido se ha modificado, según el actual Código de Derecho Canónico.

A LAS OBRERAS

Con expresión de amor a Jesucristo, Eucaristía y Cruz; y a su Madre, la Virgen Dolorosa.

Cual perenne recuerdo y estímulo para todas las Obreras de la Cruz.

En forma de vivo acicate para voluntades deseosas de Aquel que es la verdad, el camino y la vida.

Como verdadera siembra... de ideas salvadoras y emociones puras; de iniciativas y arranques generosos por el Señor.

Para que crezca en los buenos el deseo de una mayor y más eficaz acción apostólica.

El Autor

ABREVIATURAS

Biblia

Col	*Colosenses*	Jn	*S. Juan*
1 Cor	*1.ª Corintios*	1 Jn	*1.ª Juan*
2 Cor	*2.ª Corintios*	Lc	*S. Lucas*
Dt	*Deuteronomio*	Mt	*S. Mateo*
Ecl	*Eclesiastés*	2 Pe	*2.ª Pedro*
Ef	*Efesios*	Rom	*Romanos*
Flp	*Filipenses*	Sab	*Sabiduría*
Gal	*Gálatas*	Sal	*Salmos*
Hch	*Hechos*		

CAPÍTULO I

Preparación

Doy comienzo con estos avisos:

Primero. Aprovechad las horas de estos días de retiro con perfección. Reconcentración interior: Dios y vuestra conciencia, y esto hacedlo en absoluto silencio.

Callad, pero hablando con Dios... El alma es más fecunda cuanto más en silencio habla con Dios. Y en esto radica una de las causas importantes de la fecundidad de los santos ejercicios: en el silencio y reconcentración interior que, a la vez, sea habla del ejercitante consigo mismo y con el Señor. Las grandes ideas, los grandes planes se conciben en el activo silencio interior. Despierta y concentrada el alma, percibe las luces que le comunica la divina gracia. No dejéis perder sentimiento alguno que suscite Jesús en vuestro corazón. Pensad, para ver mejor; planead, para trabajar mejor con creciente renovación de vuestra vida. Y que esta renovación sea tal que, al partir de este Cenáculo, vengáis a ser y os sintáis una con Uno: Obrera con Dios; y una con Una: Obrera con la Virgen.

Segundo. Tome cada una sus notas particulares, las cuales le servirán de valiosa aportación a la dirección espiritual.

Tercero. El "Sit nomen Domini benedictum", el "sea bendito el nombre del Señor", es la alabanza con que iniciamos estos ejercicios. Vivimos en tiempos en que urge la formación y presencia de almas que tengan esta doble característica: santas y apostólicas. El ser Obrera incluye estas dos notas. Pedidle mucho al Señor y a su divina Madre la gracia de ser una perfecta Obrera en su totalidad, cual ramita nacida y crecida en el árbol de la cruz.

Con el pujante crecimiento de esta Obra ocurre como con el árbol que, rápidamente crece, echando copioso ramaje. Pero un día, el brazo fuerte del podador corta con el hacha las ramas infecundas, las que chupan la savia sin producir fruto, con lo cual, las ramas que quedaron crecen con más pujanza, apareciendo nuevos brotes de futuras ramas. Y es llegada la hora de vuestra poda, esto es, de exigir a la Obrera cabal perfeccionamiento, fidelidad completa, vivir como tal en su sentir, en su pensar, en su planear y en su ejecutar. En ninguna Institución pueden hacer algo positivo los miembros muertos, inactivos. Si, pues, hay tanta necesidad de almas santas y apostólicas en el mundo, para recristianizarlo, pensad que a vosotras incumbe el llegar a ser prácticamente de estas almas. Y a este fin, como blanco de vuestros deseos, encaminad vuestras resoluciones.

Cuarto. Estimo oportuno recordaros estas palabras del apóstol san Pablo: "Confío que Aquel que empezó en vosotros la obra buena, la llevará al cabo, la perfeccionará, hasta que llegue el día de Cristo Jesús". [1] Y

---

[1] Cf Flp 1, 6.

pues él empezó en vosotras la obra de vuestra santificación y os dio tan excelsa vocación, confío en que él la perfeccionará hasta el día de su gloriosa venida, en que podáis recibir el premio de vuestra fidelidad. Nunca flaquee vuestra voluntad. Aquel a quien Cristo llama, vence y llega a su meta con tal de que sea fiel. La Virgen vendrá en vuestro apoyo; es vuestra Madre.

Espero que salgáis encendidas en el fuego ardiente del amor divino después de estos días de verdadero trabajo, de vida sobrenatural intensa, para comunicarla a las almas; después de estos días de cielo en la tierra tan propicios para llenaros del espíritu del Señor y poderlo comunicar bien pronto, con fruto abundante en las conciencias, despertándolas al conocimiento de Dios y poniéndoles hambre de la virtud.

Nuestra Obra es viva. Cada miembro, personalmente, contribuye a su existencia, aumento y perfección. Vosotras sois miembros de ella. Su vitalidad dependerá de la que vosotras tengáis. Igual que a la reja del arado, a mí me toca roturar, abrir, sembrar; a vosotras..., sembrar y hacer que cunda en el tiempo venidero la semilla sembrada. Ser prontas a las llamadas de Jesús. La pereza en oír... ensordece a las almas. ¿Temerosas? No; basta un corazón grande, muy grande..., para amar a vuestro Dios.

CAPÍTULO II

Nuestro fin

PODEMOS considerar al mundo:

Primero. Como una gran extensión de tierra cubierta de tinieblas, y parpadeando en medio de esta oscuridad, al igual que en las tinieblas de la noche parpadean en el cielo las estrellas, unos ojos que miran fijamente hacia Dios.

Segundo. Como una inmensidad de terreno cubierto de nieve espesísima de la que parte una frialdad mortal, pero de vez en cuando, en medio de este campo inmenso de nieve, arde una que otra hoguera, dando sus llamaradas de luz y calor.

Tercero. Como un campo grandísimo lleno de zarzales, sembrado de malas hierbas, y en medio de él, de trecho en trecho, un labrador que, fatigado, cansado, pero sin cesar en su trabajo, está limpiando con sus instrumentos esa tierra, para hacerla fecundizar con abundante fruto.

En este mundo oscurecido por las tinieblas de errores y de vicios, en que desconocen a su Creador tantísimas almas; en este campo de nieve, donde mueren

los corazones sin el calor de un amor eterno; en esta tierra del mundo, llena de los abrojos de ofensas al divino Creador, vosotras debéis ser esos ojos que miran al cielo y centellean, dando la luz de la verdad; ese corazón que, cual hoguera, arde y va calentando a su alrededor la nieve de la frialdad y de la indiferencia, hasta derretirla; ese labrador que cava y voltea la tierra llena de maldad, para transformarla en campo fértil que produzca muchas almas para Dios.

Primero. ¿Cuál es nuestro fin? El fin del hombre es conocer, amar y servir a Dios, y mediante esto, salvar su alma. ¿Cuál será, pues, vuestra finalidad como cristianas y Obreras, a cuya dignidad fuisteis llamadas por beneplácito divino? Conocer al Creador. El perrito conoce a su amo; la mula conoce la voz de su dueño; la ovejita conoce el silbido de su pastor; sólo el hombre no conoce a su Dios, a su Creador. Los animales le conocen de una manera instintiva; el hombre, dotado de inteligencia, no quiere conocer a su Pastor, a su Señor. Cuando nuestra vida la vayamos gastando en el conocimiento de Dios, si otra cosa no hiciéramos que fijar nuestros ojos en él para conocer la inmensidad de su poder y de su grandeza; si otra cosa no hiciéramos que conocer a Dios en esa su verdad infinita, de la que, como de un sol, van partiendo ríos de gracias incesantes que caen sobre el mundo, gracias de la vida, gracias de su paternal providencia, gracias del sufrimiento para nuestra purificación, gracias de la elevación del corazón hacia lo eterno, gracias de hacernos sentir un algo que no es de tierra; si otra cosa no hiciéramos que penetrar en ese conocimiento íntimo de Dios en medio del secreto de nuestra conciencia, con ese entender a Dios que es todo vida, todo paz, todo bienestar, todo esperanza y solución de nuestro vivir, con ese de algún modo entender el misterio de grandeza que

Dios encierra, estaríamos cumpliendo la primera parte de nuestro fin.

Dios nos ha hecho para que le contemplemos, le estudiemos y lleguemos a un conocimiento lo más profundo que podamos de él, de sus perfecciones divinas, a las cuales más el alma se acerca cuanto más se perfecciona. No es extraño que las almas que se van introduciendo en la vida contemplativa, pasen embelesadas las horas de su vida en esta divina contemplación. Conocer a Dios. De este conocimiento parte el arrebato del corazón humano hacia el Creador, tiene su arranque el vuelo de nuestros pensamientos y deseos hacia las cosas celestiales. San Pablo, que llegó a ser arrebatado al tercer cielo, que llegó a contemplar cosas que el oído jamás oyó, ni la lengua jamás podrá decir, ni los ojos jamás vieron, al volver sobre sí, sintetiza en esta frase toda su ciencia, todo su conocimiento de Dios: "Yo no me he preciado de saber otra cosa que a Jesucristo y a éste crucificado".[2]

Valiéndonos de las criaturas, ascendamos a Dios para conocerle. Y ascendemos a Dios cuando descendemos sobre nosotros para hallarle en lo profundo de nuestro corazón y, a solas, contemplarle y admirarle en esas operaciones íntimas con que vivifica nuestro ser. Conocemos a Dios por los efectos que produce dentro de nosotros, por los cuales venimos a parar, después de salir de nuestro conocimiento propio, en el conocimiento de un crucifijo, expresión sublime de ese Dios al que en un principio empezamos a conocer por medio de las criaturas.

Conozcamos a Dios en su grandeza, para que así no busquemos grandezas de la tierra. Las grandezas de

---

[2] Cf 1 Cor 2, 2.

criatura son nada; no hay grandeza fuera de Dios. Conozcamos a Dios en su poder, para que sólo en él busquemos el apoyo y el poder que nos harán fuertes, ya en el manejo de la herramienta de nuestro apostolado, ya en la lucha de nuestro vencimiento total, hasta llegar a ser dueños de nuestra voluntad. No fiemos del poder de las criaturas. Es éste tan pequeño que parécese a una gotita de agua desprendida del mar. Nuestro poder esté sólo en Dios. Conozcamos a Dios en su bondad, para encariñarnos más con él. No busquemos bondad en el corazón de las criaturas; si la encontramos, pensemos que es solamente una participación mínima de la divina bondad del Creador. Ni busquemos correspondencia en el corazón humano.

Conozcamos a Dios en sus manifestaciones de amor paternal, de amor de hermano hacia nosotros, al comunicarnos tantísimos bienes, entre ellos, el bien de nuestra vocación. Conozcamos a Dios en la efusión de su ternura hacia nosotros, al habernos escogido entre tantísimas almas para que vengamos a ser muy suyos, de vida muy íntima, y podamos convertirnos en algo que él necesita para hacer resplandecer más en el mundo su divina gloria. Conozcamos a Dios para empaparnos cada vez más de su divino vivir.

¿Cumples, Obrera, esta parte del fin de tu vida? Las horas que inviertas en el estudio y conocimiento de tu Dios, son tiempo redimido. Cumplido empleo que darás a tu vida de este modo. Sean tus ojos cual lucecillas que brillen en medio de tanta oscuridad que reina en las almas, las cuales no aciertan a saber que está Dios en la prueba, en la enfermedad, en aquella visita del sufrimiento; no conocen a Dios en aquella llamada a su conciencia; no quieren conocerle en aquella prueba por la cual les hace pasar; no ven a Dios en aquellas almas que le reclaman, en aquel trabajo humilde que

realizan. Y les precisa penetrar y conocer más a Dios para ver su divina voluntad.

Por tanto, esforzaos por alcanzar un conocimiento penetrante de Dios, pues según san Pablo "en él vivimos, nos movemos y somos".[3] Pues si en Dios nos movemos y existimos, no hay movimiento alguno en nosotros, ni cosa alguna en nuestro cuerpo y alma en que no podamos conocer a Dios. Ves a Dios en las perfecciones de tu cuerpo, en un conjunto armonioso y admirable; ves a Dios en tu pureza, en tu virginidad; le ves aun más en las facultades interiores de tu alma: destello de tu inteligencia, querer de tu voluntad, deseo de tus aspiraciones íntimas. Por él somos, y si algo somos en cualquier sentido, en cualquier oficio, en cualquier modo, ahí conocemos a Dios. Llegar al conocimiento profundo de Dios es verle en todo, profundizarle en todo. He aquí, pues, una parte del fin de nuestra vida. Ya todo el mundo nos parece escoria en comparación con esta ciencia divina. Las honras, los honores, los placeres, lo mejor que el mundo nos pueda brindar, ¡parecen tan pequeñitos!

¿Por qué el hombre se deja deslumbrar por las cosas del mundo? Porque le falta el conocimiento verdadero de Dios. Nos satisface la tenue luz de una lamparilla que arde en la oscuridad, cuando nos falta la luz de un sol. Mas en brillando éste a nuestros ojos, ¿a qué viene a reducirse la débil luz de la lámpara? ¿Cómo nos podrá deslumbrar el poder de la criatura cuando admiramos el poder del Creador? ¿No comprendemos que el punto de partida de nuestra vida espiritual arranca de este conocer a Dios? Y a más conocimiento de él, a más acercamiento de nuestra volun-

---

[3] Cf Hch 17, 28.

tad, mejores disposiciones hay en nosotros para alcanzar la virtud. Habéis de ser ojos que centelleen en medio de las tinieblas, y que miren siempre y conozcan muy bien a Dios.

Que nunca os deslumbren las promesas y ofertas que el mundo os brinde, por grandes y atrayentes que sean. La fiel Obrera jamás desvía su mirada del sol divino; y en medio de tantos errores y vidas desviadas, vuestros ojos, fijos en el sol de un Cristo, lancen destellos de verdad y de alegría, de algo que el mundo admira y que no acierta a comprender, igual que no puede admirar el pobrecito ciego la hermosura de la luz del sol, porque... está ciego. En el secreto, pues, de vuestra conciencia, en la oración donde más se conoce a Dios; en vuestras horas de soledad íntimamente vividas con Cristo, en la oscuridad interior, una luz secreta os dará gran conocimiento de Dios.

Por tanto, aumentad cada día vuestra inteligencia de las perfecciones del divino Creador para venir a parar en el conocimiento de Cristo, que es el Dios revelado en carne mortal, y luego, en el conocimiento de su infinita bondad. Sed ojos que brillen en medio de las tinieblas del pecado, ojos de juventud que miren hacia el cielo, mientras tantos otros ojos de juventud miran hacia el precipicio; ojos que despidan destellos de castidad, que hablen de esperanza, de fortaleza, de ideales santos. Percataos bien de estas vuestras obligaciones.

Segundo. Nuestro fin es, además de conocer, amar a Dios. Amar. ¡Qué palabra ésta! Vosotras sabéis su hondo sentido, porque os cupo la suerte de gustar y vivir el amor divino..., porque amáis a Dios. Esto es consecuencia necesaria del conocimiento de Dios.

¿No pensáis que el Señor os plantó en este campo de nieve, y os escogió e hizo prender en vosotras este

fuego santo, para que ardáis como hogueras? Imaginémonos el espectáculo que ofrecería este gran campo de nieve salpicado de luces que partiesen de muchas y bien encendidas llamas. Eso, pues, habéis de ser: muchas y bien encendidas llamas de vida sacrificada en la hoguera del amor de Dios; un continuo llamear amando al Creador; un respiro contante de amor a Cristo. ¿Y no es esto sublime? Debéis ser el rojo del fuego en contraste con el blanco de la fría nieve; el calor del amor divino en contraste con la frialdad de tantos... y de tantas. Dios escogió vuestro corazón para recibir amor. Por tanto, no puede haber en él partición. Llamaradas que lancéis de vida y de querer, hacia el cielo se han de dirigir.

El Señor os ha plantado en el mundo para ser un consuelo a su corazón divino lacerado. ¿Qué sería del mundo sin las que, a cada momento, compensan y reparan ante Dios por la gran cantidad de pecados que ofenden a la Divina Majestad? Cual encendida hoguera..., así arda vuestro corazón en amor a Dios. Para esto vivís; para esto trabajáis y para esto sufrís. El alimento y castigo del cuerpo, el callar y el llorar, el estudio y la enseñanza, la obediencia..., sean expresión de vuestro amor a Dios. Y como en todo le habéis de conocer, en todo le habéis de amar, y así, ni un solo instante deje vuestro corazón de quererle. Mas si alguna duda turbase vuestra fidelidad, que os baste este pensamiento: mi vida es para amar a Dios. ¿Qué haces? Amar a Dios. ¿Qué persigues? Amar a Dios. ¿Qué intentas? Dar mi amor a Dios. Este es mi fin; no tengo otro.

Pero los del mundo aún pueden compartir el amor de su corazón; nosotros, no. Amar a Dios, no a la criatura; amar a Dios, no al cargo; amar a Dios, no el que dirán; amar a Dios, no a nosotros mismos. ¡Cómo este

amor excluye todos los apegos desordenados de nuestra alma! Este es el amor intenso y exclusivo que hemos de tener los que queremos seguir muy de cerca a Dios nuestro Señor. No abundan los que cumplen este fin y con esta elevación.

Amad con sublimidad y totalidad; no defraudéis el plan de Dios. Nunca seáis hoguera medio apagada, cubierta de ceniza. Entonces..., qué poco hielo de incredulidad y de pecado podríais derretir y qué pocas almas convertir. Evitad con mucha solicitud el que se os introduzca en el corazón amor alguno de criatura que merme el que debéis a Dios. Y si acaso se os acerca alguna ofrenda de cariño humano, sabed convertirlo en astillas secas, y arrojadlo al fuego de vuestro amor a Dios. Y entonces habrá crecido la hoguera de vuestro puro querer a Cristo.

Acordaos siempre de que vuestro destino es amar a Dios, amar a Cristo. Y este amor ha de cantar tu cuerpo, revelando siempre las virtudes cristianas, y ha de aparecer en los arrebatos de tu voluntad, y se ha de demostrar en todos tus actos. Todo en la persona de la Obrera ha de decir amor a Cristo, nunca amor de apegos egoístas a sí misma, ni a las criaturas; todo ha de decir pureza de corazón, pureza de intención en las cosas, desasimiento de la voluntad, apartamiento de lo que de Dios le aparte. La Obrera en su oración, ame; en su sufrir y en sus trabajos, igualmente siga amando a su Dios.

Tercero. Nuestro destino es también servir a Dios. Como el criado está puesto para el servicio de su amo, nosotros lo estamos para el servicio del Creador, y a este fin se nos ha dado lo que somos. El criado fiel, con qué cuidado cumple los mandatos y las insinuaciones de su amo. No es nuestro fin servirnos exclusivamente a nosotros, ni tampoco que se nos sirva; veni-

mos a este mundo a servir a nuestro Creador. No venimos para buscar complacencias humanas ni mimos, sino para buscar al Señor, con el fin de servirle y complacerle, cumpliendo lo que él ha mandado y procurando adivinar sus deseos, para ejecutarlos. Obrera, estás en el mundo para servir a Jesús, para prestar con lealtad el servicio de tu vida, en cuanto sea posible, a tu único Señor. Procura ser en todo lugar su criadita fiel; cumple bien este oficio. Sed todas sus verdaderas almas de confianza. ¡Ay de vosotras si le traicionáis!

Este servicio a Dios lo hemos de prestar trabajando por él, cumpliendo su santa voluntad. Y como su voluntad es que seáis instrumento para la gloria divina, habéis de servir a vuestro Señor y Rey con el arma de vuestro apostolado, poniendo a su disposición lo que sois y lo que podéis ser. No venís a servir al mundo. Pensad lo que sois, lo que valéis, lo que podéis. Muchos no llegan a tener la necesaria comprensión de su finalidad. Por eso difícilmente podrán alcanzar el grado de santidad anhelado. Qué menguado conocimiento tienen del señorío y grandeza de Dios y, en consecuencia, qué servicio más pobre le ofrecen. Raquíticos de corazón, con cuentagotas dan las cosas que Dios les pide. Cómo se buscan a sí mismas. Cuánto apego. Cuánta tontería, a veces, en la vida espiritual.

Vivid en su totalidad estos tres pensamientos fundamentales, sobre todo para vosotras: el conocer a Dios, embeberos en él, en su contemplación divina; vivir amando a Dios; vivir sirviendo a Dios, de tal modo que, todo vuestro pensar, amar, poder y valer, no tenga otra trayectoria que la glorificación de Dios. Pregúntese cada cual en su interior: ¿lo hago así? ¿Aspiro a hacerlo así? ¿Entiendo lo que Dios quiere de mí? ¿Soy del todo para él? ¿Del todo? ¿Queda todavía algo guardadito en el recóndito de mi corazón que he

negado a mi Dios? Reflexiona, y sobre estas tus reflexiones maduramente hechas, cimenta con más firmeza el futuro de tu vida. ¿Te haces, acaso, otras ilusiones? ¿Te sientes cobarde? Ya conoces, pues, tu fin. De él no puedes escapar por muchas vueltas que le des, mucho menos, si miras tu vocación.

CAPÍTULO III

El pecado

Conocido ya el fin a que el Señor nos ha destinado: conocerle cada vez más, ofrecerle nuestro amor, ser útiles para su divina gloria, veamos ahora la ingratitud, la soberbia con que el hombre infiere a su Creador tantas ofensas. Dios nos creó para sí, para su divina gloria. ¿Cómo paga el hombre tanto bien a su divino Creador? ¿Qué comportamiento guarda ante tanta generosidad de Cristo? ¿Cómo aprovecha la sangre divina redentora que Jesús derramó para salvarle? Qué mal. Muchos son los que rehusan reconocer a su Salvador, y se esfuerzan por romper el yugo suave que les ata a su Señor. Son almas que se rebelan contra su Dios, y rebelarse contra Dios implica un conocimiento de él, de su poder omnipotente y señorial, ante el cual el hombre responde con una soberbia negativa. Es la frase del pueblo judío cuando a la vista de Jesucristo, decía: no queremos que reine sobre nosotros, y determinaron eliminarlo.

Sobre esta base de nuestra rebelión, descansa el pecado; tiene el fundamento en la soberbia de nuestra

voluntad que no quiere aceptar el derecho supremo que Dios tiene sobre nosotros; en su rebelión quiere tapar la podredumbre de los pecados, justificarse en su mal; rebelión hipócrita, puesto que finge un velo de verdad y de honestidad, cuando carece de éstas. Este cuadro de rebeldía que nos ofrece un gran porcentaje de almas, se reproduce no sólo en los pecadores arraigados en el vicio, sino también en almas de vida espiritual, cuando éstas se rebelan ante los decretos y determinaciones de Dios, cuando les hiere con tribulaciones, no les agrada en sus gustos, les mortifica, les sujeta a ciertas pruebas; cuando se rebelan ante ciertos planes que Dios tiene trazados sobre ellas, poniendo el obstáculo de la resistencia tenaz a la vocación que está señalando el género de su vida espiritual.

En presencia de este triste panorama, piensa tú, Obrera, que debes ser un alma que, sumisamente y con alegría en tu corazón, acate la voluntad de su Señor, acepte el yugo suavísimo de sus mandatos, de sus leyes, no sólo para cumplirlos, sino para defenderlos contra sus enemigos. Sumisa siempre a las inspiraciones y deseos de Jesús, has de reconocer en cada momento de tu vida ese imperio de Cristo, y contra la frase del pueblo judío, que es la frase del pueblo rebelde, has de oponer la tuya: quiero que Cristo reine sobre mí. Y entre tus lemas no falte éste: quiero que Cristo reine sobre mí y sobre todo el mundo.

Se traba aquí la lucha: unos, negando su servidumbre a Dios, vosotras, demostrándole vuestra sumisión. Para aquéllos, no hay más que una voz que manda: su naturaleza descarriada, torcida por el pecado y por sus inclinaciones malas, egoístas e inmorales, hacia una aspiración o tendencia: la sensualidad ; hacia un destino terreno: la fosa. Para vosotras hay otro destino más alto: sobre la fosa, un cielo; sobre la sensualidad, la

gloria de una castidad; sobre el placer del mundo, el gozo de sufrir; sobre una criatura, un Cristo; sobre un querer del mundo, el de Dios; sobre un respeto humano, el respeto divino.

¿Qué dirá, se preguntan muchos, el mundo de nosotros? Y por este respecto humano infringen cobardemente la ley divina. Tú, Obrera, te has de preguntar: ¿qué dirá Cristo de mí? Tu respeto único..., la voluntad de Dios. Te puso en el mundo para que demuestres tu sumisión y rendimiento a su divino poder, a su ley santa, a sus deseos, en contraposición al espíritu de rebeldía de las criaturas alejadas de Dios. Tu papel aquí ha de ser igual al de los ángeles buenos cuando demostraron su acatamiento al divino Creador, con ocasión de la rebelión de los ángeles malos. Esta voz de los ángeles buenos es la voz de tu lucha . ¿Quién como Dios? Nadie. ¿Quién como el poder, la belleza, la bondad de Dios? Nadie. ¿Quién como ese Señor a quien has escogido por esposo de tu alma, junto al cual, con fidelidad absoluta, debes vivir?

Ante la deserción de tantos y de... tantas, tú, Obrera, cual fidelísima criadita que está junto a su Señor escarnecido, pobre y moribundo, permanece junto a Cristo y reconócele por tu Señor. En las horas de sangre de la persecución española, escenas hubo de amor heroico humano, en que al ser arrancado de su hogar el padre o el esposo, clamó con firmeza el hijo o la esposa: donde va mi padre, voy yo; donde va mi esposo, voy yo...; y juntos sufrieron y murieron. Así tú has de decir y hacer: donde Cristo esté, estaré yo; por donde Cristo pase, pasaré yo; donde él vaya, voy yo; si Cristo a morir, yo a morir con él; si Cristo a trabajar, a trabajar yo con él; si a recibir desprecios, yo, por Cristo, a recibir también desprecios. Con Cristo id, pues, siempre, vosotras, sus Obreras. Actuación ésta, valiente y

decidida, que importa un combate a realizar interiormente, secretamente, en vuestra voluntad, puesto que la voluntad en el hombre se rebela contra Dios, y por su voluntad la Obrera sujeta está a él, es decir, reconoce el imperio de Dios sobre sí, siempre y en todas las cosas.

Introducido el pecado en el mundo, se repite incesantemente la ofensa al divino Creador. Ofender es insultar, un herir la voluntad de la persona ofendida. Ofender es cometer una injusticia, no habiendo motivo para tal ofensa. Cuántas ofensas a Dios..., de creyentes y de no creyentes; de los llamados buenos y de los malos; de los que se dicen de Cristo y de los que abiertamente son sus enemigos. El mundo parece un volcán de injurias a Dios. Las criaturas le ofenden con todos sus cinco sentidos: por su boca vomitan insultos, con sus miradas de lascivia asaetean a Cristo en su pureza divina; gozan con el goce de un animal, ofendiendo la santa castidad martirizada en el cuerpo del divino Salvador. ¿Cómo contrarrestar esto?

¿De qué instrumentos os valdréis para combatir el pecado? Uno de ellos es la reparación. Tenéis por misión reparar, limpiar el rostro del Señor escupido por los pecados; secar las lágrimas que caen de los ojos heridos de un Cristo; ofrecerle el velo blanco de vuestra pureza. Y si la ofensa hiere, la reparación consuela; si la ofensa comete la injusticia, la reparación da al Señor lo que otros le quitan. Ofreced el bálsamo de vuestro consuelo al Corazón de Jesús herido, del mismo modo que nos acercamos a una persona herida por la pena, por el insulto, y volcamos nuestro corazón también apenado, en palabras de condolencia, de fidelidad y de ofrenda.

Pero vuestra reparación ha de ser tan de corazón que la ofensa hecha a Jesús la consideréis más que

propia. Vuestra vida es, en una de sus fases, esencialmente reparadora. Sean las horas de vuestra reparación un reconocimiento filial de la verdad de Dios, de su altísima dignidad, de su paternidad ofendida, de su providencia amorosa; sean cantos de exaltación a la Majestad redentora, clamor silencioso de vuestro corazón que suplique, acompañe, goce y sangre con el sangrar del sacrificio en le presencia del Señor. Vuestra reparación está asociada a vuestros trabajos, oración y acción: son flores que presentáis a Dios mientras tantos le ultrajan.

Y como bella floración de este reparar, considerad la noche semanal reparadora que se extiende cada vez más, con sus horas silenciosas, tan predilectas de vosotras, y tan íntimas con Jesús y la Virgen. Mientras muchos se entregan al pecado, vosotras os entregáis al sacrificio. Sea ésta vuestra caricia al rostro de Cristo, la mirada de consuelo con el deseo de resarcir, glorificándole; esto es propio de su almas amigas, de las muy queridas por él. ¡Si hubiesen muchas almas reparadoras!

Al cuidado de vuestra santificación unid vuestra generosidad. Hay quienes trabajan solamente para tener su comida, y excluyen el pensamiento de que también han de trabajar para poder dar. Las almas reparadoras actúan no pensando sólo en su salvación, sino también en un Dios ofendido. Y entonces, como olvidadas de sí, vuélcanse totalmente a los pies de su Señor ultrajado. Esto os exige vuestro lema sublime de: Gloria a Dios.

El pecado arrebata las almas a Jesús y las arrastra hacia la muerte espiritual; quita a Jesucristo la herencia de las almas que su Eterno Padre le otorgó y que rescató él con su propia sangre. El pecado sigue implacable su acción destructora, y sutilmente se ha fil-

trado en todas las clases sociales, lugares y modos. ¿Cuál ha de ser nuestra posición ante el pecado? Ni un momento dudemos: es de franca y tenaz lucha. Ya no se trata aquí de ser solamente sumisos y de aceptar el imperio divino; ni tampoco de reparar en nuestras horas de sacrificio callado, como el aroma más puro que podamos ofrecer; se trata ahora de luchar con todas las fuerzas, porque se debate la gloria de nuestro Dios. Lucha con bravura el buen hijo contra el ladrón que, en continuo forcejeo, pretende arrebatar el tesoro del padre.

La visión, pues, del pecado nos ha de hacer eminentemente apóstoles. No basta con cruzarnos de brazos y orar. Moisés oraba, en alto sus brazos, mientras su pueblo luchaba. Hemos de orar, pero también luchar. Lucha constante por Cristo. El pecado existirá hasta el fin del mundo, porque hasta entonces habrá maldad en el hombre. Por eso, presente siempre nuestro enemigo, nunca debemos cesar en la lucha, ni menguar nuestras energías en ella. El buen labrador, porque vea malas hierbas en su campo, no tirará de sus manos la herramienta, sino que, en su cotidiano trabajo, arrancará las malas hierbas y convertirá la tierra en campo fértil. Y de este modo pasarán los años... y gastará su vida... arrancando... y fertilizando.

Venimos a combatir por la gloria de Cristo y, por tanto, contra el pecado, ladrón de esta divina gloria. El pecado... Nuestro único enemigo. ¿Componendas con él? Ninguna. Sea nuestro proceder recto, siempre con miras a Dios, sin acepción de personas, porque, entonces, claudicaremos. Para nosotros hay en todo momento... un Dios..., un Cristo. Busquemos su gloria. A esto precisamente fuimos llamados: para ser soldados de batalla en activo y en vanguardia, donde Dios nos reclame. Si hemos ganado la batalla en el campo de

nuestra alma, pues la gracia de Dios nos hizo triunfar, hay que ganarla también en el vasto campo de las almas.

Por último, a la vista de tantísimo mal, ¿qué debemos exigirnos? La santidad. A más almas malas hay que oponer más almas santas; a más vicios, es preciso oponer más virtud; a más frialdad, más calor; a más pereza y alejamiento de Dios e intereses creados egoístas, más arranques apostólicos con total desinterés de nosotros por Dios. De donde se concluye que, nuestra sumisión al divino querer debe ser completa, siendo esta nuestra frase al Señor: quiero que reines sobre mí. Quiero, es mi decisión, que reines sobre mí. No que reine tal persona, tal gusto, sino que reines Tú. Tú... siempre. Y un rey sobre sus súbditos reina cuando éstos acatan y obedecen su voluntad. Poco vale la exterioridad si no va acompañada de nuestra donación a Dios, hecha con tal cariño y tal sinceridad que mucho más le diésemos si factible nos fuera.

Los elementos de la Obrera para combatir el pecado, hacer triunfar al Señor y glorificarle, son: oración, sumisión, adoración, reparación, lucha, trabajo, santidad. Con tales medios jamás podrá ser vencida en esta gran batalla, en medio de este mundo tan corrompido, siglo de Lucifer. Si los deseos de Cristo los hacemos nuestros, y nos esforzamos en cumplirlos, ¿cómo triunfará el espíritu de la carne sobre nosotros? El objetivo de nuestra vida es dar a Jesús lo que, con tanta osadía, tantísimos le roban. ¿Predomina en nosotros este pensamiento? El Señor, en cambio, nos dará a gusto sus dulzuras divinas..., y un premio eterno.

Puesto que hemos sido llamados, ¿cuál es el servicio que nos pide nuestro Rey? Tal es nuestra finalidad exclusiva: por una parte, subir hacia Dios directamente con las alas de una santidad; por otra, combatir

contra los enemigos de Dios, con arranque heroico de una brava voluntad. Pensad cuán necesaria os es la santidad y qué de frutos buenos podéis producir. Cuánto espera Jesús de vosotras. Sois ejército de Cristo. Y cuán admirable y abundantemente os armó. Si cumplís, cuánto consuelo recibirán de vosotras Jesús y su Madre.

Piense cada una: yo, en mi vida de Obrera, ¿estoy pronta a la voz de mando de mi divino Rey? Sumisión, reparación, lucha, santidad. ¿Cómo cumpliré esto mejor? ¿Llegaré a dar el rendimiento de que soy capaz? ¿Habrá cobardía en mí? ¿Qué cosa me puede detener? Haced muy vuestros estos sagrados deberes, si no queréis fracasar del todo o en parte, en vuestro combate contra el pecado; y una Obrera no debe escribir en la historia de su vida ningún fracaso de este orden. Y si algún día lo llegases a escribir, acuérdate, es porque no habrás cumplido estos tus sagrados deberes.

CAPÍTULO IV

Actuación del pecado y nuestra actuación para combatirlo

HEMOS considerado nuestros deberes ante la realidad de un mundo presa del pecado; los medios de que disponemos y que nos incumbe emplear para no sólo mantenernos limpios en nuestro corazón, sino para luchar debidamente en esta gran batalla por la gloria del Señor. Veamos ahora cómo actúa el pecado, para sacar en conclusión cómo nos es necesario actuar, alcanzando con ello una idea más clara del porqué de nuestra vocación, de la extensión e intensidad de su acción y, proporcionalmente a esta extensión e intensidad, la necesidad de una formación completa, para hacerla más apta y capaz en el apostolado.

Para la mala hierba no existen vallas en el campo, pues hasta en la roca brota, hasta en el suelo duro sale, y ello, sin necesidad de manos que la planten ni la rieguen; se extiende por doquiera. Sin cuidarla crece, pero se dobla, marchita y muere, al golpe de la afilada herramienta del incansable labrador. El mal moral del pecado, a semejanza de la mala hierba que nace en los campos, no tiene vallas, a todos los lugares

se extiende; y en los lugares, a oficios y personas; y en las personas, a la condición de sexo y edad; y en la sociedad, al ambiente, a la atmósfera moral.

A semejanza de la mala semilla, el pecado por sí mismo se propaga, y no hay lugar donde no le veamos, ni sitio donde no florezca, ni clase de personas donde no haga su nido. Lo mismo anida en el corazón, ocultamente, que en la inteligencia perversa, apartada de Dios; en el secreto de un hogar, que en la pública manifestación. El pecado es así. Sólo puede disminuirse a fuerza de un trabajo constante, que lo vaya cortando en sus brotes y arrancando de raíz. ¿Cómo hacer esto? Hay dos operaciones que verificar: cortar los brotes, y si el brote se convirtió ya en arbolito o árbol, troncharlo. La segunda operación es: antes de que el brote tome fuerzas, destruirlo de raíz, destrozar el nido donde se incuba el pecado. No sería buen médico aquel que se limitara tan sólo a curar la manifestación de la enfermedad y no dirigiera su tiro a matar la raíz, la causa que la produce.

Puesto que nuestra vida no tiene otro fin que conocer, amar y servir al divino Creador, con la totalidad de nuestra persona consagrada a él, y, por tanto, poniendo a su disposición todo cuanto somos y valemos, hemos de aplicarnos con todas las energías a cortar el mal, ya que no lo podemos suprimir totalmente, porque su semilla la llevamos metida en nuestra propia naturaleza, a causa del primer pecado. Aspiramos, pues, a destruirlo en sus propias guaridas y a cortar sus pasos. A la mala hierba, para que no se extienda, le ponemos vallas, le robamos el terreno, destrozamos sus nidos. Vastísimo campo hallamos aquí, en el cual ha de jugar hoy un papel importantísimo la Obrera.

No estamos destinados a quitar solamente una clase de pecados, al igual que el labrador que tuviese

por meta única de su trabajo el arrancar del campo tal y tal hierba, y pasando junto a otra hierba mala, no la tocara, dejándola crecer, porque no era de su incumbencia. Esto sería una acción incompleta. No es tal la nuestra: se extiende, abarca todo el campo donde la mala hierba del pecado crece, a todo lugar y a toda clase de personas. Nuestra acción se extiende al campo donde el mal aparece, donde se incuba abiertamente, y al que está limpio...; al campo de la virtud, de la perfección de las almas. Luego, lo mismo hemos de hacer nuestro cultivo en las almas limpias por la gracia divina, para que ni se reproduzca en ellas el pecado, ni falte el rendimiento creciente de las virtudes, que en las almas enredadas entre zarzales de maldad, heridas por pedruscos de vicios y moribundas entre montones de estiércol..., de inmoralidad. Nuestra acción tiene semejanza con la de un ejército moderno que abre un frente general y, camino adelante, arrolla lo que se opone a su paso.

Hay pecados en los infieles a los cuales dice san Pablo que no excusará Dios, porque tienen una luz resplandeciente ante sus ojos, una luz clavada en su mente y en su corazón : la de la ley natural. Las criaturas les hablan de un Creador, y por esto no serán excusados en el día del juicio, aunque no les haya llegado la palabra evangélica, puesto que no supieron guardar los preceptos de la ley natural. Y, ¿qué diremos de los ateos prácticos y teóricos, turba magna en nuestra sociedad civilizada, que manifiesta y expansiona su incredulidad en talleres, oficinas y fábricas, en centros docentes y en la vida privada y pública? ¡Hay tantos... y tantas!

Y como la fe es un don de Dios, una gracia suya, nuestra acción aquí es, no solamente la del trabajo y la de la palabra, sino la de la oración, para que Dios les

conceda el don de la fe. Un apostolado ejercido sólo con la palabra sería infructuoso, porque toda la ciencia no basta para meter en el alma la fe, cuando de ella carece. Es un golpe interior de luz que Dios da. Unamos a nuestro trabajo apostólico la oración persistente y, entonces, lo convertiremos en barrenazo que, aun en piedra dura, hará surgir en el alma el agua cristalina de la fe. El trabajo apostólico de sola inteligencia es frío. Las verdades eternas, las divinas enseñanzas, la sublime doctrina, necesitan de la acción fructificante de Dios que mueve el corazón y la voluntad. Esta gracia la conseguiremos para las almas con nuestra santificación personal, manifestada con nuestra doctrina, ejemplo y convicción, que son los que imprimen fuerza a la palabra.

En los Cenáculos y casas de ejercicios tenemos la mejor máquina para combatir el pecado en esta clase de almas. Nuestro contacto con ellas les influirá, ablandará su voluntad, les pondrá en debidas disposiciones de recibir el rocío de la gracia, y así dispuesta la voluntad, se aplica el barreno y brota la fe. Evitemos las discusiones estériles, inútiles, que a poca cosa conducen. Si no sabemos decir otra cosa que ¡ay!, ¡ay!, ¡qué malo es usted!, poco conseguiremos. Como no tienen fe..., márchanse tan tranquilos. Reconocemos que es un tanto difícil esta clase de apostolado, pero hay que hacerlo, y bien.

¿Qué diremos del pecado en la juventud? Que éste la ha escogido como su preciado campo, de modo especial a la mujer. De ella se sirve Satanás para producir o aumentar la corrupción del mundo. No se puede negar que la mujer, tanto la buena como la mala, influye poderosamente en el hombre. La mujer imprime a la sociedad un matiz de virtud o de vicio. La sociedad marcha hoy a la deriva hacia el mal, y si llega a

tanto en su avance, es porque la mujer ha recorrido el camino de su pecado. ¿Causas influyentes en ello? Influyen el ambiente nada bueno que, como aire, se mete en el respirar del alma, y en los años de juventud, ya se abre para recibir la influencia del pecado.

¿Nuestro trabajo? Coger la avecilla en sus primeros vuelos, en su ensayos de vuelo. El cazador cuelga del árbol donde puso la liga, su pájaro enjaulado. Apenas amanece el día, el pájaro empieza a cantar, y qué hermoso canto. Van acudiendo los pájaros hermanos que, al descansar sobre las ramas del árbol, se quedan prendidos en la liga. Hemos de ser cazadores hábiles, irradiando por todas partes nuestra acción de ambiente sobrenatural y de Dios. En nuestra ejemplaridad atrayente se ha de cifrar el reclamo para esas almas que van por el mundo sin orientación ni rumbo, acercándolas a Cristo, para que queden prendidas con la liga de su amor santo. De esta suerte caerán, unas tras otras, muchas almas en las redes de Dios nuestro Señor.

Y al mismo tiempo que minemos el terreno del mal y cortemos su avance, recogeremos con alegría puñados de flores de juventud llegadas a los pies de Cristo, purificadas por su gracia, cual fruto de nuestra acción. No son pocas las que abren ya sus ojos a un porvenir en donde todo resplandece con esperanza e ilusión santa, mientras antes solamente sentían tristeza y pesadumbre ante un porvenir lleno de temores y oscuridad.

Oficinas, talleres y centros oficiales, son muchas veces guaridas donde se incuba y desarrolla el pecado. Precisa la destrucción de este mal en su raíz. De ahí la necesidad de un montaje de talleres, de centros, de puntos de reunión, donde las almas puedan tener su cobijo y amparo y, formadas convenientemente, no pe-

rezcan en el vicio. Este montaje responde a una necesidad apostólica de nuestra sociedad actual. Si el mal no se ataja en su origen, si a la fiera no se le ataca en su cría, ¿qué diremos de nuestro apostolado? Que es incompleto e insuficiente.

El pecado puede tener también su cobijo en personas escogidas. Todos podemos ser infieles a Dios. Jesús permitió ya la traición de Judas para enseñarnos que los íntimos suyos pueden deslizarse en el mal. Pero jamás nos desaliente la visión de estos pecados. Sólo doce apóstoles y de los doce..., uno que traiciona. El hábito no hace al monje, ni el nombre a la persona. Tales caídas nos indicarán que tal persona, pertenezca adonde pertenezca, no ha sido generosa para con Dios, no cumplió su vocación, desertó de su camino, y forzosamente tuvo que... caer. Preguntaréis: ¿y qué haremos nosotros? ¿Cuál deberá ser nuestra misión es este aspecto? Pues..., enseñar a ser santos.

Se extrañan muchos de que unas Obreras, con toda su juventud, sin otro traje que el seglar, ni otro escudo que el vivir en medio del mundo y en contacto con la sociedad, puedan conservarse bien y además dar ejemplo de virtud, de modestia y de algo sobrenatural. Muchos dicen: oh, qué difícil es esto. Cuánta formación se necesita para ello. Una sola cosa: llevar a Cristo en el corazón. ¿Es difícil comprar un objeto cuando se tiene el dinero necesario para comprarlo? Recordemos, pues, lo que dice el Salmo: "Rico es el Señor en misericordia para todos aquellos que le aman y le invocan".* Este es el oro que lleva la Obrera en la maleta de su corazón. Os toca enseñar cómo se vive la santidad y se crece en virtud: cómo no se vive por medio

* Sal 85, 5.

de un traje, ni del escondite en un rincón, ni de ciertas posturas, sino con todo el corazón, por la fuerza de un ideal; se vive por una vida inmolada, con una base de amor encendido a los pies de un crucifijo.

Viviendo de este modo, haréis gran labor, labor callada; acaso os admirarán, y en la admiración, unos alabarán, otros combatirán, pero quizá muchos temerán a la fuerza de vuestra atracción hacia Dios. El cazador combate a su rival cuando éste le quita la caza; será combate de envidia y egoísmo. Nosotros combatamos siempre por Dios, con nobleza de corazón. Si obrando bien, nos huyen y temen, es indicio de que andamos el camino de Dios. Nosotros no podemos ofrecer más que una cruz a los que se nos acerquen. Nuestra réplica a la ingratitud y frialdad de las almas, sea avivar más en nosotros el fuego del amor a Jesucristo con una fidelidad completa, una acción constante.

La persona religiosa brille en todas partes como un foco. No importe donde se halle: en un taller, en una oficina, en un centro universitario. Donde está el foco, allí alumbra. Seamos foco de Cristo en todas partes: en el trajín de la calle y en medio de las plazas, en el templo y en los centros de labor; en los solaces y en la conversación; en los goces y en los sufrimientos; en nuestro retiro y en nuestro apostolado. Seamos foco..., y alumbraremos si nos anima la corriente vital de Cristo. Y hemos de dar más nuestra luz en la oscuridad de las conciencias, con destellos de nuestra pureza consagrada a Dios; en el vaho espeso de la podredumbre moral, con nuestras honestas costumbres. Para desempeñar bien este oficio, necesitamos estar formados en todos los sentidos. Por eso se os estimula tanto que os hagáis lo más hábiles y más aptas posible, ya que vuestra acción apostólica es tan amplia y tan compleja.

También el campo de la virtud requiere para su cultivo personas muy aptas. El ejército moderno ha de ser de esta condición. Y cada día que pasa nos vamos dando más cuenta de la necesidad que sienten las almas que nos reclaman y se nos acercan; nos damos cuenta de sus exigencias calladas y, por tanto, de nuestra necesidad de formarnos ampliamente para dar lo necesario en cada caso. En nuestra manos, procuremos manejar liga de todas las clases; en nuestro zurrón, llevar perdigones de todos los tamaños. Quien sale a cazar toda pieza, lleva en su cartuchera los cartuchos apropiados, con cuyo disparo pueda matar lo mismo al águila que al diminuto pajarillo. Preparemos, pues, nuestro pertrecho de guerra, de tal modo que podamos disparar a toda clase de almas que se nos acerquen. Que nunca nos veamos precisados a decir: ahí no llego yo; esto no es para mí. No basta que se diga de nosotros: es una buena persona. A veces esta frase suena a...: es tonta.

Nuestra Obra tiene otros alcances, alcances muy vastos en proporción a las necesidades actuales. No nos imaginemos un conventito; ni una casita donde se reúna un grupo para rezar y charlar. No es eso. Valiente ejército el que tal hiciera, pretendiendo con ello realizar vastos planes. La vida de la Obrera tiene una parte de preparación, para luego dar el salto a la lucha. Y en esta lucha no es extraño que teman los que huyen de dar a Dios lo que les puede pedir. Y llaman perder, el dar a Dios lo que tan suyo es por derecho de creación y de redención. Cuántas veces veremos cómo rehuyen el hacer frente a nuestro ataque amistoso, porque presienten que van a ser vencidos. En la medida, pues, que crezca en vosotras el interés por vuestra formación, crecerá también la fuerza combativa de la Obra, y en la proporción que aumente esta fuerza,

serán mayores el auxilio de Dios nuestro Señor, hoy tan copioso, y el amparo de la Santísima Virgen.

Que lo dicho no quede sólo como palabra flotante. Cada cual procure aplicárselo, y discurra la forma de hacerse más útil para ser miembro vivo, y la manera de planear y ejercer el apostolado. Debemos dar en nuestro trabajo todo su rendimiento. Conceptuamos la Obra cual instrumento armónico, de suerte que sus cuerdas, por separado y en conjunto, suenen bien. Si no fuera así, no encajaría, por su contextura, en la actual sociedad. Y para qué una cosa más.

Preguntémonos: ¿empleo bien mis aptitudes? ¿El tiempo? ¿El trabajo? ¿Cuál es mi crecimiento en la perfección? ¿Cuido de mi formación?

Fuimos elegidos por el Señor en los actuales tiempos para ser arma moderna de combate por la gloria de Dios, pero arma cuyos efectos puedan penetrar en todas partes. Cooperemos con todas nuestras fuerzas. Dios lo pide. ¿Nos hallamos en disposición de hacerlo...? ¿Hasta donde? Qué noble esfuerzo se nos pide. Qué excelsa misión se nos ha dado. ¿Cómo pagar a Cristo tanta merced? Derramad la gratitud de vuestro corazón ante el Señor, pues sólo en el día del juicio podréis apreciar la grandeza de vuestra vocación.

CAPÍTULO V

Infierno

AL fuego eterno destinó Dios nuestro Señor a los condenados. Serán réprobos para siempre en eterna enemistad con Dios. No hay punto de conciliación; es un estado definitivo; su destino, el fuego eterno. Esta verdad de fe, tan cruel en su contenido, tan exacta en su cumplimiento, debe poner en nosotros una saludable preocupación. El ser réprobo o no serlo, depende de nuestra voluntad. "Dios sufre con mucha paciencia a los que son vasos de ira, dispuestos para la perdición, a fin de manifestar las riquezas de su gloria en los que son vasos de misericordia, que él preparó para la gloria." [4]

¿Implica, acaso, el sentido de estas palabras una necesidad, en ciertas almas, de condenarse? No. Dios las destina como vasos de ira para la eterna venganza, presupuesta su mala voluntad, igual que las escoge para demostrar su misericordia, presupuesta la buena

[4] Cf Rom 9, 22-23.

voluntad. Por el mismo propio querer, uno se hace réprobo o escogido de Dios. Así el Señor, por su libre voluntad y beneplácito, traza a unas almas el camino a seguir en un estado religioso, y esta vocación de elección del Señor, muchas veces no es cumplida por la persona elegida.

El querer de Dios es independiente del nuestro; es decir, que él puede querer una cosa y nosotros otra; ser su deseo el santificarnos y nosotros empeñarnos en no hacernos santos. Pero del mismo modo llama a todos a su seguimiento, para salvarlos. A los que resisten a esta voluntad salvífica de Dios, díceles: "In ignem aeternum". Nosotros podremos resistir a la voluntad divina; levantarnos engreídos con soberbia ante sus mandatos, mas nuestro fin será éste: reprobación, enemistad terminante y eterna.

Aquí hallaríamos nuestro fracaso total si, por desgracia nuestra, llegáramos a ser réprobos. Habríamos fracasado como personas que, dotadas de una inteligencia y de una voluntad para conocer y amar a Dios, no supimos ni conocerle ni amarle; sería el fracaso de nuestras propias facultades espirituales; de toda nuestra vida sobrenatural; de tantísimas gracias reducidas a la inutilidad; de gracias actuales copiosísimas menospreciadas; de inspiraciones y luces interiores que, si nos alumbraron en el alma, luego de nada nos servirán. Fracaso de todas nuestras mortificaciones, sin poder percibir el fruto eterno al cual ellas nos preparan; fracaso de todo nuestro vivir, de todo nuestro gozar, de todo nuestro padecer y, sobre todo, fracaso de nuestra vocación. Y fracasos tales, con tantos medios e instrumentos de victoria en nuestras manos, que bien manejados nos aseguran el triunfo definitivo; fracasos así..., qué tristísima cosa son.

Comparémonos con quien tuviera millones de fortuna y quedase en suma pobreza; con gran sabiduría, y luego necios; con tantos medios para hacernos santos, y después réprobos; con tantos deseos y aspiraciones de alcanzar a Dios, bondad infinita, que es el centro de nuestra vida, y luego, al fuego eterno; con toda la nobleza de nuestra vocación, y luego, en la esclavitud de Satanás. ¡Cómo el pensamiento de la eternidad, en reprobación y enemistad de Dios, ha de acuciarnos con frecuencia!

Cuando nuestro corazón fuera débil en amor, y no pudiera éste dar a nuestra voluntad la fuerza y el sostén que necesitamos para vencer y permanecer fieles en el servicio de Dios, venga entonces en nuestro socorro el recuerdo del fuego eterno, al cual destinó Dios en primer lugar a los seres más nobles: a los ángeles. Dios no perdonó ni a sus propios ángeles. Y si es verdad que la mirada puesta en Dios basta para movernos a su santo servicio por completo, sin desmayos ni flaquezas, sin cobardía ni cansancio, sin admisión de dudas ni flaquezas en las tentaciones; si es verdad que esta mirada hacia Dios nos basta, cuánto nos ayuda también el recuerdo del infierno. No olvidemos que nos podemos condenar por no ser fieles a la vocación, por rechazar el don de Dios. Quien el rostro vuelve al Dios Padre que le llama, no tiene derecho a que Dios le escuche cuando él le llame. Nos podemos condenar, pues, por no usar debidamente de la prenda riquísima de la vocación, ya que es un tesoro y estamos obligados a administrarlo bien, y lo administraremos bien si alcanzamos a dar la nota de perfección y de santidad que Jesucristo exige.

Hay quienes se quedan con el mínimo de la perfección; otros, ni siquiera lo alcanzan. Éstos, fatigados y cansados de bregar, dan reposo a su cuerpo y a su es-

píritu entre cobardías, llegando a ser solamente una medianía, a pesar de que Dios les pide mucho. Piensen estos tales que han de rendir no pequeña cuenta por hacer fracasar los planes que Dios trazó sobre ellos.

¿Qué diremos de aquellos que abrazaron el estado religioso y que no hacen buen uso de este elevado estado? Colocados en otro estado inferior, acaso no peligrase tanto su salvación. ¿Es la culpa de Dios? No; achaquemos la culpa a ellos, que no quisieron aprovecharse. Jesús les puso en el estado mejor. Los pobres no pueden perder en el juego grandes cantidades de dinero, porque no lo tienen; los ricos pueden perderlas, pero si las conservan y administran cristianamente, harán mucho bien. La riqueza del dinero y la riqueza de la vocación religiosa no dejarán de ser una manifestación de la bondad y del amor de Dios, aunque la malgaste y pierda quien la posea. Que se culpe a sí mismo. Podrá decir: si Dios me hubiese dejado en estado de pobreza..., de matrimonio, yo no hubiera malgastado el dinero..., la vocación. Vana excusa. De ellos es toda la culpa.

El pensamiento del infierno produce mucha salud en las almas: a las frías, las hace entrar en reacción; a las cobardes, anima; a las perezosas, les da diligencia; a las egoístas, hácelas desprendidas. El pensamiento del infierno nos anima a ser mortificados, a vencer nuestras pasiones, y lanzarnos con ímpetu a trabajar por el Señor. De este modo, san Pablo, que consumía su vida en el apostolado, no se olvidó de sí y dice: "No sea que predicando yo a los demás, me haga un réprobo; por esto castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre". [5] Temía el Apóstol ser declarado réprobo, y

[5] Cf 1 Cor 9, 27.

ese santo temor le inducía a ser un hombre de completa mortificación, de sujeción de su voluntad y de dominio de su pasiones, las cuales vencía con su querer y el auxilio de la divina gracia. Temía san Pablo, el enamorado de Cristo. Y cómo compaginaba su amor encendido con el santo temor porque "no sea que yo me haga un réprobo".

Vosotras, que seguís a Jesús, que imprimisteis en vuestro corazón el sello del crucifijo y tomasteis por madre a su Madre, a los cuales generosamente os habéis ofrecido en vuestra vida de Obreras, aunque tengáis el corazón como un ascua encendida en el amor a Dios, recordad lo del Apóstol: "no sea que me haga un réprobo". Para esto os habréis de vencer, de perfeccionar, de santificar, de sujetar vuestro yo, de combatir vuestras pasiones, retorciendo las inclinaciones malas.

Mucho os podrá valer ante Dios el título de Obrera, pero a condición de que guardéis la pureza del alma, de que seáis limpias en vuestros pensamientos, castas en el cuerpo, ejemplares en vuestra vida, heroicas en vuestras determinaciones necesarias para llevar a cabo vuestra santificación. Las que tuvisteis necesidad de cortar un pedacito de corazón para seguir la llamada de Cristo, no hagáis que tanto sacrificio venga a ser inútil. Aunque en el infierno tenemos nuestro lugar preparado, no está hecho para nosotros. Lutero, mirando al cielo, contestaba a aquella mujer causa de su perdición: "Hermoso es el cielo, mas no se hizo para nosotros". Y mirando al infierno, nosotros hemos de exclamar: qué horrible, pero no se hizo para nosotros. Para nosotros, se hizo el cielo.

A la vista de estas eterna penas, ¿no tomamos un día serias determinaciones que dieron enfoque a nuestra vida? Conviene que las volvamos a tomar, para avivarnos más en el servicio de nuestro Rey y Señor,

siguiendo el camino de grandeza que hemos comenzado. Reconozcamos la gran justicia de Dios, eterna e implacable, cuyo castigo ha de sentir toda alma que sea infiel a la gracia divina. ¿Qué diremos de aquellos que desertaran, como soldados, de su ejército?

Dios nos espera. El mundo pasa y con él todas sus cosas; la justicia de Dios nunca pasa. ¿Qué diremos de aquellos que cumpliesen su vocación por mitad? O infierno o santidad. O infierno..., o cumplir debidamente, sin temor al mundo, ni a los obstáculos, ni... al no poder. Todo lo podemos cuando consideramos estos dos fuegos: el fuego del amor de Dios y el fuego de la eternidad. Hay muchas vocaciones perdidas..., raquíticas..., ramas muertas..., vivas pero con poco fruto..., casi sin vida. Hemos de ser algo más que buenos. Nos ha elegido el Señor para que resplandezcamos con las luces de la perfección cristiana. Si la condición de nuestro vivir supone sacrificio, poco es esto si lo comparamos con la cruz de maldición y con el sufrir de los réprobos.

Si alguna vez sois tentadas de que vuestra vida de Obrera es pesada, difícil, porque todo en ella os habla de cruz, de sacrificio y de inmolación; de que os pide el ofrecimiento de vuestras horas más queridas del descanso, y el desflorar vuestros años mejores a los pies del crucifijo; si alguna vez se os acercara la tentación, bien porque la sintáis en vosotras, bien porque otra persona quiera torcer vuestra voluntad, recordad entonces otro mayor sacrificio y pena que os espera: el fuego eterno.

Que todo, pues, nos parezca poco para nuestro bien y para Dios. Si nuestro sufrir sirve para que el Señor nos declare gratos a sus ojos, bendeciremos el sufrir; y si la humillación nos es precisa para alcanzar una sentencia amistosa de Jesús, bendeciremos la hu-

millación; si nuestra vida, en su total ofrecimiento, es necesaria para salir a flote en ese momento definitivo de la lucha, daremos nuestra vida..., todo, para eternamente poderlo salvar. Nuestro camino es de victoria y de triunfo.

Miremos el rumbo de nuestros hermanos que en la eternidad nos precedieron. Qué brillante. Brillan entre nosotros cual estrellas de luz, reflejos de la eterna verdad. Abrieron la marcha, y tras las pruebas y purificaciones propias de la lucha y de la inmolación, volaron hacia su Dios. Jesús nos miró con amor paternal, dándonos la vocación, para luego darnos el cielo. Pensad que, porque quiso el cielo para vosotras, os llamó... para ser Obreras. Sedlo de verdad. El recuerdo del fuego eterno os encienda más en el celo apostólico.

Pensemos en nuestro interior: ¿está Dios contento conmigo? ¿Qué uso hago de mi vocación? Afianzaos mucho en ella y rendid gracias al Señor por vuestra vocación; ella es vuestra senda bendita para llegar a oír un día de los labios de Jesús sus palabras de eterna amistad: "Venid, benditos de mi Padre".

Sigue pensando: si no soy buena; si dejo esta mi senda; si la pierdo por culpa mía; si Dios me puso aquí para salvarme, al dejar mi camino..., acaso yo perderé mi cielo. ¿Condenarme? No. Pero necesito ser Obrera fiel, santa, al servicio de mi Señor. ¿Habrá vendaval que me tronche...?

Considerad cómo cumplís vuestras obligaciones y empleáis las gracias de la vocación, salvoconducto para la eternidad. La rezagada, apriete sus pasos. El tiempo corre y es hora de rendir mucho en la vida espiritual. Hemos merecido el castigo del infierno. Dios nos pudo castigar con las eternas penas y, en cambio, su bondad y misericordia, en lugar de castigarnos, nos abrió el cielo..., en la tierra mediante una vocación,

toda amor y sacrificio, y el cielo en la eternidad, mediante la futura visión y goces de Dios. Démosle gracias de todo corazón y una vez más digámosle estas palabras de la Virgen: he aquí tu esclava, cúmplase siempre en mí tu santa palabra, tu santa voluntad.

CAPÍTULO VI

Zacarías e Isabel

Comienza san Lucas el versículo quinto del capítulo I de su Evangelio, declarando la existencia del sacerdocio en el pueblo judío. Merced a la crecida multiplicación de las familias sacerdotales en aquel tiempo –familias sacerdotales que procedían de la casa o rama de Aarón–, el rey David tuvo necesidad de formar grupos o familias sacerdotales para que no hubiese entre ellos discusión en el servicio del Templo. Formó veinticuatro grupos a los cuales asignó por turno el primer servicio en el Templo, haciéndolo cada familia sacerdotal durante ocho días. El tal servicio consistía en entrar en el Templo y quemar el incienso por la mañana y por la tarde en el altar del Señor. Mientras el pueblo oraba, agrupado fuera del Templo, el sacerdote ofrecía el incienso, orando también; el incienso es símbolo de la oración.

Había un sacerdote que pertenecía a la familia sacerdotal de Abía y que se llamaba Zacarías. Su esposa Isabel pertenecía a la familia sacerdotal de Aarón, de modo que los dos esposos procedían de la rama sacer-

dotal. Ambos eran de avanzada edad, y ella además de vieja, estéril. El estado de vejez quitaba toda esperanza de fecundidad. Le tocó a Zacarías el turno de prestar servicio en el Templo. Al ofrecer el incienso, elevó su oración a Dios pidiéndole un hijo, porque entre los judíos el ser estéril reputábase como oprobio y cosa infamante, y lo atribuían a algún pecado oculto cometido. Y he aquí que se le presentó un ángel, y de pie, junto al altar, le dijo: "No temas, Zacarías, pues tu oración ha sido bien despachada; y tu mujer Isabel te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan", [6] que significa gracia, gracioso o fruto de la misericordia de Dios, "el cual será para ti objeto de gozo y de júbilo, y muchos se regocijarán en su nacimiento, porque ha de ser grande en le presencia del Señor. Y será lleno del Espíritu Santo..., y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo, delante del cual irá él revestido del espíritu y de la virtud o celo de Elías..., a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto". [7]

Dudó Zacarías de esta promesa del ángel, por lo que el ángel le dijo: "Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios... Y desde ahora quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, por cuanto no has creído a mis palabras...". [8] Y quedó mudo y sordo. Luego, se cumplió la promesa del ángel, e Isabel ocultó el fruto de sus entrañas, diciendo para consigo: "Esto ha hecho el Señor conmigo, ahora que ha tenido a bien borrar mi oprobio de delante de los hombres". [9] Esta es la gran misericordia de Dios.

---

[6] Cf Lc 1, 13.
[7] Cf Lc 1, 14-17.
[8] Cf Lc 1, 19-20.
[9] Cf Lc 1, 25.

¡De cuánto nos puede servir este relato evangélico! Este suceso se repite con frecuencia en las almas que desean tener fecundidad apostólica, a fuerza de su fidelidad y oración. Ambos, dice san Lucas, eran justos en la presencia de Dios. [10] Eran justos, es decir, santos, y guardaban todos los mandamientos y leyes del Señor de una manera irreprensible. De modo que el no tener hijos, deseo ardiente de su corazón, no les imposibilitó para permanecer justos en la presencia de Dios. Esta gran contrariedad no disminuyó en ellos el servicio a su Creador, sujetándose en todo a sus mandamientos y leyes, con el corazón amargado, con la pena en el alma, sufriendo el oprobio y, acaso, siendo tachados de algún pecado oculto cometido. La contrariedad, fielmente soportada, ayuda a la santidad.

Qué hermosa lección podemos aprender aquí. San Pedro dice a los cristianos en su primera carta: "Vosotros sois el linaje escogido –qué palabras éstas y cómo significan la grandeza de nuestra vida–, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista". [11] Somos familia del Sacerdote Rey, porque el cristiano participa de la realeza de Cristo. Si hermanados con él, hermanos del Rey, si engendrados por él a la gracia, hijos de Dios. Somos familia del Sacerdote y del Rey.

Todo cristiano es de algún modo sacerdote. Participamos todos los cristianos de la realeza del sacerdocio de Cristo. Y esta participación, cuán bien acopla a vuestra condición de Obreras, por lo vasto y la clase de vuestro trabajo, por vuestra condición de peculiar sacrificio y por vuestra acción tan cercana al ministerio sacerdotal, y por vuestra cooperación en el trabajo apostólico; pues si el ministerio sacerdotal se encami-

---

[10] Cf Lc 1, 6.
[11] Cf 2 Pe 2, 9.

na directamente a producir en las almas el espíritu de Cristo, vuestra razón de ser es precisamente ayudar a esta finalidad. En la práctica, vais supliendo y ayudando en muchos lugares la labor sacerdotal, en los casos de su ausencia o deficiencia; ayudáis a la fecundación de la labor sacerdotal regando la semilla que el ministro de Dios sembró, o desbrozando el camino que él ha de recorrer para llegar a las almas. Y así preparáis con vuestra acción voluntades y corazones, para que estén dispuestos a recibir la luz de la verdad y la gracia de la salvación.

Tal oficio, por su dignidad y grandeza, pide no menos santidad, la cual hay que vivirla, no obstante las múltiples contrariedades, oprobios y fracasos que nos puedan sobrevenir y que se atribuyan –Dios lo permite así– equivocadamente, a algún defecto o pecado oculto. Mal indicio sería si esta contrariedad llegase a producir en nosotros desánimo y desaliento. Si estas pruebas amortiguasen nuestro querer de santificación, daríamos a entender que todavía no somos justos del todo en la presencia de Dios.

Por nada interrumpamos nuestra marcha en la lucha del deber. Hemos de ser probados, y los justos más. Se golpea sobre el yunque el hierro, se le contraría, se le reduce, para forjar con él una artística verja. ¿Quién correrá la amplia y prolongada pista de la perfección cristiana si no es golpeado, contrariado, sobre el yunque de la prueba, por el martillo de la purificación? Aquí se acrisola la voluntad..., como se acrisola el oro; se consume la escoria, y queda el oro en su pureza; se consume lo carnal..., y queda lo espiritual. Los débiles hacen marcha atrás al beso de las duras pruebas, y de este modo no realizarán sus deseos de santificación.

..."Eran viejos". Hay vejez de edad y vejez en cuanto al aprovechamiento del tiempo. Hay quien es joven

y es viejo, porque pasó sus años haciendo... nada. Hay vejez por la tardanza en comenzar a servir al Señor. Unas veces, al mirar nuestro pasado y contemplar los años transcurridos y el poco bien producido, nos sentimos viejos; otras veces, al recontar nuestros años, besos de muerte que marchitan nuestra persona, y ver lo que hemos hecho, sentimos miedo. Muchos tienen caídas las alas de la voluntad, y desconfían y desfallecen porque se ven estériles. Pasaron sus mejores años estérilmente. Juventud desflorada sin aromas de Dios. Y ahora, a estas alturas, se preguntan qué podrán hacer.

Otros muchos dicen: llevo tantos años de vida espiritual, soy viejo, vieja..., pero estéril. ¿Qué se podrá esperar de mí en adelante? Desconfían del Señor; les falta la fuerza de la fe y de la esperanza, para subir entre clamores de oración hacia Dios. La oración juega el principal papel contra la esterilidad espiritual. En una Obrera no debe caber esta esterilidad. Obrera... igual que trabajadora..., ¿y estéril? Eso sí que es oprobio. El fracaso lo habríamos de atribuir a un pecado cometido oculto, a falta de espiritualismo, de vida interior, a falta de amor a Cristo, a falta de abnegación. Si alguien, pues, se encontrara en tal situación, dése de veras a santificarse, a su oración, quemando el incienso de ésta, de mañana y de tarde, ante la presencia del Señor, pidiéndole espíritu y fruto apostólico, hasta que la voz de la esperanza le diga: Obrera, desaparecerá tu esterilidad, darás almas para Dios, y esas almas serán tu gozo y tu alegría, y en ellas, en su nacimiento para la nueva vida, muchos se alegrarán, y serán grandes en la presencia de Dios, y llenas de espíritu juvenil y de fe, irán conquistando otras almas y preparando un pueblo escogido al Señor.

Después de vuestra paz y alegría, íntima, que habéis de vivir en vuestra conciencia por vuestra vida de santidad, ¿cuál podrá ser vuestro gozo y alegría sino el ver nacer almas para Dios, de las entrañas de vuestro trabajo, oración y apostolado, aunque éste sea en una cárcel? San Pablo, encarcelado, continuaba su vida apostólica, si bien en su espíritu ansiaba volar por el mundo. La gracia de Dios hace fecunda la esterilidad. Y las almas que han de nacer a la vida divina, fruto de vuestro trabajo y oración y motivo de vuestro gozo, ¿no serán en su nacimiento la alegría para muchos? ¿Acaso vuestro nacimiento a la gracia, como fruto del trabajo y de la oración de otras almas que os precedieron, no ha sido alegría para muchas otras, puesto que de vosotras ha querido el Señor valerse para que le conozcan y alaben tantas almas? Y de éstas, cuántas Obreras brotaron, como ramitas, para ir hermanadas con vosotras, ganando corazones para la fe y preparando un pueblo escogido para el Señor. ¿Y no sois vosotras las primicias? En torno vuestro, muchos corazones se mueven, que son pueblo escogido que preparáis al Señor.

"Y su nombre será grande". Juan significa "fruto de la misericordia de Dios". Vosotras, y con vosotras los corazones que ganasteis, sois frutos del amor del Cristo de la Misericordia y de la Virgen Dolorosa, con sus ojos llenos de compasión maternal. La esterilidad sería nota infamante para una Obrera. Este nombre no es de lujo, ni propio de un miembro inactivo. Aquellas que fueran gastando estérilmente sus años, piensen cuán inútilmente los viven y con qué oprobio se han de presentar ante el divino Redentor. No les vale la excusa de la edad ni la de haber comenzado tarde, ya que el Señor les ha dado los medios para poder vencer estos obstáculos: el haber comenzado tarde, o el sentir el peso de los años.

La oración todo lo puede, el sacrificio con la oración, todo lo alcanza. La acción, por humilde que sea, acompañada de este espíritu interior, da su fruto. Sed activas y fecundas, como la hormiguita insignificante, que no para y arrastra poco a poco el granito de trigo y lo lleva adonde está formando su granero; como la abeja que liba las flores, volando de aquí para allá, hasta llenar el panal de rica miel.

Al hacer el examen, que no tengáis que reprocharos de esterilidad espiritual. Eres Obrera..., ¿cómo cumples? ¿Qué haces? Eres Obrera..., ¿llevas su espíritu? ¿Te acuerdas de las almas? ¿Oras? ¿Marcas tu vida con el sacrificio? ¿Quemas el incienso ante el altar del Señor? Y al mirar a tu alrededor y recordar tus años y el radio de tu acción, ¿hallas almas que constituyen ante los ojos del Señor tu gozo y tu alegría?

Os habéis de propagar. Vuestra generación espiritual así se ha de formar, produciendo cada Obrera la ramita de su fruto y fruto copioso. Esta es vuestra fecundidad. Cada Obrera ha de producir almas, pero metiéndoles el espíritu de Cristo, anhelos de santidad, celo apostólico, para que éstas, a su vez, engendren el fruto deseado.

Y del mismo modo que para un sacerdote sería gran confusión el contemplar su vida y verse con las manos vacías, porque habría defraudado su ministerio, también vosotras, si defraudáis la vocación, tendréis que reprocharos duramente con vergüenza y arrepentimiento..., acaso tardío.

Vejez en los defectos. ¡Los tengo tanto tiempo! Vejez o dificultad en mi vida espiritual; vejez o peso de mis años; vejez o tardanza en haber comenzado mi servicio a Dios... Nada de todo esto constituya obstáculo a la fecundidad de vuestra vida apostólica. Fiad del Señor, fiad de la Virgen. ¿Por ventura no puede

Dios hacer de nosotros lo que le plazca? ¿No puede a un madero verde hacerlo arder? ¿Y a una vara seca florecer? ¿Y a un palo viejo servir? La voluntad nunca envejece. El alma es más joven cuanto más de santidad tiene. Nunca es tarde, ni hay vejez para servir al Señor, para amarle y trabajar por su gloria divina. Un día sólo vale... una vida; un día sólo, inmolado por Dios, será fecundo en su divina presencia. Por falta de fe, Dios castigó a Zacarías; quedó mudo y sordo. Por falta de fe castigó a Moisés a no ver la tierra de promisión, cuando dudó al dar con su vara el golpe, y tuvo que dar tres golpes para que brotase la fuente. Nunca dudéis, y sea vuestra frase aquella de san Pablo: "Todo lo puedo..., todo..., todo con Cristo, que es mi fortaleza". [12]

Pocos o muchos años de Obrera; si tarde o pronto llegaste a este regazo; en tu medianía o en el crepúsculo de tu juventud..., ¿qué importa? En tus manos quizá tengas los instrumentos para mover muchas almas hacia Dios. ¿Cómo? Eso has de pensar. Se desenvuelve la tela, cortan las tijeras, y al darle forma, se hacen fecundas: han producido el traje. Es preciso que seáis miembros vivos, muy vivos, primero por vuestra justicia, cumpliendo todos los mandamientos, leyes y disposiciones del Señor irreprensiblemente. Miembros muy vivos por vuestra acción. Nada de pasividad, nada de holganza mirando cómo el tiempo pasa. La Obrera ha de ser un incendio, incendio divino que vaya quemando o dando calor a tantas almas frías.

¿Estéril? Si lo eres, ¿será por tu culpa, será por tu tardanza en llegar a esta Obra de Cristo? ¿Será porque no quemas el incienso de tu oración? ¿Será porque te

---

[12] Cf Flp 4, 13.

falta un destino? No; éste lo tienes; eres fruto de la misericordia de Cristo. Ten presente que nuestra Obra es viva y calcada sobre la piedra angular viva, que es Cristo, sobre el cual está levantada, edificada y, como la piedra, trabada, fuertemente unida con él. Como ramas, alimentaos de su savia. No es buena Obrera la que sólo se diese por satisfecha con ser admitida y ostentar ese nombre. La buena Obrera es surtidor comunicativo del agua cristalina de la vida eterna, que nace de la fuente infinita que es Dios. ¿Qué haré por mi Dios? Hasta ahora, ¿qué hice? ¿Estéril...? Qué oprobio. Qué vergüenza. ¿Fruto producido...? ¿Dónde está mi gozo, mi alegría?

Anímate mucho. Eres un miembro vivo de la gran familia del "Amor Christi"; te toca quemar el incienso de tu oración ante el altar; pero también no olvides que te toca quemar todos los días... la esterilidad que pueda haber en tu vida de Obrera.

CAPÍTULO VII

La Encarnación

QUE el Señor nos conceda el auxilio de sus divinas luces para que podamos entender algo de la grandeza de este misterio. La Santísima Virgen nos haga la merced de llegar a tener un conocimiento íntimo de este profundo misterio del amor de Dios al que supo cooperar de modo tan sublime, armándonos de fortaleza para imitar a nuestro Divino Maestro y encarnar así nuestra vida en la generosidad y en el sacrificio, con el fin de glorificar a Dios y asociar nuestros trabajos a la obra de la redención.

Dice san Juan: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". [13] "Lo que hemos visto, lo que nuestras manos han tocado, esto os decimos del Verbo de la Vida." [14]

¿Por qué Dios se hizo hombre? ¿Por qué la grandeza de la Divina Majestad llegó a empequeñecerse tanto? ¿Por qué la misericordia amorosa de Dios dio

---

[13] Cf Jn 1, 14.
[14] Cf 1 Jn 1, 1.

esta nota tan elevada, que no cabe más, de abrazar al hombre pecador y hermanarle con él hasta tomar su propia naturaleza humana? ¿Lo hizo por la fuerza expansiva de su amor? ¿Lo hizo, dada la ocasión de pecado, para salvar a los pecadores? Las dos cosas son verdad. Supuesto el pecado cometido por el hombre, el Verbo Divino se hace carne para salvar al hombre; en el supuesto de que no hubiese pecado, Dios se hiciera hombre por pura manifestación de amor al hombre; es decir, la Encarnación, acto por el cual Dios, Verbo Divino, desciende al seno de la Santísima Virgen, y allí, por virtud del Espíritu Santo, toma carne mortal con la sangre que la Virgen le presta voluntariamente. Es un acto purísimo de amor de Dios hacia el hombre; es el acto de comunicación más apretada que puede existir, cual es unir a su Persona divina nuestra carne mortal, y con ella, un alma humana, un entendimiento y una voluntad humanos.

Esta manifestación del amor divino es tan grande que, en realidad, constituye uno de los más augustos misterios de nuestra sacrosanta religión; es el mar de amor donde la criatura humana se sumerge, quedando empapada por completo, al ser unida sustancialmente con Dios; es el beso de desposado que Dios da a nuestra naturaleza humana; es el momento de elevación de nuestra naturaleza humana hacia su deificación; es el encumbramiento más alto que se le puede dar. Por la Encarnación Dios se abaja, y se une a la Divina Persona del Verbo nuestra humana naturaleza; y la resultante de esta unión ni es sólo Dios, ni es sólo hombre, es... el Dios-Hombre: Jesucristo.

Y en esa elevación, encumbramiento, deificación, de la naturaleza humana al ser asumida por el Verbo divino, estamos todos representados. Así como en un Adán todos hemos pecado, en Cristo todos quedamos

vivificados. Así como por un Adán todos somos pecadores, por un Cristo todos quedamos llenos de la gracia divina. Soy, pues, un miembro de ese Cristo, Verbo Divino que toma la humana naturaleza, de la cual yo formo parte. Ese beso, pues, de desposado, que da el Verbo Divino, me llega a mí, y así me ama, me eleva, me exalta, vivifica y glorifica en Cristo. De mi gran pequeñez, de mi nulidad, me hace subir a la más alta grandeza; de mi poquedad, a la mayor fortaleza; de la pobreza, a la máxima riqueza; de criatura, a vivir participando de la vida divina.

Yo no puedo comprender que una persona cristiana, y menos religiosa, no se conmueva toda, cuando contempla el misterio de la Encarnación. Su consideración había de bastar para transformar nuestra vida y estimularnos a quitar de nosotros toda cobardía ante cualquier acto de virtud por fuerte que fuese. ¿Temer la humillación? Humillarnos... y humillarnos aunque la humillación nos haga trizas. Y de qué modo nos ama Dios, que ha realizado tan profunda humillación. Hacerse criatura. Y nosotros rehusamos la humillación. No demos cabida al orgullo. Los que a la vista de tan gran humillación de Dios yerguen engreída y orgullosa su voluntad, qué miserables se tornan. Dicen que tienen fe y que aman a Dios, pero ¿qué entienden por amar a Dios? ¿Acaso decirle de palabra cuatro frases? Aman a Dios, ¿y aún rehúsan dar su yo, viéndose postergados? Aman a Dios..., ¿y hacen las cosas mal?

La Encarnación es un libro de perfección subidísima. A veces nos sobran libros y nos falta compenetración con Cristo. Vivimos más en nosotros que en Dios, encastillados en algo nuestro y no en lo de Dios. De qué distinta manera se ven las cosas cuando nos colocamos delante de este obrar divino. Y no todo consiste

en admirar, sino antes bien en imitar, en apropiarnos la lección.

Aquí vemos la grandeza de nuestro divino Creador empequeñecida. Nada es la grandeza de la criatura, y con ser nada, todavía se resiente cuando se le quita un ápice de lo que ella cree ser; lleva a mal si se le ocupa en cargo distinto al que desempeñaba, y esto es porque tiene apego al primero, o porque lo juzga inferior; se resiente cuando le dicen palabras de poca estima, cuando cree que no se le ha hecho caso.

Cuántos, por el apego a la grandeza vana obstaculizan la acción apostólica que debían realizar acercándose a las almas. No he visto ningún alma apóstol de verdad que, aún estando en elevada grandeza humana, no tenga que empequeñecerse, pero empequeñecerse de verdad, para poder llegar a las almas. Hay mucha humildad a flor de labios, pero poca de corazón. El empequeñecernos no consiste en decir palabras que nos rebajan, palabras de "mea culpa"; empequeñecerse consiste en tener ante todo concepto humilde de nosotros, y luego, sabernos dar: darnos con sencillez, como si nada diéramos, aunque diéramos toda nuestra persona. "Si no os hiciereis pequeños como niños, no entraréis en el reino de los cielos." [15] Para entrar en el reino de los cielos hemos de hacernos pequeños, humildes, y hacer rodar por el suelo esa corona de gloria humana llena de vanagloria y de soberbia.

La Obrera necesita mucho recorrer el camino de la humillación para poder encarnar de verdad a Cristo en las almas, fijar en ellas su espíritu, clavar en ellas su pensamiento y hacerlas robustas, con la robustez de una voluntad decidida y heroica para el servicio de

---

[15] Cf Mt 18, 3.

Dios. No hemos de forjar, ni menos ser, almas de una blandura, de una debilidad, y de una tan pequeña cosa, que en poniéndola a prueba, para poco aproveche. Os precisa recorrer el camino de pequeñez, es decir, bajar a las cosas más humildes, tomar los oficios más humildes, acercaros a las almas más rebajadas en el orden de esta grandeza humana. En vuestro nombre lleváis ya esta realidad significada por esta palabra: Obrera. No os han puesto el nombre de reina, sino el de Obrera, con grandeza de Dios, pero con espíritu de humildad profunda, manifestada en vuestra rectitud, sencillez, obediencia, para que, al trabajar, no busquéis grandeza de tierra, ni exaltación de persona; nunca os afanéis para que vuestro nombre vaya flotando por encima como el aceite, sino tan sólo buscar, siempre y en todo, a Cristo.

Por este misterio del amor, el Verbo Divino llega a nosotros y nos abraza, uniéndonos a su misma vida. ¿Y cómo llega a nosotros? Despojado. ¿De qué? Digamos aquí: de todo. Él es la Segunda Persona divina y ha descendido a la tierra desde su morada del cielo. Sobre el pesebre, unas pajas son su lecho; su vestidura riquísima..., unos pañales pobres. Ha venido solo, trayéndonos su gran corazón lleno de amor. Un corazón que reparará durante treinta y tres años. Ha venido para tomar un cuerpo con el cual reparará y cantará la gloria de su Eterno Padre durante treinta y tres años.

Para encarnar a Cristo en nosotros, es preciso que nos despojemos de ciertos cariños humanos, de manera que ocupe el primer lugar el cariño de nuestro Dios; que nos despojemos de comodidades, del propio querer, de nuestra morada, haciéndonos –como dice san Pablo– peregrinos, que vamos con el bordón en la mano por el camino de esta vida terrena, hacia la eternidad. Para encarnar en nosotros a Cristo hay que des-

nudar mucho la voluntad y el corazón. Y qué pocas personas llegan a romper las trabas de ciertos afectos familiares. ¿Acaso es malo tenerlos? No, pues están santificados por Dios, pero a veces, cómo nos obligan a cumplir mal nuestros deberes, a defraudar a Dios. Cristo nunca se encarnará en un alma, ni ésta llegará a la compenetración espiritual con él, si no acierta a vaciarse a sí misma.

Y pues necesitamos encarnar a Cristo en nuestro corazón, aprovechemos el momento propicio en el que de algún modo se verifica ese encarnarse Cristo en el alma: la comunión, horas de oración, desasimiento interior de nuestro espíritu de las cosas terrenas. Pero ni en la comunión, ni en la oración llegaremos a alcanzar los altos grados de unión en que Jesús arrebata al alma sacándola como de sí misma, si el alma no está desasida de las trabas terrenas para poder volar con facilidad.

Necesitamos, además, encarnar a Cristo en las almas. No lo haremos, como no lo hará ninguna alma apostólica, si vamos cargados con el yo; si nos presentamos con esa rémora de propios defectos personales; si llevamos un contrapeso que nos impide entrar, con toda la fuerza de la perfección cristiana, en aquellos a quienes deseamos llevar al Señor. Qué distinto habla el espíritu desprendido, con ese desprendimiento santo, a aquel otro que, aunque ponga muchas palabras y diga muchas cosas, no ha realizado el interior desprendimiento necesario. Y esto bien lo conocen..., hasta los pecadores. Y, aunque con pico de oro nos expresáramos, como no tengamos este desasimiento, pronto los que nos escuchan advertirán nuestros defectos y dirán: muy bien, muy bien, pero lo que refleja en el espejo de su palabra, no se ve en su persona.

San Juan de la Cruz, santa Teresa, los grandes místicos, nos hablan de la necesidad de este desasimiento interior del espíritu; los ascetas nos hablan de la necesidad de esta desnudez practicada por la vía dolorosa del sacrificio; es como un arrancar la piel, un arrancar de nuestra voluntad el fino velo de ciertos apegos a las cosas terrenas, e incluso a las espirituales. Nuestra marcha hacia las almas ha de ser completamente por vía de generosidad.

Cuántas veces he repetido en mi vida sacerdotal, al hablar a estas almas que aspiran a la alta perfección: quien todo por Cristo no lo deja, nunca del todo conseguirá a Cristo. El que sobrepone un lazo familiar, nunca llegará a conseguir el lazo de intimidad completa con Cristo. El que conserva la atadura de ciertos apegos a ciertas personas o cosas, no llegará a pegarse del todo a Cristo. Quien todo por Cristo no lo deja, jamás alcanzará a ganar del todo a Cristo.

Cuánto hay que meditar en el misterio de la Encarnación. En él se contiene altísima sabiduría para la vida espiritual. Así, pues, recomiendo de nuevo que estudiéis a Jesús mucho, desmenucéis cada una de sus facetas, y hagáis luego aplicación a vosotras, a las criaturas, al mundo. Entonces veréis qué diferencia tan grande media entre nosotros y él, y qué bajitas están todavía muchas personas de vida espiritual. Y no es porque les falte la voluntad, es porque les falta asimilarse el modo de acción de Dios nuestro Señor.

Por este misterio de la Encarnación, a nuestra dignidad de hijos de Dios añadimos la de hermanos de Cristo; yo, la de mi sacerdocio, vosotras la de vuestra vocación. Por este misterio de la Encarnación del Verbo Divino, recobramos la gracia divina y somos herederos. ¿Qué mayor dignidad se nos puede otorgar aquí en el mundo? ¿Qué más se nos puede ofrecer

para nuestro porvenir? Nuestro título más grande es éste: hijo de Dios por adopción..., hermano de Jesucristo.

Ya el amor divino no puede llegar a más. En él está nuestra escritura de herencia, el testamento por el cual tenemos derecho al reino de los cielos, a la eterna dicha. Caídos, nos ha levantado; muertos por el pecado, resucitados a la gracia; de desgraciados, hechos felices; de inútiles, convertidos en un ser lleno de vida; de despreciados, llenos de gloria. Tenemos además el título de nuestra vocación. Por este misterio yo soy sacerdote y, consiguientemente, ya no sólo hijo de Dios y hermano de Cristo, sino además ministro de Cristo. Un hermano, pero elevado a la dignidad de ministro. Entre muchos hermanos, en una familia, su representante. Como otro Cristo. Cuán agradecidos debemos ser los sacerdotes a Dios, cuando se ha dignado otorgarnos tal dignidad.

Por este misterio eres tú también Obrera. No sólo eres una hermana de Cristo, una hija de Dios, eres ya entre las hermanas de Cristo, una llamada por él para cultivar su vid; y te ha dado el nombre de trabajadora..., Obrera; nos ha confiado el trabajar las cepas de esa su viña, y de este tal trabajo hemos de dar cuenta, como aquel administrador del Evangelio a quien pidió cuenta de los talentos, para ver qué rédito hemos producido, qué racimos hemos hecho dar a esas cepas de la viña de Dios, y cuántas de nuevo hemos plantado.

Toda, pues, nuestra vida la explica el misterio de la divina Encarnación. De ahí arrancan los augustos misterios...: el de la Eucaristía, que es como una continuación de la Encarnación, y el del calvario, que es como una consumación de esta Encarnación. Y en todos ellos se nos habla de lo mismo; todos ellos reflejan la misma acción del Señor: acción de amor.

¿Por qué no viviremos muy hermanados? ¿Cómo unos miembros de un cuerpo pueden pelearse con otros miembros del mismo cuerpo? Sería insensata aquella persona que con su mano izquierda estuviese dando golpes a su mano derecha, y con la derecha a su izquierda. El golpe que se le infiere a un miembro vivo del cuerpo, tiene su repercusión en otros miembros, de manera que hay una comunicación recíproca. Si un miembro es glorificado o despreciado, el otro lo es también, por compenetración con el todo. Si Dios ha puesto en el complejo de nuestro cuerpo la vida de unidad, de mutua defensa, la ha puesto de modo sublime en nuestra hermandad con el Señor. ¿Y cómo no ha de existir esta hermandad entre vosotras, ya que constituís una familia y sois ramas que parten de un tronco principal que está injertado en Cristo? Como la rama potente del árbol, convertida a su vez en tronco, reparte su savia en las distintas ramas que engendra, así vosotras sois ramas distintas nacidas de una rama potente, ya convertida en tronco, del árbol divino de la cruz de Cristo.

¿Por qué, pues, no habrá entre los cristianos la deseada vida de hermandad, de compenetración, de amor puro y fraternal? Cómo nos ha enseñado Dios nuestro Señor a querernos. Él, al hacerse hermano nuestro, nos elevó; nosotros, al hacernos hermanos por un mismo ideal, elevemos el nivel de nuestra vida espiritual con el mutuo buen ejemplo.

Obrera, nunca en tus palabras haya desprecio, y si para enaltecer es preciso humillarte, hazlo. ¿No ves cómo el Señor nos enseña en el misterio de la Encarnación a hacernos hermanos de verdad? Y no puede hacerse de otra manera que como el Señor nos lo ha enseñado.

Mucho anhelo que en vosotras exista este amor de hermandad, pero amor de Cristo, no amor particular

de personas; amor de Cristo que no mira a la persona, sino a la Obrera, rama del árbol. La que siente de verdad este espíritu de hermandad, no busca su glorificación, sino la glorificación de las demás. Buscad que floten las otras. Aquella que quisiera absorber a las demás, piense que todavía no aprendió la lección bellísima que se contiene en la página de la Encarnación de Dios.

CAPÍTULO VIII

Los Reyes Magos

ESTUDIEMOS la narración evangélica, según la cual, reinando Herodes, nace Cristo en Belén de Judá y unos reyes vienen del Oriente en busca del Mesías nacido, y no tienen otro aviso que el aviso callado de la luz de una estrella. Entienden el lenguaje de la estrella cual llamada del Señor, y dejando sus familias, sus bienes, sus intereses y amistades, se ponen en marcha y duránte largo tiempo recorren un camino difícil, penoso, mas sin perder de vista la luz de la estrella. En llegando a Jerusalén, conversaron con Herodes. Éste se interesa por saber también dónde está el nacido Rey de los judíos, fingiendo desear adorarle. Al salir del palacio de Herodes, la estrella les precede y se para, señalando el lugar donde está Cristo. Entraron en la "casa", qué casa, y allí hallaron al Niño con María, su Madre, y san José, y arrodillándose le adoraron y le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra.

Notemos primero en este pasaje evangélico el poder de la fe, la luz que presta la fe, y cómo ella es elemento del que se vale el Señor para llevarnos a él.

Por la fe llegan las almas a Cristo; por la fe, se agrada a Dios; por la fe se penetra en los recintos muy ocultos de la vida espiritual, y por la fe se alcanza la visión de Dios. En vuestro andar por este destierro del mundo en busca de Cristo, no apartéis vuestros ojos de la estrella de la fe, y aunque suene en vuestros oídos la sirena de ciertas razones y argumentos que el mundo os pueda poner para convenceros de que no es vuestro camino ese que seguís, que tanto no necesitáis para la salvación; ante regalos y ofrecimientos que el mundo os brindará; acometidas de ciertas dudas que producen los razonamientos meramente humanos, nunca apartéis vuestra mirada de la estrella de la fe que brilla en las palabras de Cristo, y que está siempre flotando en el firmamento de vuestra vida, desde que él hizo brillar en el mundo la verdad.

La estrella de la fe es Cristo. Su figura, su imagen crucificada, es la que ilumina nuestros pasos para que no equivoquemos el camino de la salvación. No podemos comprender a un Cristo en la inmensidad del misterio de su amor, en que la Segunda Persona Divina une a sí nuestra naturaleza humana. No podemos comprender a un Cristo en el misterio de la santa eucaristía, convirtiendo la blanca harina en su carne divinísima para ser alimento de nuestras almas. No podemos comprender a un Cristo cubierto de sangre, en que todo su cuerpo es un sufrir, sin perder nunca el gozo de su alma, porque está unida a la Divinidad. No podemos comprender a un Cristo que tiene un alma que padece y que goza...; pero nos basta ver a Cristo con la luz de la estrella de la fe; nos basta mirar, ver sin comprender, con la luz de la verdad divina, que alumbra todo el camino de nuestra vida hasta llegar a la eternidad. Aquí no valen ya ni ciencia, ni razones que nuestra inteligencia pueda inventar. La fe brilla más alto.

La estrella de la fe es el sacerdote que Dios ha dispuesto para un alma; es el director que Dios le ha facilitado; es el piloto que Dios ha puesto a nuestra barquilla para que la guíe. Y en el acertado mandato y en la orden de ese piloto, puesto por la mano del divino Creador y Redentor, ha de descansar nuestra fe.

Los Magos nos dan ejemplo hermosísimo de fe. Por ella conoceréis la voluntad de Dios... y continuaréis conociéndola; no por lo que os diga esta o aquella persona; no por lo que el mundo pueda testimoniar en este o aquel sentido, cuando se apartan del sentido de la fe. Por ésta conocisteis al Señor, y le conoceréis más en el correr del tiempo. Hay fases en nuestra vida espiritual que la razón no comprende. Si fuésemos a examinar nuestra vida, nos pasmaríamos. ¿Cómo comprender con nuestra débil razón que, tras aquellos lejanos años de nuestra vida, habíamos de llegar a ser lo que hoy somos? ¡Era una ruta tan diametralmente opuesta! La razón aquí no sabe explicar el misterio de lo que pasó, y de lo que puede pasar; sólo la fe hace levantar la consideración a la providencia de Dios que nos está llamando de tantas manera; ella es la única que nos lo puede explicar.

Que en todo os guíe la fe como elemento vivificante, como elemento que os una a esa inteligencia divina, cuyo resplandor se nos comunica por la fe. Por ella llegaron los Magos a dejar sus familias y sus bienes, y emprendieron aquella larga marcha, tan penosa, en la que aventuraron su vida, y ciegamente siguieron hasta encontrar a Cristo. Por la fe el mártir sube a la cruz del martirio; por la fe se vencen las pasiones y se mortifica el cuerpo; por la fe se sacrifican los cariños más íntimos y encendidos de nuestra alma; por la fe se arranca la voluntad de todo para lanzarse con fuerza y santa violencia hacia Dios; por la fe se deja... todo por Cristo; sólo por la razón..., no.

Por mucho que razonemos, no hallaremos argumento suficiente para explicar estas locuras fuera de la fe, para explicar el arranque de las voluntades que se determinan a sacrificar el cariño de los padres, el ofrecer los bienes, el inmolar el corazón, todo ello ofrecido como una flor a los pies del Señor. Por encima de estos cariños terrenos, la fe nos muestra un amor más alto, nos habla de una amor a Dios sobre todas las cosas. Y este amor a Dios aumenta en grandiosidad, en nosotros, cuando crece en sacrificio. Sólo la fe nos puede explicar estas locuras santas de la vida espiritual..., apostólica. Por la fe, pues, llegaremos a encontrar el tesoro de la santidad: Jesucristo.

Qué fieles fueron los Magos. Qué intrepidez y prontitud en seguir la llamada de Dios. Si muchas almas guardaran esta fidelidad en seguir las luces interiores que les van iluminando en lo que deben hacer y lo que deben evitar, en lo que deben sacrificar y lo que deben ofrecer, en lo que deben inmolar y en aquello que deben conservar; si las almas guardaran fidelidad a la acertada dirección espiritual que se les imprime; si los miembros de una Obra fueran fieles a los mandatos y disposiciones de ésta, cualquiera que sea, pues todas son bendecidas por la Iglesia, y todas tienen una constitución espiritual más o menos perfecta, ciertamente llegarían al puerto de su felicidad, encontrarían a Cristo.

Sois Obreras por la fe, no por la razón. Cuántas veces la razón os aconsejó lo contrario. Supuesta la vocación religiosa, la razón os hará ver cómo podéis seguirla sin tanto sacrificio, con más seguridad espiritual, más defendidas morando en un convento y vistiendo vuestro cuerpo con traje especial. Mas por la fe descubriréis otro camino en el que ni la seguridad, ni el sacrificio, ni la particularidad del traje mueve la vo-

luntad, sino sólo Dios, sólo su gloria, sólo su voluntad y la defensa de su nombre y la conquista de las almas. Es la mirada de la fe y, ante su luz, luego, la razón obra. Por la razón habéis comprendido lo que os hizo ver la fe: os hizo ver que la gloria de Dios sufre grande mengua en la actualidad, y que hay que procurarla y hacerla procurar en una oficina, en un taller, en una reunión, en un casino..., en todas partes. Por la fe conocisteis vuestro camino a seguir y el por qué de vuestro género de vida.

Sed almas de vivísima fe. Yo no entiendo la vida de Dios sin esta intensidad de fe, la cual va armonizada con una esperanza que, a su vez, lleva una seguridad. Paréceme una locura todo lo nuestro cuando cierro un momento mis ojos a la fe. Locura es la vida sacerdotal henchida de sacrificios; locura es la vida de la Obrera, expresada en un dejar un ramo de flores para coger uno de espinas del madero de la cruz.

Que el elemento fe os llene, pero con una seguridad tal en vosotras, con una unión de inteligencia a esa inteligencia divina, con una visión clara de la eterna verdad, que todas las nubes de dudas, contratiempos y ofrecimiento... de cosas, jamás puedan sombrear siquiera la claridad de vuestra fe. Aunque la fe es ciega, tiene una claridad: la que parte del foco de un Cristo. Miradle siempre, y tanto que, aunque el mundo todo fuera una nube que se interpusiese para oscurecerle ante vuestros ojos, continuarais viendo en él la luz de la verdad. Las almas de fe no perecen nunca, y si el amor actúa, lo hace a base de fe.

Nunca dudéis. Qué ejemplo tan hermoso nos han dado los Reyes Magos, muy aplicable a nuestra vida espiritual. Si tuviéramos fe vivísima, cómo acudirían las almas al sagrario y se cambiarían las cosas; habría enmienda de vidas, corrección en los juicios, lenguaje,

actuaciones. Tenéis la estrella de la fe; no dejéis de mirarla: es la palabra de Cristo; su imagen, la directriz de la barquilla en que navegáis hacia Dios. Acaso no comprendáis a veces el por qué de tal determinación o suceso; dejad de comprender; seguid; es entonces el momento de fe, sumisión; luego, vendrá la razón a entender.

Lo segundo que hemos de considerar en este pasaje evangélico es la astucia de los malos. Los buenos, guiados por la fe, caminan en busca del Señor, y en este camino se atraviesa la astucia de los malos. Se nos acercan como amigos; nos reciben agradablemente; nos dicen frases de elogio; quieren intimar: es la astucia de los malos, para una vez conseguida la orientación, clavarnos el puñal, interceptar nuestro camino, deshacer nuestro apostolado. Habréis de luchar contra la astucia de los malos muchísimas veces, para saber quiénes sois, dónde vais, qué hacéis. Qué de interrogaciones y astucias. Escasea la sinceridad. Vivid prevenidas. En muchos casos, sea vuestra boca un candado cerrado. Antes ved si hay astucia o no, pues, bajo la apariencia del interés y del bien, pueden ocultarse espíritus muy torcidos. Ni penséis mal, ni os fiéis a la primera acometida. Los enemigos sólo logran, con sus embestidas, hacernos marchar más de prisa hacia el Señor, que permite la tempestad de las contrariedades para levantarnos sobre las olas y, superadas éstas, proseguir la marcha adelante.

Contra la astucia del mal, la astucia de vuestra fe, sobre todo, si se trata de personas que van a combatir nuestra acción espiritual, a destrozar nuestros frutos espirituales. Esta es la acción de los enemigos de Cristo, que lo son por ello nuestros; el querer saber el camino que vamos a seguir, para adelantarse a nosotros. Somos como un ejército, y nunca el enemigo debe

saber el plan que llevamos, ni por dónde vamos a atacar, ni por dónde vamos a aparecer, ni dónde vamos a instalar nuestro cuartel; y prevenidos contra la astucia, ya no sólo de los francamente enemigos de la Iglesia y de Cristo, que quieren destrozar nuestra acción espiritual, sino contra la astucia de aquellos que, llamándose amigos, muévense solamente por bajos intereses creados. Nuestro interés creado sea la gloria de Dios nuestro Señor. Así que, demos por descontado que en nuestro trabajar por Dios hemos de tropezar con interrogatorios. Imitemos a los Reyes Magos. Sea nuestra contestación o nuestras noticias, el silencio, la desorientación.

Los Reyes Magos hallaron la casa donde estaba el Niño Jesús con María, su Madre, y san José. Lo primero que hicieron es caer de rodillas, adorarle y ofrecerle lo mejor: oro, mirra e incienso. ¿Qué habéis hecho vosotras? ¿Qué debéis hacer? En vuestras luchas, la estrella de la divina inspiración os guió camino adelante, hasta que se paró sobre un lugar recogido y pobre...: era un cenáculo, una casa. Y en ella hallasteis a Jesús y a la Virgen. Adoradle, rendid vuestra dádivas, vuestros sacrificios y vuestro incienso de oración y de amor. Fiel estampa, perfecta reproducción de este pasaje evangélico. Seguid así. Que os podáis congratular de que no os quedáis atrás en el seguimiento de la estrella y de que dais al Señor del cofre de vuestra voluntad cuanto tenéis: vuestro querer que es oro; vuestro sufrir que es mirra y vuestra oración reparadora cual incienso que se quema en fuego de amor a Dios. Que sepáis conservar este inmenso tesoro y que, como los Reyes Magos, en premio a vuestra fe y a vuestra generosidad, merezcáis recibir el don de la predilección divina.

CAPÍTULO IX

Vida pública de Jesús

Entremos en el estudio de la vida pública de Jesús para conocerle más, y más y mejor imitar su acción victoriosa y su vida de perfección. Esta palabra "perfección" constituya para nosotros una santa obsesión, el objeto predilecto de nuestros deseos.

Llevado del Espíritu Santo fue conducido al desierto, y en lo alto de la montaña, y durante cuarenta días con sus noches, permanece en oración y penitencia. Consideremos éstos como una preparación para su ministerio apostólico en el cual va a entrar de lleno. La oración a la cual dedica cuarenta días y cuarenta noches, es para nosotros la base solidísima preparatoria para ejercer debidamente nuestra vocación, que abarca dos partes: vida de santidad y acción apostólica. Por esto, tanto se recomienda la oración y tanto se exige. Convenzámonos de que sin oración somos cual caña endeble. Sin oración nos reducimos a la impotencia espiritual; nos exponemos a hacer nuestra vida ineficaz; a que se produzcan por este descuido los tambaleos interiores y perdamos el control de nuestro

espíritu. Es barquilla sin una luz o timón que le dirija desde lo alto; somos campo abierto a una gran cantidad de tentaciones, ante las cuales difícilmente podremos vencer.

Y no hay aquí razón alguna por la cual alguien se juzgue eximido de la obligación de orar. Por eso nos está preceptuada la oración. Ni el trabajo, ni las muchas ocupaciones, ni determinadas situaciones, pueden excusar habitualmente. Hasta en tiempo de enfermedad puede el alma entrar en su oración o contacto con Dios. Entre nuestros quehaceres, lo primero es la oración. Aunque el labrador tenga mucho que cavar, le precisará, ante todo, templar la herramienta. Ay de nosotros si descuidamos la práctica de la oración. Qué hermosamente nos lo ha enseñado Jesús. Las caídas de los buenos o de los mejores se producen por abandono de la oración. Si averiguamos la causa originaria, es siempre ésta. La pérdida de las vocaciones siempre tiene como base inicial la falta de oración.

De ahí parte el aflojamiento en la vida espiritual y la esterilidad e ineficacia de muchos apostolados. Cuando falta la oración, ni la voluntad está templada, ni el corazón puesto en su centro; ni la palabra será debidamente apostólica, porque le falta calor; ni el contacto con los demás tendrá la requerida prudencia; ni los actos serán muchas veces ejemplares, porque falta ese algo que se llama atmósfera sobrenatural, la cual adquiere al alma en su oración. Uno podrá decir: he estado una hora en oración, junto a la hoguera, y no ardió mi voluntad. Pero piensa que has recibido calor, has recibido ambiente. Aunque no hayas hecho más que luchar, has adquirido un hábito de lucha, de vencimiento por Dios. Y luego, en viniendo la tentación, aplicarás en seguida ese hábito de lucha. Qué lástima da ver tantas almas faltas de la debida oración.

Orar es para nosotros una obligación, una necesidad. Una obligación, porque está mandada; una necesidad, por nuestra vida espiritual, para sostenerla en su debido plano o grado; y por nuestra vocación, para afianzarla, asegurarla, perfeccionarla y hacerla eficaz. Nuestra oración es una preparación para ser mejores instrumentos de Dios. Oramos hoy para ser mañana mejores. Si precisamente en la oración se forjan nuestros mejores planes, acuden las ideas más hermosas, salta a veces un destello, un chispazo de momento, lo que precisa o conviene hacer. El mejor predicador es el que estudia sus sermones en la oración, y el mejor apóstol es el que se forja en esta fragua, porque como no habla más que con Dios y con la conciencia propia, no mira otra cosa que el interés de Dios, su propia salvación y la de las almas. En la oración van apareciendo ideas, modos, y luces, que nos convienen para llevar a cabo nuestros fines santos.

Sin oración corremos al fracaso, entramos en pleno invierno del espíritu con la baja del calor de Dios en el termómetro de nuestro corazón. El demonio es muy astuto y se vale de muchos pretextos para que nos privemos de ese pan que nuestra alma tanto necesita. A Jesús le esperaban tantas almas en el mundo y, destinando sólo tres años a predicar, pasó antes cuarenta días en el retiro y en la oración.

La segunda base es la penitencia, triunfo sobre el cuerpo. La oración es el triunfo sobre el espíritu; la penitencia es el triunfo sobre el cuerpo. Característica de la Obrera: su penitencia, su mortificación, su espíritu de sufrimiento, de padecer por Cristo; el cual comprende la abnegación de nuestros gustos, el sacrificio voluntario de ellos o aceptación de los mortificante; el vencimiento de nuestras pasiones cuando pujan o intentan salir desordenadamente; mortificación de nues-

tra lengua, mortificación de nuestra carne, de nuestros sentidos.

Y bien sabemos a qué extremo llegó la penitencia de Cristo: en extensión de tiempo, cuarenta días completos; en el modo de practicarla, total, privación absoluta. Él sujetó a su cuerpo a una prueba tan dura, a una penitencia tan atroz, para poner a prueba la resistencia de aquel cuerpo que padece ya por las almas, y la resistencia de la fortaleza de su voluntad humana, en medio de aquel dolor que la penitencia corporal le produce. Y es que se preparaba para la gran batalla que iba a empezar. Con la flagelación de su penitencia nos enseña a hacernos fuertes. En nosotros ha de destacar la nota de mortificación; pero no postiza, no a la fuerza, sino salida del corazón que siente gozo en el sufrir, desea agradar a Dios, se espiritualiza más, y se prepara mejor para la lucha. No midáis el sufrir en sí, sino los frutos saludables que produce.

No temamos jamás abrazar nuestros sufrimientos por el Señor, y convenzámonos de que esto es preciso para ser algo en la vida espiritual, para producir algo en nuestro servicio a Dios, para hacer fecunda nuestra vocación. Hay que ser espíritus fuertes. ¿Y qué espíritu fuerte tendrá quien rehuye, porque todo le parece malo? Tal persona aprovecharía para ser conservada cuidadosamente en una urna, porque no vale para sufrir... ni la picadura de una mosca. Los espíritus fuertes no se doblan, antes ponen siempre más resistencia que empuje puedan tener la abnegación o mortificación. Por esto siempre vencen, nada temen, porque todo lo esperan de Dios y todo lo ofrecen a Dios.

No se comprende nuestra vida de santificación sin el espíritu de mortificación; no se puede comprender. Si al cuerpo no se le mortifica, y se le da todo cuanto apetece, nuestra vida sería propia de un animal. Si a la

voluntad no se la mortifica y se la vence, sería una voluntad suelta y loca. Si a nuestros sentidos no se les mortifica y se les deja campar a su capricho, serían cabritos que saltarían produciendo destrozos por todas partes. Y entonces, la vida espiritual quedaría anulada. Nos es precisa la oración, la mortificación, la abnegación de la voluntad, el vencimiento de nosotros mismos, si queremos tener dominio propio.

Con esta ayuda nos preservaremos grandemente del pecado; venceremos dificultades y, al acercarnos a los pecadores y ponernos en contacto con el estiércol de sus vicios, no mancharemos la pureza de nuestra alma, ni sufriremos el contagio de esta lepra del mal que devora al mundo, aunque vivamos en medio de él.

Así podréis dar calor de Dios a tantas almas que mueren de frío; seréis la Obrera de verdad. Y tanto en vuestras casas, como prolongación de nuestros Cenáculos, igual que en los Cenáculos, y lugares destinados en nuestra Obra para la práctica de la oración, el ejercicio de las virtudes, escuela de la voluntad donde se ejercita en la práctica ascética, mortificativa, de las pasiones, formaos todos los días. Cuando vayáis a los Cenáculos, miradlos como vuestras casas de oración. Mi casa, dice Jesús, es casa de oración. Vivid la vida de nuestros Cenáculos con el espíritu de Cristo.

Jesús vence a Satanás en la tentación que le presenta de sensualidad, por vía de comida. Le incita a que haga un milagro, creyendo que Jesús, llevado por el hambre, convertirá las piedras en pan. No os faltarán tentaciones de sensualidad, que os ofrecerán el pan del placer, del goce, del disfrute del pecado, el pan pasional al modo como el mundo lo devora con un amor tan sucio y tan bajo. Las venceréis con la gracia de Dios. No temáis. Acordaos de que vuestro alimento no es de pan de placeres de un cuerpo animal, sino de la

palabra, de la verdad de Dios, verdadero sostén de nuestras almas. El pan del espíritu es la palabra de Dios. Por tanto, que nunca el hambre del placer os lleve a infringir vuestra fidelidad para con Dios. El cuerpo hambreará sensualidad; reducidla. Aplastad el brote que surja en vosotras, y que tiene por causa la maldad natural que tenemos por el pecado original. Y entonces, pensad para vuestros adentros: mi cuerpo sí que hallará ahí su placer, pero tengo otra vida, la de mi alma, y ésta es la que debo conservar; y como las dos a la vez, en este sentido, no podéis tener, habréis de sacrificar la primera.

Contra nuestra sensualidad está un Cristo crucificado sangrando; contra nuestras tendencias malas, un Cristo en la cruz, que nos indica el camino que debemos seguir. Nadie está libre de ser tentado. Y si con prontitud no vencéis estas acometidas del mas espíritu, peligra vuestra vocación.

En otra embestida de Satanás contra Jesús, aquél se vale de los bienes terrenos, dignidades y honores. Todo esto te daré. Promesas. Mirad por vuestra vocación en la que no vais a buscar directamente bienes materiales, sino a buscar bienes espirituales, tesoros escondidos, almas que llegaron a costar a Cristo su sangre. Son almas compradas con la sangre de Cristo. Vais a buscar estos bienes, estos intereses; éste es el objetivo principal que debéis procurar. Aquellos bienes materiales cono medio, instrumento preciso para poder adquirir estos bienes espirituales. Nunca perdáis de vista este objetivo. Vuestra mirada sea ésta: no vamos a hacer bienes en la tierra, sino a ganar almas para Dios. Una Obrera no será más grande porque tenga más bienes temporales. Puede tener muchos bienes materiales, como un rico tiene grandes habitaciones que están desiertas y en las que todo

suena a muerto. Esas alfombras, aquel palacio... ¡qué frío!

Y si no procedemos con la debida cautela en este punto, corremos el peligro de caer en el defecto de buscar la añadidura antes que el reino de Dios y su justicia. Una vida religiosa que no buscase, ante todo y sobre todo, la santificación propia y de las almas, dejaría de ser tal. ¿Venimos, acaso, a buscar comodidades y bienes terrenos, aumentar nuestro capital, nuestros tesoros temporales? La grandeza de una Obra de Dios está en la proporción con la grandeza del corazón que le anima, y a la grandeza de los brazos que la mueven, empujados por el amor; lo otro vendrá por añadidura.

Que no caigamos nunca en esta tentación. Que vean las almas, los que nos tratan, que nuestra Obra y sus Obreras llevan un espíritu sobrenatural, que por nada se venden, que no se humillan ante una pérdida de dinero, que solamente las guía Dios. Y si para sostenerse en esta línea recta de servicio a Dios hay que pasar hambre, se sostendrán firmes en su camino, antes que salirse de él para estar corporalmente bien. Primero, la mirada sobrenatural, luego, Dios dará la añadidura.

Particularmente, puede venir esta tentación ofreciéndoos glorias y honores en el mundo. Esto no es raro; el demonio procura valerse de la vanagloria y de la soberbia. Puede también venir esta tentación de personas espirituales, que intenten socavar vuestra fidelidad a Dios. Cuántos planes equivocados se suelen hacer, lo mismo en el seno de la familia que en la esquina de una calle, para sujetar a una condición de vida en servicio del mundo, a los que ya son soldados comprendidos en un ejército para servir a Cristo. Como hay tentaciones que atraen, hay caramelos que envenenan. Ante una tentación así, sabed responder:

¿eso me prometes? Yo busco la felicidad, mi tesoro; sólo embarcándome en ruta hacia Dios puedo encontrarlo. Esta clase de tentación procede siempre a modo de promesa. La promesa de cosas que nos alejan de Dios totalmente, o nos impiden seguir un camino más cercano a Dios, es una tentación que impulsa a dejar incluso la vida piadosa.

Otro modo de tentación. Ataca a la voluntad; es de excesiva confianza, de vanagloria. Tírate de aquí abajo, es decir, aproxímate a tal peligro, que nada te va a pasar. Muy grande sea nuestra confianza en el Señor, pero sin perder la visión de lo que somos. Acordémonos siempre de lo poquito que valemos, de nuestra insignificancia y miseria, para que, voluntariamente, jamás nos coloquemos en el precipicio de la tentación. Huyamos del precipicio que nos prepara. He visto repetidos casos de personas así confiadas, que puestas en el camino resbaladizo, corrieron hacia abajo, hasta el precipicio. Y es que, en estos descensos, se rompe la cuerda de la obediencia y de la fidelidad. La tentación conduce al precipicio moral; contra ella pongamos resistencia pronta y tenaz, sin miedo, con confianza y espíritu humilde.

¿Cuál es mi situación interior, mi oración, mi vida de sacrificio y de mortificación? Tengamos bien puestos estos puntales. ¿Cómo me he de preparar para vencer el espíritu maligno de estas tres acometidas? Puedo yo sufrir vanagloria y presunción. Sobre esas promesas que el mundo brinda, pondré mi mirada sobrenatural. ¿Son mis intereses los de Cristo? ¿Juntamente procuro que las cosas materiales sean instrumentos para la consecución de las espirituales? Demos a toda nuestra vida un matiz sobrenatural. Que vuestra vida responda al nombre que lleváis, siempre y en todo momento.

CAPÍTULO X

Vida apostólica de Jesús

¿Serán estas consideraciones semilla que rinda muy crecido fruto en vuestra vida apostólica? Quiera el Señor dispensaros esta gracia por medio de la Santísima Virgen.

Luego que Jesucristo venció las tres tentaciones, dióse de lleno a su predicación, dejándonos ejemplos de cómo nos debemos conducir nosotros, rodeándose de discípulos, de entre los cuales formaría un grupo de selección, a quienes llamaría apóstoles. Ayudado de sus discípulos, el Señor irá desarrollando su programa, misión recibida de su Eterno Padre: la evangelización del mundo, para consumar así la redención humana. Jesús lleva junto a él a sus discípulos y, entre ellos, el grupo llamado "apostólico", que le acompaña en sus correrías de evangelización.

La salvación de las almas es la obsesión de Jesús. Nosotros sentimos la obsesión del cielo cuando contemplamos la grandeza del mar, cuando miramos la grandeza del firmamento que canta a Dios, su Creador. Al dirigir Jesús su mirada al vasto mar de la vida

humana sólo busca almas, y almas ve en las espigas que blanquean en los campos. Se detiene en el camino, fija sus ojos dulces en los trigales que, como oleaje de un mar tostado, se mueven al suave soplo de la brisa o al empuje del viento, y dice a sus discípulos que le rodean: "Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse".

Aquel que siega recibe su jornal y recoge frutos para la vida eterna, a fin de que igualmente se gocen así el que siembra como el que siega. Y en esta ocasión se verifica aquel refrán: "Uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he enviado a vosotros a segar lo que no labrasteis; otros hicieron la labranza, y vosotros habéis entrado en sus labores".[16] Estas palabras del Divino Maestro les recuerdan la finalidad de la elección misericordiosa que tuvo para con ellos, al escogerlos para discípulos suyos y apóstoles, aleccionados directamente por él, luego de seleccionados de entre los muchos hombres del mundo.

Les recuerda para qué les hizo sus discípulos, cual señor que, llamando junto a sí al criado, le habla de esta suerte: "Mira los campos cargados de espigas que ya blanquean y se disponen para ser segadas; prepárate para segar, pues para esto te llamé a mi servicio, y hazlo de manera que esas espigas no se desgranen, cayendo sus granos fuera de la era donde han de ser recogidos para ser llevados al granero. Y aunque tú no vertiste la simiente, uno es el que planta y otro es el que siega". Vemos aquí la compasión, la ternura y el sentimiento con que Jesús diría estas palabras a sus discípulos: mirad y ved. Sentimiento profundo, tan

[16] Jn 4, 36-38.

suave, con el cual les demostraría su ardiente deseo de que no se perdiese espiga alguna... del campo de las almas que él, como Dios, ha plantado en este mundo y conservado en la vida, y, como Redentor, las iba a rescatar.

Considerad que estáis junto al Señor que os llamó, y haciéndoos ver esa multitud de almas que pueblan el mundo, pueblos, capitales, centros, reuniones, parroquias, os dice: mirad cómo los campos están cargados de espigas que ya blanquean, por la fuerza del hambre que sienten de Dios, y no hay mano que se acerque para darles un pedacito de pan. Vuelve aquí a repetirse aquella frase de la Sagrada Escritura: los niños pedían pan y no había manos que les diesen los pedazos de pan. Almas de niños y de niñas; almas de jóvenes que ya van entrando en edad de juventud madura; almas que han entrado ya en su edad de madurez y hasta en su vejez, cómo piden, con hambre, el pan de Cristo, de su doctrina salvadora; cómo hambrean conocerle y no hay operarios que repartan este pan; no hay quien facilite a esas bocas que piden el pan de la verdad, los pedazos de la santa predicación, de la instrucción religiosa, de la palabra moralizadora, del calor del corazón que ama con pureza; no hay quien reparta el pan del apostolado a la hora de la incomodidad, a la hora que nadie gusta, a tal persona de la que todos huyen.

Ese "mirad y ved" ha de ser para la Obrera como el despertador, voz de Cristo, que le recuerde su oficio; un aliciente divino que mueva su voluntad. Más todavía, que moviendo su voluntad, no la deje cesar en su movimiento de servicio a Dios nuestro Señor, y éste sea vuestro celo. Vuestras ansias sean de querer llevar a todas partes el conocimiento de Cristo, el calor de su amor divino. Sé que lo vais comunicando a los pequeños y a los mayores, en cumplimiento de este vuestro

oficio: dar a Cristo, sembrar su doctrina, pero con siembra sobrenatural, una vez roturada la voluntad dura. Nunca os retengáis en llenar este deber. No os deis a la holganza; o contemplad lo que tenéis en vuestra parroquia, lo que hay junto a vosotras.

El campo es muy vasto; el trabajo enorme; pero no os asustéis, antes al contrario, se agigante vuestra voluntad, hágase más fuerte, que aunque duros estén los corazones, aunque realmente una gran cantidad de almas sea pertinaz en el mal y dura en su resistencia a los llamamientos y gracias de Dios, hemos de reconocer que muchas almas ya maduran, blanquean ya, mostrando disposiciones propicias para que a ellas se pueda acercar el brazo apostólico, brazo segador que ha de cortar la espiga, transportarla al granero de la transformación, para que, como el grano de trigo, se la limpie y luego sea llevada al granero del cielo.

Hay muchas almas que, sin saber, esperan. Hay muchas corrientes subterráneas de aguas que no se convierten en fuentes porque falta el barrenazo que destruya el obstáculo que impide salte afuera la corriente. Lo mismo acontece en el campo de las almas. Este "blanquean" sírvanos siempre de aliento. Cristo dice: "Ya blanquean", a pesar de que le reciben mal, y no obstante la ingratitud de que será objeto. En el momento de la pasión le abandonan los que le seguían. Juzgándolo al estilo humano diremos que fue un fracaso. ¿Dónde está, pues, ese "ya blanquean"? Y es que el "ya blanquean" nos significaba que la lluvia de la gracia de Dios iba a derramarse copiosamente en los corazones y voluntades de los hombres ansiosos de verdad y de amor.

En nuestros días muchas almas esperan nuestra acción apostólica. Convenzámonos de que hay muchísima gente que tiene deseos de Dios. Unos le desean

sin saber lo que desean; otros le desean porque necesitan la calma de su conducta, y otros no le desean pero le aceptan inmediatamente que se les quitan las cataratas de los ojos. Ésta es la mies que blanquea; a ella hay que aplicar la hoz de nuestra acción, de nuestra palabra, de nuestra oración, de nuestro sacrificios. Ahí tenéis vuestro campo.

¡Qué sentido tan profundo tiene esta frase: "Uno es el que siembra y otro el que siega". Cuántas veces el sacerdote realiza su acción apostólica, cumple su deber sacerdotal y, tras largos años, aún no le es dado el consuelo de coger con sus manos el fruto de su abnegada labor. Esta lección se repite mucho en la vida apostólica. No os extrañe, pues, que en los asuntos que se os confíen, en aquellas acciones que vosotras mismas por vuestra buena voluntad y la inspiración de Dios hagáis, no veáis el fruto, de momento, y volviendo a la carga, parezca que nada conseguís. No os descorazonéis por ello. Acordaos de las palabras de Cristo: uno es el que siembra y otro es el que siega.

¿Y si Dios quiere que seamos solamente sembradores? ¿Y si Dios nuestro Señor te ha dicho: tú solo a sembrar, a romper las entrañas de esa tierra, a roturarla y dejar en ella la semilla? ¿Y no tendré el consuelo de coger el fruto de mi siembra? No; tú pasarás tu vida sembrando. ¿Habré hecho mi apostolado? Hermosísimo. ¿Acaso puede uno coger sin que haya antes siembra? Si principal es coger, para que no se pierda el fruto, no lo es menos sembrar. Podemos, en nuestras obras, poner las bases, los fundamentos, y no tener la satisfacción de ver y de palpar el fruto. Otros vendrán detrás de nosotros que lo recogerán. ¿Y con las manos lavadas..., sin haber sembrado? No importa. Trabaja y se fatiga el que cosecha, con la satisfacción de saborear el fruto. Trabaja y se fatiga el que siem-

bra, con la satisfacción de que está vertiendo la semilla que dará en su día fruto copioso, y se alegra pensando el bien que producirá.

No tienen buen espíritu aquellos que en su apostolado retroceden, desmayan, lo abandonan, porque trabajan en roca viva, en voluntades duras, en gente inconstante, en pequeños de edad revoltosa, en familias alejadas de Dios. Tú, siembra en aquel niño, aunque parece que no hace caso; tú, siembra... en tu trabajo. Nosotros, con nuestro celo, fuego de celo, quisiéramos, como en una llamarada, convertirlo todo. Eso no puede ser, de tal manera que el Señor, pudiendo haberlo hecho con el poder de su gracia, no lo hizo. Con un milagro suyo, y un acto de su voluntad, hubiera cambiado el mundo por completo; nos hubiera hecho a todos santos, y no lo hizo.

Nuestro celo, con su ímpetu que quisiera producir la transformación rápida y completa de todos, puede hacer daño en las voluntades, por no estar bien interpretado. Bien está que nuestro celo se extienda a todo, en todo tiempo y con la mayor intensidad, pero la prudencia debe ir acompañando al celo. Si no conseguís..., no os asustéis por eso. Dios premiará vuestro celo por su gloria divina y por las almas.

Aplicando la doctrina de nuestro Divino Salvador a la vida espiritual, nos dará luces muy hermosas y muy claras para sabernos conducir. Alguien acaso diga: ¿yo tengo que hacer ese oficio? ¿Y sabrán lo que yo hice? No. Y la que presente el fruto del trabajo, ¿será la que se lleve los laureles? Sí. Entonces..., ¿yo qué hago? ¿Qué haces? Cumplir tu deber. Es que es un trabajo muy árido. Por eso es más meritorio. Os pondré un ejemplo. Un escultor tiene varios dependientes. A uno le encarga que desbaste los troncos de los cuales hará las imágenes de los santos; su faena es quitar la corte-

za. A otro, confíale el vaciar el tronco ya desbastado; es trabajo más delicado. Luego, viene un tercero, quítale de las manos el tronco cuando ya está casi preparado para hacer la imagen, y entallando en la madera los perfiles del santo que quiere reproducir, da los últimos retoques y presenta con gozo el fruto de toda la labor: la imagen del santo. A quien se mandó quitar corteza, podrá decir: humilde y oscura faena me ha dado; humilde y oscura en verdad, pero fundamental para que las manos del artista pudiesen fabricar la imagen del santo.

No es de fino espíritu apostólico el mirar sólo al fruto, al trabajo, es decir, el sólo poner los deseos, los ojos, en el ansia de coger el fruto, y no en la necesidad de poner el trabajo. Bien que hemos de poner los ojos en el fruto que hemos de conseguir, para saber escoger la clase de trabajo, mas no queramos imponer a Dios la rapidez en obtener el fruto, sino cuando Dios lo quiera. Bien que escojamos el trabajo que con más rapidez y con más seguridad produzca el fruto, pero no podemos poner condiciones. Y así es verdaderamente apostólico el espíritu de aquel que va a trabajar por Cristo, piensa la clase de trabajo que conviene y lo que hace falta para el cultivo de tales almas. Si interrogamos a un trabajador: ¿Vd. quiere trabajar? Nos contestará: sí. Pero si voy al pedregal, ¿cobraré igual que los que trabajan el campo de tierra buena? Exactamente igual. Más todavía: cobrarás según el modo y las horas que trabajes. Y entonces, se lanza a trabajar, sin reparar en el fruto.

El sacerdote que dijera: me han enviado a un pueblecito perdido en medio de la sierra, ¿qué tengo que hacer allí? Se le responderá: pues..., trabajar. ¿Acaso los labradores no plantan y hacen brotar en la punta de la sierra y en lo alto de las montañas, un olivo, un

pino, una vid, y es todo ello cultivado? Sierra y montañas... pobladas de almas abiertas a nuestro cultivo, esperan nuestra acción. El espíritu fino, el alma apostólica sólo busca cumplir su deber, con rendimiento, o sin él. Así quiero que seáis. Vais a trabajar por el Señor. ¿Que nada conseguís? Continuad trabajando siempre al pie de la voluntad del Señor.

¿Tendréis la satisfacción de palpar el buen resultado de vuestros sacrificios? Si Dios quiere, sí, y si no, tendréis el premio de verlo desde el cielo. Nos alegramos del gozo que tendrán los que cosechen nuestra siembra dentro de unos años. Y recogerán el fruto de muchos sacrificios nuestros de ahora. ¿Por ventura no nos enseña el padre viejecito que con sus manos trémulas planta el arbolito cuyo fruto no verá, pero se alegra de que en su día lo cosechen sus hijos? Vosotras, pues, con vuestro trabajo de apostolado, con vuestras obras, sembráis en medio de sacrificios que os impone vuestra misión, campo donde las almas ya blanquean por la pureza y se doran con el amor de Dios, en que a la vez se planta y se cosecha.

En este vasto campo, nuevas siembras se preparan sin cesar. Vuestro deber es aplicaros a cumplir vuestras obligaciones, poner la mano en el arado, arar y abrir brecha en medio de esta lucha. Vuestra obligación es estar al servicio de Dios nuestro Señor en todo momento. Si tenéis la suerte de plantar y cosechar, bendecid al Señor. Muchas veces, a vuestro trabajo de plantación y de siembra, seguirá inmediatamente, como paga, el premio de ver el fruto de vuestros sacrificios, que serán almas que entran en la vida espiritual, que se dan a Dios y que, transformadas, son convertidas en instrumentos de la divina gloria.

En fin, es tan bueno el Señor que para que nos animemos, dispone que cosechemos el fruto, y así ha que-

rido recojamos con nuestras manos, muy presto, el fruto copiosísimo de continuos y muchos sacrificios. Para nosotros, sembrar, hasta ahora..., es cosechar. Así lo ha dispuesto Dios nuestro Señor, para que, sin duda, nos animemos, viendo en lontananza una siembra y una cosecha inmensa. Porque si al empezar nuestra labor hubiésemos obtenido rendimiento escaso, dada nuestra debilidad, por ventura hubiéramos dicho: "Nada podemos hacer, hay que desistir". Nos hubiera faltado la visión de ese "uno es el que siembra y otro el que siega".

Pero el Señor ha querido que cojamos enseguida el fruto de nuestros sudores. Sembramos, y un porcentaje muy crecido de las semillas vertidas fructifican con rapidez. ¿Quién no admirará aquí el dedo, la acción fructificante de Dios? Y de la admirable rapidez con que lanzan sus frutos algunas de estas semillas, nos darán idea muchos espíritus que en breve tiempo se han convertido en almas robustas, gigantes, de alta vida de virtud y apostolado. Ya que el dedo de Dios se deja sentir en nuestra acción, no envidiemos ni éste ni el otro trabajo.

Todos los trabajos se verifican en el mismo campo del Señor y para el mismo Amo. La variedad de vuestras ocupaciones está ordenada a un fin general: la ganancia de las almas y el triunfo de Cristo. La última del enlace, como la primera en el manejo de la pluma y de la aguja; la del trabajo vistoso, como la del sacrificio oculto; la que habla en la lucha, como la que en silencio ora, todas son soldados de Cristo en pleno combate.

En resumen, si queremos hacer como Jesús, imitémosle de verdad, deseemos trabajar, cumpliendo su divina voluntad y por su gloria. Nos incitará al trabajo la visión de las almas; las almas constituyen aquí el

campo de Dios. Tengamos esperanza; el que siembra, producirá. ¿Cogeremos o no lo producido? Otros vendrán, acaso, detrás, y cogerán el fruto de nuestros sudores. Hay que obrar sobrenaturalmente.

Si una Obrera pensara: con el pequeño óbolo de mi trabajo se levantará tal casa, y, dentro de unos años, las que vengan detrás disfrutarán de buena habitación, mientras yo tengo ahora que sufrir en un mal camastro, pues, las que sigan, que estén también como yo. ¿Plantar yo un árbol para que su fruto se lo coma otro? ¿Trabajar en las almas para que otros recojan en su tiempo el bien producido por mí? Pero, ¿dónde está el espíritu de Cristo y el celo apostólico? ¿Lo hacemos por los hombres, por nuestra satisfacción personal, o por Dios? Hay mucho que corregir en este aspecto en la vida apostólica.

Reprochamos a los que rehusan trabajar porque no les será dado recoger los frutos y laureles. Mucha gente se da a estas actividades, y enhorabuena que lo podamos decir. Pero, ¿podríamos aprobar el que buscasen el fruto, huyendo del trabajo? Se parecerían al vendimiador que cortase gozoso la dorada uva de la vid que ni podó ni cultivó; de aquel cuya actividad se limitase a vendimiar en lo que llamara "su viña", dejando con las manos vacías al verdadero propietario. Si se tratase de figurar, de aparecer en fotografías, en comisiones de representación...., estos tales no faltarían, aunque pocas veces se dejasen ver durante el año en la catequesis, en la participación activa de los trabajos mandados. Con qué suavidad cogerían el fruto. Buen papel sería ése. Se me figura ser el papel de tablero del mercado: servir para que se le ponga allí.

Jamás ocurra esto en vosotras; muy al contrario, que os sonroje el rubor natural cuando tengáis que personificar aquel trabajo o triunfo en el cual no ha-

yáis tenido la menor parte. Y esto aun sin querer, porque el mandato os obligue a ello. Quien trabaja sólo por Cristo, solamente a él mira, y no le interesa otra cosa sino continuar trabajando; no le interesa el aparecer aquí o allá, y, finalizada su labor, desaparece. No vayamos con una cesta a recibir todas las flores de palabrería con que la gente quiera regalarnos. No perdamos el tiempo. A las almas.

Que el eco de la llamada de Dios nuestro Señor perdure en nosotros, y se renueve. Vayamos siempre con Cristo, y él con nosotros a todas partes. La mies ¡cómo blanquea! Piensa cómo echarás tu lazo y aplicarás la hoz, para segar la espiga de esa joven, de aquel hombre, de aquella madre. Hermoso es trabajar por Dios. Qué encantadora es la vida de una Obrera, si la sabe vivir. Seréis una reproducción viva de Cristo si sabéis vivir vuestra vida. Sembradoras de Dios, pasad por el mundo metiendo en las entrañas de las almas a Cristo. Tropezamos con una costra muy resistente, muy dura. Adelante..., hasta romperla. ¿Que un pueblo es roca? Adelante. No os preocupéis, seguid trabajando; ya vendrá la hora en que la resistencia desaparecerá.

No os desalentéis nunca. Nuestra acción sea tenazmente apostólica, audazmente apostólica. Cristo está con nosotros. El árbol ya extiende sus ramas y sus brazos, cada vez con más fuerza, y las espigas, igual que hoy se doblan, seguirán doblándose y cayendo en nuestra era, donde se las trillará, se las despojará de su corteza, para luego ser trasformadas en harina blanca de pureza, cual hostias ofrecidas a Cristo Jesús. Y aquí tenéis vuestro puesto y vuestra parte no pequeña de acción. Seguirá la bendición de Dios. Confiemos en él.

CAPÍTULO XI

Eucaristía y últimas enseñanzas de Jesús

PRIMERA y última fase de la vida de Jesús: es el amor. Primera, porque en la Encarnación el amor del Verbo fue el impulsor; última, porque el amor de Cristo llega, al final, a la cumbre de la consumación en la donación y en el dolor.

Demos una ojeada sobre las últimas lecciones de amor, de confianza y de alientos, que dirige el Señor a sus apóstoles, cuyos ojos vieron tantos y tan grandes milagros del Maestro. Cómo amaba a sus apóstoles. Con cariño de padre. Hijitos, les llamaba. Y cómo sintió el momento de la partida. Así se revela en toda su Sagrada Humanidad. Como hombre, les amó, y sintió separarse de ellos cual un padre. No olvida decirles que se miren en él, porque es el ejemplar. Yo soy, díceles, vuestro Maestro, y conforme yo hice con vosotros, así vosotros hacedlo a la vez. Os he dado ejemplo para que conforme yo hice, hagáis vosotros. He aquí al Maestro perfecto que a su enseñanza junta su acción. Os he dado ejemplo.

Yo quisiera que vuestra vida sea siempre tal, que podáis decir a las almas que tratéis: os he dado ejemplo. Deberá ser cosa muy penosa para la conciencia de una Obrera el ausentarse de un lugar y no poder decir: os he dado ejemplo. Es la forma de apostolado más fuerte; es el argumento práctico a esgrimir para mover voluntades. Cristo, nuestro Maestro. Como hemos visto que él hizo con nosotros, nosotros hagamos con las almas. Cómo nos ha escogido y con qué cariño nos ha tratado, y qué de gracias nos ha concedido, y qué de luces ha comunicado a nuestras inteligencias, y qué ansias no ha hecho surgir en nuestro corazón.

Igual, pues, que Jesús hizo con nosotros, sacándonos del estercolero de los pecados para levantarnos a una vida de perfección espiritual, a una vida con horizontes de eternidad de cielo, así debemos hacerlo por las almas, con caridad y generosidad, con prudencia, verdad y amor.

Que no perdamos nuestra partida en el apostolado porque no imitemos a Cristo, porque no hagamos lo que Cristo hizo. Que en ninguno de nosotros quepa este remordimiento: se me ha escapado esa ovejita, y no la conseguí porque no he imitado a mi Maestro. Mirémosle siempre, y aunque nos duela y nos repugne su corrección paternal, acordémonos de sus palabras a los apóstoles: como yo lo he hecho, hacedlo vosotros.

También el Señor a nosotros nos ama con un amor de predilección, como ama a las almas que le tratan y le defienden, como ama a las almas de vida interior. Ha de querer Jesús más a las almas aquellas que estén en mayor grado de intimidad con él. Por eso nos ha de querer mucho si somos fieles, guardando nuestro género de vida, que tiene dos puntos íntimos de enlace con Cristo: el interior y el exterior; dos fuerzas de atracción hacia él; el interior, viviendo para él, en él y

de él; por el exterior, obrando y buscando a él en todas nuestras operaciones.

A los apóstoles les dio en prueba de amor su misma vida en forma de pan; a esto le llevó la fineza de su querer. Como amase a los suyos, los amó hasta el fin. Y así les dio su cuerpo y su sangre divinos. Tomad y comed. Qué dos palabras dichas con aquella suavidad amorosa de un Cristo que va a morir, que se va a separar de aquellos sus íntimos, en cuyas manos dejará todo el fruto de su divina sangre y de su divina predicación. Tomad y comed. Donación, desprendimiento del Señor. Se pone en nuestras manos. Comed, dice, alimentaos de mí; asimilad, hacedme vuestro, comiendo. El amor de Cristo es el divino pan de la Eucaristía.

El tomad y comed que repite el divino Obrero, tantas veces, en nuestros oídos, nos mueva a amarle más. Toma y come. Toma a Cristo, a quien buscaste como esposo de tu vida; aliméntate de su misma vida, de suerte que ya no seas tú quien vivas, sino que sea él quien viva en ti. Este es nuestro Cristo que se nos da, ¿para qué?, para que nuestra vida la unamos a la suya, para que no vivamos sin él, que él no quiere vivir sin nosotros. Nuestro Cristo Sacramentado. Pan de fe, fuerza sobrenatural, beso de Dios a las almas, nuestro alimento para la eternidad, fuerza para batallar, escudo de pureza, fortaleza en el martirio.

Yo os repito en nombre de Jesús: tomad y comed de este pan que es Cristo, que se nos ha dado por medio de sus enseñanzas, sus consejos, su ejemplo; y en la santa Eucaristía tan abundantemente que, de este modo nutridos, podamos permanecer, en el correr del tiempo, tan robustos y tan fuertes en el espíritu que podamos decir que no hemos desperdiciado ni una migajita de las muchas gracias recibidas. Yo os digo en estas últimas horas: tomad, comed y guardad

bien estas doctrinas y avisos, pues ellas os serán alimento, fuerza formativa, savia que os haga crecer.

Y ante esta manifestación de un amor tan crecido de nuestro Dios, ¿qué haremos sino amarle mucho? ¿Lo hacéis...? Amad, pues, más. Que la consideración del amor de Dios os arrebate tanto que venga a constituir vuestra obsesión más fuerte. Tan grande ha sido el amor de Cristo para con nosotros, que por subido y grande que fuera el nuestro, no sería más que una chispita de la hoguera divina de nuestro Dios. ¿Cómo amaremos a Cristo? Siendo hogueras encendidas. Sed cual hogueras que tiran sus llamas hacia arriba.

Vuestro amor, a imitación de Jesús, diga a las almas: tomad y comed. Y a ellas vayáis a dar vuestros pedacitos de vida, vuestra persona, vuestras enseñanzas, llevándolas al sagrario, marcándoles el camino de su salvación y grandeza moral y diciéndoles: niña, joven, mujer, toma y come; no sufra más tu espíritu; no sufras más debilidades de conciencia; no caigas aquí y allá; toma y come esta paz y gozo de vida que yo llevo dentro de mí, porque Cristo me la ha dado. Toma y come; empezarás a nutrirte, a vivir y a ser otra. Y entonces, habiendo seguido el ejemplo del Maestro, podréis decir: sí, he hecho lo que Cristo hizo conmigo.

A esta grandeza de amor une nuestro Maestro Divino el mandato del mutuo amor. Como yo os he amado, dice, hacedlo así: unos a otros amaos. Sea este nuestro distintivo de verdad. Intensa caridad, amor entre nosotros, pero amor de Cristo. No podemos hablar del amor de Cristo sin venir a pensar en lo que somos: miembros del "Amor Christi". Esto habéis de ser, en todo momento, distinguiéndoos por vuestro modo de querer..., querer de íntima hermandad. Cómo dispensó Jesús las faltas de sus apóstoles y con qué pa-

ciencia los soportó, y cómo los quiso hasta el final. Hasta al más miserable: Judas. Tal sea vuestra caridad. Que la palabra Obrera signifique tanto para vosotras que ya no miréis el defecto, ni miréis, hasta me atrevería a decir, una traición; mirad en vosotras a una Obrera y tened la santa caridad del amor de Dios.

Amaos formando un todo tan completo, tan unido, tan penetrado de unión y mutua caridad, que no quede rendija alguna por donde pueda entrar gota de discordia; de este modo constituiréis una fuerza indestructible, palpitaréis todas al unísono con una misma nota de amor a Cristo, y unidas con él y entre vosotras, entended bien y aplicaos estas palabras de Jesús a los apóstoles: vuestro corazón no se turbe, no tengáis miedo.

¿Cómo se turbará vuestro corazón? ¿Qué temeréis? Así, con estas condiciones, no pusilánimes, sino santamente audaces, os habéis de sentir. Si allá os combaten, aquí os abren los brazos; si allá os desprecian, aquí recibís el agasajo que merecéis; si unas criaturas se os niegan, otras se os dan; si una puerta se os cierra, muchas se abren. Vuestro corazón que no se turbe.

Vuestra fortaleza descanse primero en la compenetración con Jesús, y luego, en la compenetración con vosotras mismas. Y cimentadas en esta doble compenetración, siempre tranquilas podéis estar ante el empuje de las olas de la contrariedad que golpean y golpearán la barquilla, sin hacer mella. Admirémonos de ver cómo la contrariedad sirve, por voluntad de Dios, para que la "barquilla" corra más..., empujada por los remos de nuestros mismos enemigos. Lo cual nos obliga a vivir con más intensidad nuestra entrega en Dios, en cuyo auxilio se cifra nuestra esperanza y nuestra tranquilidad.

Tal manifiestan estas palabras del divino Maestro a los apóstoles, de cuyo sentido nos hemos de penetrar bien. "La paz os dejo, no como el mundo la da". Esta es nuestra fuerza, saber que tenemos paz del Señor, que tenemos seguridad, que llevamos el camino de Dios y que él está con nosotros. La Obrera ha de vivir un interior lleno de paz, que sea un remanso de la vida divina, donde los rayos del Sol eterno caigan reflejando el oro de su luz; remanso de la vida de Cristo, donde el oro de su amor se refleje en lo íntimo del alma.

El regalo de Cristo sea la manifestación de su amor en vosotras. Así comprenderéis cómo este Cristo va desarrollando su vida en vuestras almas y manifestando su fortaleza en vuestra voluntad, con un crecimiento de fe y una paz inalterable en el corazón. Saboread estas palabras: "Mi Maestro, mi Cristo", cómo me ama y me enseña a vivir y a trabajar. Cómo nos quiere Cristo. Sintamos estas manifestaciones de su amor. Recibamos lo que el Señor nos da. Y tengo por seguro que cuanto más le comprendáis, más os moveréis para llegar al logro de lo que tanto deseáis para vuestra alma: gran santificación; para Cristo, mucha gloria; para nuestra Obra, mucho crecimiento. No defraudéis el cumplimiento de vuestros deberes.

¿Cómo habréis asimilado estos dones dentro de un año, dentro de un período de tiempo? ¿Qué uso habréis hecho de tantos bienes? Esta donación se os hace todos los días. Tratad íntimamente con el Maestro, por medio de una presencia secreta, amorosa, filial, confiada. Y en este trato, habitualmente vivido, os dirá estas palabras, la más tiernas e íntimas, dichas a sus apóstoles: tomad y comed. Y cuando el eco dulcísimo de esta voz te invite, recibe entonces a tu Cristo, aunque se te dé con una cruz muy grande; cógelo,

aunque le veas lleno de desprecios y salivazos, aunque le veas muy pobrecito, descansando sobre una tabla, y te ofrezca la práctica de la más austera virtud. No rehúses porque te parezca un tanto pesado. Acuérdate que es el Cristo de la cruz, el Cristo de la humillación, del sagrario, el Cristo con rostro cubierto de salivazos, el Cristo de la Redención, el Cristo que sangra.

Toma y come, aliméntate de este heroico vivir, si quieres tener su vida, si quieres que él viva en ti, si quieres ser otro Cristo, si quieres ser la Obrera cabal. Espero que así lo haréis. En esta noche de reparación, prometédselo. Os quiero ver tan cambiadas, tan transformadas. Éste es el deseo de Dios nuestro Señor; no vayáis a defraudarle.

Unid las ideas y pensamientos que han cruzado por vosotras en estos días; que os sirvan, en la nueva lucha que vais a empezar, de alimento espiritual que os sostenga. ¿Será Cristo del todo para ti, en este año? ¿Serás del todo para Cristo? ¿Habrá algún huequecillo que no llenarás? Empujad todas a la vez. Tened muy contento a Dios nuestro Señor. Habéis de rivalizar en la virtud y estimularos mutuamente. Seguid adelante, con un corazón valiente, con gozo en el alma, con alegría en vuestros rostros, con triunfo en vuestras manos y con cantos de gloria a Dios en vuestros labios.

CAPÍTULO XII

Sobre la pasión del Señor

Contemplemos a Jesús en la escena de su sagrada pasión. Está preso en las manos de su enemigos. El dueño de la libertad ha quedado como esclavo. El que hizo tanto bien, recibe tanto mal. El corazón más bueno y agradecido, ahora es tan ofendido. Miro así a mi Señor, el Verbo Divino que se hizo carne y, tomando nuestra naturaleza, nos elevó a tanta dignidad, y le veo con el rostro lleno de salivazos, con el rojo en sus mejillas por las bofetadas; oigo las blasfemias, veo las profanaciones que le infieren, cómo le pegan.

¡Dios mío! ¿Vos sois el Verbo Divino hecho carne? ¿Aquel que cuando Niño os librasteis de las manos de Herodes y no quisisteis morir? ¿Sois aquel que pasabais con señorío entre vuestros enemigos que os querían tirar, y matar, y no se atrevieron con vos? ¿Aquel que con una palabra hizo que de la tumba saltara Lázaro resucitado, y que con una mirada transformó el corazón de una Magdalena? ¿Dónde está vuestro poder? Me parece que Jesús contesta: ¿Dónde está mi poder? Mi poder está sosteniendo el dolor, el sufrir.

¿No se necesita más poder para que un Señor soporte y aguante tanta injuria? Qué potencialidad más grande la del amor de mi Dios. Qué peso más enorme levantó la fuerza del amor de Cristo. El peso de tantos salivazos, de tantas injurias, de tantas blasfemias, de tantos ultrajes.

Es ya pasada la medianoche, hacia la madrugada, cuando solo, abandonado, está a merced del capricho de aquellos hombres fieras, con instintos criminales. Se ha abandonado en manos de ellos para que le hagan sufrir, para poder amar así más al hombre, demostrarle más su amor. El hombre, con toda su fiereza, se ha convertido en instrumento de dolor para su Dios. ¿Será capaz de poder llenar la medida de tortura a que puede llegar el amor de un Dios? Aún amará más el Señor, que el hombre podrá hacerle sufrir. Se agotará la potencia criminal del hombre y no se agotará el amor de Cristo.

Debió sufrir mucho Jesús en el primer paso de la ofensiva recia de sus enemigos. Como la fiera hambrienta que tiene entre sus garras la presa, y se goza en devorarla, así gozaban de ver a Jesús entre sus manos, para empezar a devorar aquel divino cuerpo, sujetándole a tan bajas torturas. Le echan salivazos, como significando lo más despreciable. Miremos cómo Jesucristo se hunde en el máximo desprecio. Ya no es el Niño de Belén, sobre unas pajas; es el Cristo hecho perfecto hombre, cubierto con el velo sucio de las profanaciones de aquellos hombres. Permite el desprecio de los hombres, sus insultos. Se abofetea a un criminal. Así permite que le traten. Humillación de mi Dios.

Los que queremos seguir a Cristo tengamos el corazón preparado para recibir los ultrajes de nuestros enemigos. Más doloroso será aún, cuando vengan de

parte de los que se llaman nuestros amigos. Ya Jesús los recibe también: ultrajes de esos hombres perseguidores; ultraje de un apóstol traidor; ultraje de un apóstol cobarde. Los que queremos seguir al Señor, estemos preparados. Cuántos espumarajos de desprecios. Cuántos ultrajes pueden caer sobre nosotros, sobre nuestra persona. Cuántos salivazos de infamias. Cuántas bofetadas de traiciones, de palabras incumplidas, de palabras falsas. Pensad entonces que ese dolor es para que nuestra vida redima, rescate, por la eficacia de Cristo, a alguna o a algunas almas, del pecado. Pensad entonces que nuestro amor a Cristo ha de superar al dolor. Os prevengo que tenemos que pasar nuestra pasión. Es camino necesario.

Convenzámonos de que la virtud de un alma, la verdad de una Obra ha de ser golpeada por el martillo de las pruebas, y según el sonido que dé, mostrará ser de Dios o no. Un alma en su virtud no probada, una Obra cualquiera, no sabremos nunca si es de Dios o no, si no pasa por sus pruebas, y cuanto a más pruebas esté sujeta, más aparece el dedo de Dios, la verdad de ella, porque tiene el signo indiscutible de la cruz. Habéis de pasar por ahí. Vamos recorriendo este camino, en particular, y en conjunto. Nuestra Obra ha tenido ya su bautismo de sangre, y recorre su camino de pasión. Me pregunta un alto personaje: "¿Tienen Vds. muchas cruces, muchas pruebas?" Muchas, hasta ahora. Hermosísima señal de que es de Dios.

Nuestro amor ha de superar siempre a la fuerza del dolor y de la prueba. Siempre Jesús sea nuestro modelo. A él hemos de mirar e imitar para entender cuánto es el amor que nos tiene y, por consiguiente, cuánta sea nuestra correspondencia a esa grandeza de amor.

Traición de los suyos. Jesucristo entre sus enemigos, lleno de insultos. Una voz hiere sus oídos. La voz

repetida de un Pedro, su amigo fiel, el que había prometido antes morir que dejarle. Pedro que dijo yo moriré contigo, repite la negación de su Maestro: no le conozco; no soy de éste; yo no he estado nunca con él. Y esto lo jura; perjura y reniega de él. Si nos fuese dado sondear lo que pasó por el Corazón de Jesús. Dios mío. Cuánto sufriría vuestro corazón cuando oísteis la negación de vuestro apóstol, en el momento ya último de vuestra vida. En ese trance dificilísimo, el más fiel le deja, le niega y jura. Jesús, con aquella pena tan honda que sentiría, pero tan bueno, bondad infinita que sufre por amor, cómo levanta sus ojos, tan suavemente, tan amorosamente, y mira a Pedro. ¿Qué le dijiste, Señor, con aquella mirada? Cómo se clavó en su alma, que, bajando su cabeza, desaparece y, amargamente, copiosamente, llora, hasta hacer dos regatas sobre sus mejillas el hilo de sus lágrimas.

¿Representaréis alguna vez este papel de Pedro? ¡Obreras!, primero Dios os corte la vida. Guardad siempre vuestra fidelidad, sin cobardía; y cobarde es el alma que no ora. Pedro no oró, y en el momento del heroísmo, falló su amor a Cristo; quiso más la vida de su cuerpo que la defensa de su Señor, y negó y perjuró. Por cobardía o por falta de correspondencia en vuestra vida espiritual, podéis ir por la pendiente hacia abajo, tambaleando en vuestra vocación, y llegar a ser uno de los que nieguen el pan que comen, la verdad que les alimentó, la fuerza que les sostuvo. Jamás caigamos en semejante culpa, pues toda ella sería cobardía e ingratitud para con nuestro Dios; ni seamos tampoco causa de que otros puedan caer en semejante delito.

Habéis de proporcionar consuelo al Señor. Entre tantas defecciones, destaque siempre vuestra fidelidad. Aunque veáis a Cristo ofendido y despreciado, llagado

e insultado, estad firmes junto a él, para ser su consuelo y para entablar con valor la lucha, no sólo para desagraviar a Cristo ofendido por tantos pecados, sino para defender a un Cristo que con su amor os ha llamado para ser su brazo de cooperación. Y así, pensad que vais a defender lo que el mundo malo rechaza; a sostener lo que el mundo quiere destruir; a enaltecer lo que el mundo desprecia, y hacer amar lo que el mundo odia.

¿Y la traición del otro apóstol, Judas? Admiremos aquí el inmenso dolor de Jesucristo, mayor que en la negación de Pedro, porque Judas consumó el crimen y huyó de Cristo. Pedro fue cobarde, pero tuvo un corazón dócil a la gracia, a la mirada del Señor. Judas, impenitente. Consideremos el dolor del Señor viendo cómo se le escapaba aquel apóstol para el que tantísimas gracias y delicadezas había tenido, y se le escapaba. Para Pedro, su dolor era eficaz, para Judas, no. Ahondad en el sufrir de Cristo cuando Judas, atravesando las calles de Jerusalén, como fuera de sí, desesperado con su remordimiento de conciencia, llevado de un espíritu satánico –pues entró Satanás en él–, llevando su cuerda, párase en un campo, busca un árbol, tira la cuerda, átala a su cuerpo y se ahorca, reventando, y cayendo sus entrañas por el suelo. ¡Si nos fuera dado sentir un poco del padecimiento de Jesús, viéndose así por la traición de Judas, que huye mientras dice: he pecado, entregando la sangre del Justo!

Los traidores a Dios mueren ahorcando su conciencia, y deshonrando su vida. Y son más traidores al Señor los que más íntimamente convivieron con él. Qué final tan desastroso les espera. El Señor sí padecerá, pero ¡ay de aquel que le haga padecer! El Señor padecerá con amor, pero ¡ay de aquel que sea culpable de su sufrir! Los Judas suelen repetirse en cierta clase

de personas. Haced aquí un alto para pensar cómo a los ojos de Pedro, en medio de su delito, por su arrepentimiento brilla la esperanza de un perdón; cómo para Judas, por su impenitencia, ya no hay más que un camino cerrado: el de su ruina.

La debilidad o cobardía pueden acaso hacer que tus pies retrocedan un tanto; pero la mirada de Cristo y de la Virgen, la mirada suplicante de las almas que te aman, te haga entrar dentro de ti y volver a empujar tu camino hacia delante. Los Judas mueren en el propio precipicio que ellos mismos abrieron. La traición a Dios es el estigma de un alma, su mayor bajeza. Podréis ser débiles en un momento dado, faltar a las promesas que hicisteis al Señor. El Señor se complacerá en llamaros con su mirada suave y, aún caídas, os levantará de nuevo como a Pedro.

No os desalentéis porque veáis en lontananza la posibilidad de alguna que otra flaqueza, por grandes y firmes que sean vuestros propósitos. Jesús conoce vuestras flaquezas, y su mirada compasiva no os faltará. Pero traición..., nunca. Ni flaqueza ni traición... *¡Fidelidad siempre!* El dolor de Cristo sea un acicate, y su amor clávese profundamente en vuestra alma. Sin temor a la senda de vuestra pasión, como él, tomando sobre sí la cruz, subid vuestro calvario, tomando sobre vuestros hombros la cruz. Sin cruz no sois Obreras. Sin cruz, ¿dónde vais? Y con cruz es preciso subir al calvario. Subir con heroísmo la cuesta de vuestra pasiones vencidas; de vuestra luchas, tentaciones, enemigos, dificultades, obstáculos para conservar el valor de las virtudes, defender la castidad, saltar los obstáculos familiares y poder seguir las pisadas de Cristo.

Como él, sabed padecer y conseguir la victoria. Y junto al Maestro, con vuestra cruz, dad vuestra vida a cada momento, y en la medida que él lo pida, y en la

forma de trabajo, de apostolado, de sufrimiento callado, de horas de oración. Y cuando llegue el momento en que Dios determine el fin de vuestra existencia, podáis decirle: "Todo por Ti, Dios mío, lo he sacrificado; mi vida fue para Ti; mi ilusión fuiste Tú; todo está consumado, nada me queda por dar, porque todo a Ti lo ofrecí". El "todo está consumado" es la frase que debe compendiar o epilogar la vida de una Obrera, cuando, con su cruz, alcance la cima de los años de su existencia, para partir hacia la eternidad.

Amor y cruz. Cuánto cuesta aprender esta ciencia. Amor y cruz debéis ser. ¿Cuándo nuestra Obra habrá consumado su acción bienhechora? ¿Cuándo llegará a la plenitud de su acción? Cuando sus miembros hayan llegado a la plenitud de su abnegación y de su amor por Cristo. Que cada uno ponga de su parte lo que le toque. Sabéis a quién seguís, a quién vais a defender; no a un Cristo con traje de realeza vestido de seda; no a un Cristo de comodidades y placeres terrenos; no a un Cristo que os hable de triunfos y grandezas humanas; sino a un Cristo despreciado, combatido, pobre, odiado, desconocido por tantísimos; un Cristo en una cruz. Esto es lo que seguís y defendéis, lo que queréis proclamar, implantar, hacer reinar y que sea amado hasta la santa locura.

¿Fracasaremos? No, porque este Cristo vencerá. ¿Nos faltará la fortaleza? No; porque Cristo nos la dará. ¿Combatiremos nosotros solos? No; porque junto a nosotros llevaremos una Madre que nos alentará con su mirada, en cada instante de nuestra vida. Nos bastará mirar sus ojos para que nuestra voluntad, al momento, se yerga con fuerza para seguir el combate. Por Cristo y por ella... todo. ¿Lo haréis? ¿Serán estos ejercicios como empuje singular y especial con el que vuestra voluntad, rechazando toda cobardía, se

disponga a subir con más rapidez la cuesta de vuestro calvario, en cuya cima habéis de hallar la verdadera santidad? Así lo espero.

¡Dios mío! Que tu amor y tu dolor, tan fecundos que hicieron brotar este puñado de flores de Obreras, las hagan crecer muy alto, muy alto, hasta que lleguen a poder ofrecer las caricias santas de sus castos amores a vuestro rostro divino afeado por salivazos, a vuestros ojos que lloran, a vuestro rostro abofeteado; y puedas recibir siempre de ellas estos quereres tan puros y tan santos, de ellas que son hijas de tu dolor y de tu amor. Presérvalas, guárdalas, hazlas crecer. Son para Ti, y lo que den, para Ti ha de ser.

Mostradle vuestra gratitud. Sólo en el cielo podréis apreciar con qué lluvia de gracias, tan finas e intensas, riega el Señor vuestros corazones.

CAPÍTULO XIII

Vivir el espíritu de Cristo

AQUELLO mismo por lo que uno peca es luego tormento del pecador. Lo que es instrumento para desagradar a Dios, se hace instrumento de nuestro propio padecer. Un defecto no corregido traerá consigo la secuela de actos defectuosos, imperfectos. El no corregirse o sujetarse producirá, de momento, cierta satisfacción, pero será, después, el verdugo de quien no quiso vencerse. Luego es mejor aceptar el sacrificio que nos reporta el vencimiento de nosotros mismos en aquellas cosas que no son del agrado del Señor, que aceptar el sacrificio que trae consigo el remordimiento de no habernos vencido. Saliste con la tuya, cuando debiste callar y obedecer, mas luego, ese amor propio satisfecho se convierte en verdugo que atormenta a tu conciencia, le produce intranquilidad y malestar. Es preferible aceptar el sacrificio y vencernos, que tener que aceptar luego el remordimiento por ese defecto no corregido.

Estamos situados entre dos sacrificios: el vencernos, o el soportar el tormento que produce el defecto no vencido. Si nos vencemos, pasamos por el sacrifi-

cio, pero con el fruto de habernos corregido y no detener nuestros pasos en el camino de la perfección. Si no nos vencemos, hemos perdido la ocasión de perfeccionarnos, con el consiguiente remordimiento.

Recordemos, para no olvidar, estas palabras del Libro de la Sabiduría: "Oh, cuán benigno y suave es, Señor, tu espíritu en todas las cosas". [17] Cuán bueno y cuán dulce es vivir el espíritu de Cristo en todas las cosas. Bueno, porque nos perfecciona, nos santifica, nos hace mejores; dulce, pues que llena el alma de una dulzura espiritual, de un bienestar interior.

Vivir el espíritu de Cristo en "todo"..., en todas las cosas: en los bienes, en el talento, en el trato, en el arreglo de la persona, en la comida, en nuestras relaciones con el mundo, en nuestra oración.

Vivir el espíritu de Cristo en la oración será decir: hágase tu voluntad, y no la mía...; en nuestro rezo, en nuestro apostolado, en nuestro trabajo, en el querernos, en el aguantarnos, en el dispensarnos, en tolerarnos..., en todas las cosas. Vivirlo en todo..., cuán bueno y cuán dulce es. Si este vivir lo aplicamos a la oración, diremos: hágase tu voluntad y no la mía. Hacemos la nuestra si nos empeñamos en hacer la oración según nuestro plan y no según el de Dios; y así, quien teniendo sequedad, ya no se resigna; si distracciones, no las aguanta; si privado de consuelo, se queja entristecido; si con atractivos o consolaciones, se pega a ellos, no vive finamente el espíritu de Cristo. Le falta poner esa interior suavidad aceptando las contrariedades.

Obrera, es tu hora de oración, a orar; es tu hora de trabajo, a trabajar. Esta es la voluntad de Dios. ¿Ha re-

---

[17] Cf Sab 12, 1.

sultado fácil, difícil..., tu oración, tu trabajo? No te pares en ello. Lo que importa es que puedas decir: mi oración, mi trabajo, están cumplidos. Haz lo tuyo y hazlo bien. Y lo harás bien si te conformas con el espíritu de Cristo. Y el alma se llena de paz, quitando de sí muchas dificultades, triquiñuelas y tonterías, que torturan la vida espiritual de muchas almas. En las contrariedades, interpretemos bien el alcance que tienen; a veces, son nada y se las reviste de gran volumen. Sepamos levantar la mano para poner el espíritu, el trato del Señor, suave y compasivo, o saber en un momento dado imponer la energía de vida si el caso lo requiere, como Jesucristo hizo.

Y, ¿qué decir de los trabajos en el orden de apostolado? Cuán ausente anda el espíritu de Cristo. Suprimamos el "yo" y el miramiento humano. Qué de egoísmos. Tengamos mutua caridad. ¿Cómo nos debemos amar y querer? San Pablo, en su carta a los Filipenses, nos lo enseña con estas palabras: "Dios me es testigo cómo os amo en las entrañas de Jesucristo". [18] Ama a los cristianos en las entrañas de Jesucristo, no en su persona, de una manera pegajosa y egoísta, sino como hijos de Cristo. Y a continuación les dice: "Y lo que pido es que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción, para que sepáis discernir lo mejor". Y, ¿qué es lo mejor? "Que os mantengáis puros y sin tropiezo hasta el día de Cristo, colmados de frutos de justicia por los méritos de Jesucristo, para gloria y loor de Dios". [19] Como un anillo al dedo son estas palabras para vosotras. Yo os puedo decir: Dios sabe cuánto os amo en las entrañas de Jesucristo como cosa suya que sois, instrumentos de su gloria.

---

[18] Cf Flp 1, 8.
[19] Cf Flp 1, 9-11.

La caridad verdadera no admite singularidades por la mayor o por la menor, por ésta o aquélla; no mira personas; se difunde entre nosotros cual prolongación de la caridad de Cristo en que vivimos. Y cómo deseo que abunde entre vosotras y crezca más y más esta caridad. Pero que sea una caridad bien entendida, una caridad cuya aplicación sepáis hacer; una caridad con discreción, de modo que sepáis discernir qué es lo mejor. Por razón de caridad se cometen imprudencias enormes, verdaderas faltas de caridad; se silencian cosas que son en perjuicio de esa misma persona a la cual por caridad se ha querido encubrir. Conocido qué es lo mejor, hagámoslo inmediatamente. ¿Es mejor corregir, descubrir, callar? La discreción dirá si es mejor o no. ¿Es mejor decirlo? Pues..., a manifestarlo. ¿Es mejor callar? Pues, a guardar silencio.

Hay que entender lo que es la virtud. La discreción se necesita para todo. Por esto, san Pablo manifiesta a los cristianos su deseo de que crezcan en discreción y en conocimiento. Una caridad mal entendida causa, a veces, muchos males. Estos casos no son raros en la vida espiritual. ¿Por qué dijiste tal cosa? ¿Por caridad? Pues..., por caridad debiste cerrar tus labios. ¿Por qué guardaste el secreto de tal cosa? Por caridad. Pues..., por caridad debiste comunicarlo. Escasea la discreción del saber vivir. Queremos santos y santas que tengan corazón y... cabeza.

Creced en discreción, tomadla por guía. ¿Qué es lo mejor? Si no sabes discernirlo, pide luces a Dios, dirige tu mirada a Cristo y, entonces, quizás entiendas lo que es mejor. ¿Cuándo os amaréis más mutuamente? Cuando más os queráis en el Señor; cuando más entendáis el conveniente tratamiento que os debéis dar y en realidad lo deis.

San Pablo, en su carta a los Romanos, nos brinda unas cuantas reglas con las cuales podemos discernir qué es lo mejor en el trato y en la tolerancia de nuestros defectos. Según él, quien se sienta con más fe, con más vida espiritual, con mayor conocimiento de Dios, procure soportar, tolerar, los defectos e interpretar los actos de aquellos que no poseen nuestra grado de fe o de piedad. [20] No por ello se llene de vanagloria alguien y diga: fulano de tal qué atrasado está. En estas palabras de compasión puede encerrarse una compasión glorificadora de su personilla. La caridad verdadera le hará decir: tal persona tiene realmente ese defecto; o esta persona ha obrado mal, pero acaso tenga virtudes y condiciones buenas que yo no poseo.

Evitemos la vanagloria. Reconozcamos la verdad de las cosas; ni aumentemos su volumen ni disminuyamos su importancia. Lo que es mucho, mucho; lo que es poco, o nada, nada. Esta regla es fundamentalísima para el trato íntimo entre vosotras. Todos tenemos defectos; los tuvieron los santos. Hay quien en este mundo sufre por todo; acusará quizá mucha caridad o mucha poquedad; mas si es caridad, le faltará la suavidad y la paz y el sosiego del espíritu de Cristo.

Aunque en vuestro trato y en el trato con las almas descubráis cosas de cierta envergadura o importancia, no os asustéis, porque os ocurriría como al labrador que tuviera miedo de acercarse al montón de estiércol que necesita para abonar su campo. En un cementerio rezaban dos mujeres muy devotamente delante de un nicho. En esto salió una lagartija por entre una hendidura y las dos devotas escaparon, haciendo aspavientos. Creían que aquella lagartija se estaba comiendo el

---

[20] Cf Rom 15, 1.

cadáver...; y allí se acabó la caridad de las oraciones. No hagáis aspavientos ante la lagartija de los defectos, que se alimenta de nuestra miseria humana; seguid tranquilas prodigando vuestra caridad; tened espíritu de comprensión y soportaos a la vez.

Para poner las cosas en su cauce, no queramos exigir a los demás todo lo que nosotros imaginamos. Una caridad que sólo ve defectos en el prójimo..., ¿qué clase de caridad es? Aquí el Señor nos dirá que no nos paramos tanto en tales defectos; que miremos los nuestros propios; porque a la caridad vengamos a unir la discreción. Entended esta virtud en cierto grado de elevación, para que acertéis en su práctica. Para llegar a un alto grado de virtud, es necesaria la discreción interior, sin la cual se cometerán muchas equivocaciones. Sed un corazón y un alma unidos por caridad, sin partidismos ni personalismos nunca.

Discreción: ni que por falsa caridad se calle, ni se diga, ni se quiera más o menos. Querer más a los más santos, porque la santidad es el reflejo de Dios en ellos; no deis entrada a las amistades particulares; sed un corazón: todo para todos, porque es todo de Dios. Y de esta forma tendréis la suavidad y dulzura del espíritu del Señor.

CAPÍTULO XIV

La esperanza y el santo temor

NECESITAMOS conciliar en nuestra vida espiritual estas dos virtudes: la esperanza y el santo temor.

Fundamento de nuestra esperanza sobrenatural: Dios, bondad infinita, nuestro supremo bien y, por consiguiente, nuestro centro, riqueza, amparo, paz, felicidad, cielo. Esta bondad infinita de Dios es expansiva, misericordiosa, comunicativa. Para nosotros, la bondad misericordiosa de Dios es omnipotente, es decir, que nada se le puede resistir. Ni el tiempo, ni las circunstancias, ni el presente, ni el futuro, ni la muerte, ni la vida, pueden resistir a la omnipotencia de la divina bondad. Sólo una cosa resiste: el pecado. Con lo cual entendemos que las circunstancias, cualesquiera que fuesen, no podrán en modo alguno destruir los planes que la divina bondad haya trazado sobre nosotros. Fuera del pecado, no hay cosa ni criatura capaz que pueda presentar resistencia; sólo el pecado puede poner vallas a esta comunicación y expansión de la bondad de Dios. Luego evitando el pecado, estamos seguros de que en nosotros

se ha de cumplir el plan trazado por la bondad infinita de Dios.

Además, esta bondad infinita es fiel, infinitamente fiel, es decir, cumple sus promesas, porque dice san Pablo: "Fiel es Dios y no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis resistir". [21] Luego podemos vencer las tentaciones, por violentas que sean, con nuestro esfuerzo y la ayuda de la gracia divina. Esperar, luchar..., confiar.

Porque es fiel, nos comunica sus dones. ¡Son tantos! Entre ellos destaca uno, que es Jesucristo, y Jesucristo en estos tres misterios inefables: la Encarnación, la Eucaristía, la Redención. De aquí que Dios, en su bondad, es la base, el principio de nuestra esperanza sobrenatural. Ésta descansa en Dios, no en las criaturas. Por eso, así como tenemos el don de la fe, por Dios, tenemos el don de la esperanza en Dios.

Por esta esperanza sobrenatural, que estriba en la bondad infinita de Dios, nosotros tenemos seguridad de alcanzar los eternos bienes prometidos, la corona inmortal de la eternidad, y además los auxilios necesarios para vencer en los peligros en que nuestra alma se pueda encontrar en esta batalla del mundo.

Aquí se unen estas dos virtudes; por una parte, la esperanza sobrenatural que se basa en la bondad de Dios omnipotente y fiel, que promete y da su ayuda; y por otra parte, el santo temor que estriba en nuestra fragilidad humana, la cual sólo se puede vencer cumpliendo Dios sus promesas de ayuda. Estas dos virtudes, la esperanza y el santo temor unidas, levantan nuestra voluntad hacia Dios. Van unidas hasta en las almas más encendidas en amor.

---

[21] Cf 1 Cor 10, 13.

Pero no confundamos el santo temor con esos temores de espíritus apocados, temores sin fundamento. Fáltales vivir más las esperanzas sobrenaturales. Estas almas descansan en el temor, no confían en la bondad infinita; no se miran más que a sí mismas; disminuye la esperanza y aumenta el temor, hasta el extremo de que no son más que almas atormentadas por el temor. Parécense al enfermo que estuviese siempre bajo la impresión desagradable del dolorcillo, que conoce no es mortal, porque el médico lo ha dicho. No obstante, él continuará con su obsesión, olvidando el dictamen del médico. Esta preocupación influye en el desconcierto de sus actos, en su tortura injustificada y en su juicio equivocado, creyendo que todo lo que hace sirve para aumentar su dolorcillo; en fin..., no tiene paz.

El papel del santo temor es recordarnos nuestra debilidad y nuestra necesidad de recurrir siempre a la gracia de Dios, y desprendiendo los ojos de este yo, ponerlos en la bondad infinita de Dios, que ha de cumplir fielmente, y con su omnipotencia, lo que nos ha prometido. Ni perdamos de vista nuestra fragilidad, lo poco que somos, ni tampoco la palabra de Dios y su bondad infinita.

Mas, ¿cómo podemos vivir la virtud de la esperanza? Hay dos amores perfectamente legítimos: el amor natural que uno se tiene a sí mismo, y el amor de estima que tenemos a las criaturas. Los dos amores son legítimos y buenos cuando están ordenados. El animal que siente sed, busca el agua por impulso del instinto de conservación; siente hambre y, para conservar su naturaleza, busca la comida, la toma, la asimila y la convierte en su vida.

Dios se ama a sí por necesidad, si no se amara a sí, no sería Dios. Tenemos un parecido con Dios. Él se ama necesariamente porque es bondad infinita; noso-

tros nos amamos necesariamente, porque queremos, naturalmente, la conservación de nuestro ser, por lo cual buscamos a las criaturas que nos sirven para la conservación de nuestra vida. La conservación en nosotros de la vida nos obliga a salir de nosotros e ir en busca de Dios. El amor propio ordenado nos impele a buscar a Dios, pues en él encontramos la ayuda para conservar nuestro propio yo. La necesidad que sentimos de Dios nos hace salir de nosotros e ir en busca de Dios.

Es él quien nos atrae. De esta atracción y contacto con Dios, en vuelo de amor, brota la esperanza. A más amor de Dios, más esperanza sobrenatural, confianza y seguridad. Quien anda con temores de desconfianza en Dios, no encentró su amor en él. Los formados a base de tales temores, verán en la tentación, en algo de flaqueza de su interior en la práctica de las cosas espirituales, como una desgana, una dejadez culpables; verán un castigo de Dios sin acertar a sobreponerse. Acaso digan: es que voy a condenarme, a perder mi vocación. Quien pierde en algo las ganas de comer, no crea que está para morir... No es formación la que se efectúa a fuerza de palo de temores que aniquilan. El alma que tiene el temor santo, confía en Dios y pone su esfuerzo para que, en medio de su debilidad, con el auxilio sobrenatural, pueda triunfar. Este santo temor de Dios, unido a la esperanza, serán sus dos alas para remontar el vuelo hacia Dios.

¿Cuál es, pues, el primer objetivo de la virtud sobrenatural de la esperanza? Dios, por encima de todo; nuestro bien y bondad infinita, nuestro tesoro, paz y cielo. Mirando nuestro futuro, Dios poseído, Dios gozado, Dios bondad infinita, es el primer objetivo, el principal, de nuestra virtud de la esperanza.

Por esta virtud también esperamos ver a la Santísima Virgen en el Cielo. Esperamos ver la Sagrada Hu-

manidad de Cristo; esperamos el auxilio de su gracia para poder obrar santamente; esperamos la gracia santificante para hermosear nuestra alma; esperamos las gracias actuales para obrar agradablemente a los ojos divinos; esperamos los bienes temporales necesarios para esta vida terrena; esperamos el auxilio de las criaturas de las cuales Dios se puede valer, y se vale, para que nos sirvan de ayuda en nuestra santificación. Esto, empero, es objetivo secundario.

La virtud de la esperanza sobrenatural dirige toda nuestra vida hacia Dios; levanta toda nuestra consideración hacia él; espiritualiza todo nuestro ser; hace volar al alma. Vivámosla cumplidamente, pues de ella hemos de recibir tanta seguridad, tanta firmeza. Con ella recibiremos fuertes impulsos en nuestra lucha, en el trabajo, en la oficina, en el habla, en el apostolado...; aun en nuestros fracasos, flote siempre la esperanza.

Aletee nuestro corazón con la fuerza de la esperanza y del santo temor. Con temor y temblor hagamos nuestra santificación. [22] Sube a Dios con recuerdo de lo débil que eres; nunca te fíes de ti, para que te fíes siempre de Dios; conoce lo que eres, para que sepas esperar de la bondad infinita lo que te falta para lo que debes ser. Quien debiera una cantidad y no tuviese con qué pagarla, y anduviese siempre pensando: ¿Cómo pagaré?, sin duda se tranquilizaría ante la palabra de un amigo que le dijera: yo pagaré por ti.

Dos consideraciones: tu fragilidad, lo poquito que eres y vales; el tesoro de tu voluntad que se remonta a la bondad infinita, para allí confiar, asegurarse y esperar.

---

[22] Cf Flp 2, 12.

CAPÍTULO XV

Pobreza y espíritu de pobreza

Las reglas del mundo suelen ser diametralmente opuestas a las de Dios. A la vista del mundo, son las riquezas base de la terrena grandeza; en la presencia de Dios, es la pobreza el fundamento de los santos, de los grandes de verdad. De la perfección de la pobreza nos habla Jesucristo. Por el voto de pobreza se introduce el hombre en el camino de la perfección. A él se unen los votos de castidad y obediencia. Los tres se basan sobre un desprendimiento. Según san Agustín, el amor a las cosas terrenas es una especie de liga que impide al alma volar hacia Dios, siendo, por el contrario, la pobreza, grande ala para subir a Dios. Jesucristo nos ha dejado dignísimo ejemplo, pues, siendo rico, se hizo por nosotros pobre, para que con su pobreza fuésemos ricos. [23] El hombre desconocía el valor de la pobreza; Jesús nos la hizo preciosa a nuestros ojos.

---

[23] Cf 2 Cor 8, 9.

La pobreza, como introductora en la senda de la perfección cristiana, tiene por servicio el espíritu de pobreza, y por vestidura, los actos externos de la misma. No es lo mismo el acto externo de pobreza que el espíritu de pobreza. Pueden darse actos externos de esta virtud, sin que se tenga espíritu de la misma. Un pobre realiza actos de pobreza constantemente, y con todo, puede no tener espíritu de pobreza. Acostumbrado a vivir pobre, practica los actos propios de esta virtud, pero sin este espíritu de pobreza; es decir, que si el pobre pudiera cambiar su situación y vivir espléndidamente, lo haría. Sufre este estado porque no tiene otro remedio; lo aguanta con una voluntad resignada; no es la voluntad que libremente se desposa con la pobreza.

Quien, por circunstancias de su clase social, viva en un ambiente de abundancia, donde difícilmente puede ejercitar actos de pobreza, ni en el vestir, ni en la comida, ni en el acomodo, etc., puede tener espíritu de pobreza. Éste consiste en el desasimiento de nuestra voluntad o nuestro corazón de las cosas terrenas; y hay más espíritu de pobreza cuanto mayor es el desprendimiento, o despego de nuestro corazón de los bienes terrenos.

Aplicado este desprendimiento a las cosas espirituales, diremos que hay espíritu de pobreza espiritual, cuando en nosotros exista el desprendimiento, incluso de esas mismas cosas espirituales, no en cuanto son medios para salvarnos, sino en cuanto nos proporcionan cierta satisfacción; el alma se desprende, se despega, de la consolación, de los goces, de las satisfacciones, de las alegrías interiores, de todo aquello a lo cual pueda pegarse la voluntad; lo mismo que ofrece todas sus obras, todos sus méritos en beneficio del prójimo.

La mala inteligencia de la práctica de este desprendimiento suele conducir a que se cometan actos verdaderamente de extravío; tal sería el de una persona que por llegar al espíritu de pobreza en un grado muy alto, se desprendiese de lo que más quisiera: de la Comunión, de la oración, etc. Esto sería espíritu de miseria..., de muerte..., de locura; esto se llamaría suicidio espiritual. El espíritu de pobreza no quita la vida del alma ni del cuerpo, sino que quita aquello que puede ser causa de apego y, por tanto, de tropiezo en el vuelo que el alma emprende hacia su Dios.

En el espíritu de pobreza no tiene cabida el ufanarse por los bienes temporales. Esto es propio del espíritu de orgullo. Los bienes que posee le confieren un aire de superioridad, de superioridad mal entendida, que se presenta con el ropaje de cierta grandeza, aunque la tal persona... no sepa hablar. El espíritu de pobreza se acompaña de la humildad; el de la riqueza, de orgullo. Por el espíritu de pobreza consideramos nuestros bienes propiedad del Señor, pendientes de su voluntad, destinados a su santo servicio. El talento, la voz, lengua, un sentido cualquiera, riquezas, los usamos como cosa prestada, dándoles una finalidad que esté conforme con la voluntad de Dios.

El espíritu de pobreza pone en nuestro interior una sencillez y acertada visión de las cosas del mundo, por lo que, en viniendo la pérdida de tal o cual cosa, la voluntad no se inmuta, porque al estar desprendida, no pierde su equilibrio y paz. Poco se vive este espíritu. Quitad a ciertas personas que practican la pobreza el gran valor de... una estampita, que guardan en su libro, y las oiréis decir: ¡Mi estampita!, ¡mi estampita!, pues en ella pusiéronme unas letras como recuerdo. La pérdida de un libro, les arranca las entretelas del corazón. Cualquier contratiempo en las cosas tempo-

rales refléjase al instante en su voluntad dolorida. No se han sobrepuesto a las cosas, sino que éstas las dominan.

Podemos sentir, sin que la voluntad pierda su equilibrio. Dios me lo dio, Dios me lo quita. Aprecio a nuestras cosas, aprecio a nuestra propia vida, pero como administradores. Job, cuando Dios le quitó sus bienes, la salud y los hijos, pudo decir con el lenguaje del espíritu de pobreza: Dios me lo dio, Dios me lo quitó.

La persona verdaderamente religiosa, vive este espíritu y no hace alarde de grandeza ni manifestación de vanagloria humana; es sencilla; ni se avergüenza de aparecer humilde; es la condición de Jesucristo, su Divino Maestro, al cual debe querer imitar, debe esforzarse por imitar. El pretendiente a la perfección evangélica que se asusta y retrocede a la vista de una cama pobre e incómoda, es un iluso; sin duda aún no ha probado la cama de la cruz, que es más pobre y más incómoda.

Ideas equivocadas de la perfección cristiana anidan en espíritus enclenques. Los espíritus robustos lo mismo se acomodan a vivir en un palacio que en una choza. Los espíritus de Dios lo mismo descansan en el suelo que en una cómoda cama. Lo esencial es servir a Dios. Ahí está el pesebre que escogió Jesucristo para descansar por primera vez en este mundo. Quien es pobre de espíritu lo mismo aprovecha para vivir en un palacio que en pobre rincón escondido. Humilde, aún goza más en aquel rincón pobre, porque se asemeja más al vivir de Cristo.

Vivid muy hondo este espíritu de pobreza, a semejanza de Jesucristo. Que nunca os sea dificultad cualquier situación de más o menos ventaja temporal; busquéis cosas más o menos cómodas, ni os asustéis de

tener que vivir, quién sabe, bajo muy pobre techo, o descansar sobre duro suelo. Las almas apostólicas han de ser así.

Por eso, los que no tienen espíritu de pobreza, en multitud de casos, se hacen inconsolables. El señorío no se pierde por la pobreza. Jesús no perdió su señorío por estar en su casa de Nazaret, ni por estar en la cuna de Belén. El señorío del alma crece todavía más. La belleza del alma no necesita telas para brillar; le basta su belleza. Este espíritu de pobreza lleva consigo una santa indiferencia, que nos hace ricos en virtud y señorío propio, pero no implica abandono de nuestras cosas; exige que pongamos el cuidado conveniente y necesario como es nuestra obligación y deber. Una vez puesto este cuidado, la voluntad permanece desprendida.

Pobreza vivida, o por necesidad que impone un estado social humilde, o por voluntad libre, abrazando el estado de perfección. La viven del primer modo los pobrecitos, los desheredados de este mundo. Si la llevan de buen grado, la practican interior y exteriormente con mérito; si de mal grado, sólo tienen la exterioridad. La viven del segundo modo, las almas religiosas, las cuales abrazan la pobreza, y a ella quedan obligadas todo el tiempo que les dure la atadura. No sólo tienen el espíritu interior con la voluntad desprendida, sino que antes de esto o aquello, lo hacen voluntariamente.

Los tales actos de pobreza, prácticamente, son una manifestación de ese espíritu interior; no se aguanta a regañadientes, ni se lleva a remolque una cosa por miedo al... palo. ¿En qué actos podremos practicarla? ¿De qué manera? ¿En qué cosas? En todo y en todas las cosas cabe la práctica de la pobreza, si no absoluta, relativamente, ajustándonos a lo necesario o conve-

niente, dejando lo superfluo. Tropiezan aquí los escrupulosos con un gran escollo. Quisieran tener un... metro para medir exacto. Básteles la discreción y buena voluntad.

El voto de pobreza puede tener distintos grados, según la voluntad del que lo emite.

1.° Carencia de toda propiedad y usufructo de bienes materiales.

2.° Privación de propiedad, con reserva de usufructo.

3.° Privación de usufructo, con reserva de propiedad.

4.° Privación de lo necesario y superfluo, con reserva de propiedad y usufructo.

Quien emite el voto de pobreza está obligado a cumplirlo en el grado de pobreza contenido en aquél.

¿Cómo, pues, se puede faltar a la pobreza? De muchas maneras. En cosas pequeñas y cosas grandes. No hay que angustiarse por cosas, a veces tan diminutas, que rayan en lo ridículo y en la suciedad. Tampoco hemos de aflojar, malgastando aún en lo poco. Administremos bien las cosas que son del Señor. Juega buen papel aquí la delicadeza espiritual y la educación y discreción de la persona.

Sed muy equilibradas en la práctica de la pobreza, sin descuidos, con interés ordenado, pero sin codicia. Grande es la providencia de Dios que nunca falta. Mas si el Señor quiere hacernos pasar por ciertas apreturas..., pasaremos; tras la apretura, viene la abundancia. Es obligación nuestra procurar los bienes temporales para ponerlos al servicio únicamente de la gloria de Dios nuestro Señor. Cuidad de las cosas, como que son del Señor. La falta de cuidado trae consigo el que en todo o parte se desperdicien.

El Señor fue el primero que practicó la pobreza, el que la elevó al rango de medio de perfección, se despo-

só con ella, y en Belén, en Nazaret, en el calvario, está Jesús; el Jesús pobre y el Jesús rico; el Jesús pobre y el Jesús que lo tiene todo; el Jesús con nada y el Jesús con todo. Suyo es el mundo y suyas son las almas. Qué templos y qué palacios. ¿En qué palacios no está Jesús? Cómo su pobreza ha venido a convertirse en riqueza. A sus pies caen el oro y las piedras más preciosas. Así el Señor trata a las almas que saben hacerse pobres por su amor. Asemejaos al divino Maestro.

CAPÍTULO XVI

Sobre las tentaciones

CONVIENE estemos prevenidos contra el ataque de las tentaciones. Son pruebas y purificaciones. Cuidemos de salir victoriosamente.

Las tentaciones pueden sobrevenir, con permisión de Dios, bien por instigación del demonio que actúa en el pensamiento y la imaginación, bien por influjo del mundo, ya por nuestra mala inclinación. Estudiemos estas dos tentaciones: contra el voto de pobreza y contra el voto de obediencia. En cuanto a la primera, diremos que puede presentarse de varios modos: o haciéndoos ver que no vale la pena y es insignificante la pérdida o mala utilización que hagáis de una cosa, reputándola por nada, y que esto sea frecuente; estimulando vuestra voluntad para que se pegue a los bienes o comodidades. ¿Qué necesidad –te dirá la tentación– tienes de obligarte a vivir con voto de pobreza? Al fin y al cabo es de consejo evangélico, no obligatorio para salvarse, necesario, sí, para la cabal perfección.

La tentación te dirá: ¿por qué te vas a desprender de ciertas cosas que tú lícitamente puedes tener? Aca-

so esto no lo puedas soportar, y fracases. O bien se presentará incitando vuestra voluntad para que uséis de algunas cosas sin mesura, sin orden, o burlando la vigilancia. Como nadie lo ve, no importa deje abierto el grifo y se derrame el agua inútilmente. La tentación se vale en este caso del respeto humano. Cuando este respeto humano no tiene ocasión, porque la persona que lo motiva está ausente, violará el voto de pobreza. Y es porque el móvil para practicarlo, no arranca de la visión de Dios, sino de la mirada a las criaturas. Puede la tentación atacar por extremo opuesto, haciendo ver que existe falta si no se cumple el voto con exagerado rigorismo.

Pueden partir las tentaciones contra la obediencia de estos dos puntos: de la consideración desordenada de nuestro yo, y de la consideración desordenada acerca de los demás.

De nuestro yo: yo soy tanto, valgo tanto; yo tengo tal comprensión; yo veo las cosas así. ¿Por qué he de rendir mi voluntad? ¿Por qué he de hacer lo que otro dispone? ¿Por qué otro ha de mandar en mí? Desordenadamente nos amamos. Teniendo el conocimiento claro de lo que somos, no hay lugar para que estas tentaciones tomen cuerpo, pues, ¿qué somos? Nada. Yo sé tanto. Repara, y verás qué poco sabes. Escribes; y cómo escribes. Y qué cosas dices. Porque yo lo veo tal, pero no tienes tú solo ojos, los demás también tienen.

Unos pintores disputan sobre el color verdoso de una pitera. Cada uno descubre tonos de distinto matiz: más oscuro, menos oscuro. Miran y remiran el color. Uno colócase en un sitio; otro, en lugar distinto; empiezan a echar su visual. ¿Qué color ves? Muy verde. Yo no lo veo así. Vuelven a mirar. No están de acuerdo. Por fin, dicen a un tercero: Vd. ¿cómo lo ve? Y les responde: yo sólo veo... hojas verdes en la lozana pitera.

Pues esto mismo suele ocurrir en muchas faltas de obediencia. Queremos hacer prevalecer nuestra visión de las cosas, aquello que a nosotros nos parece. ¿Es que no podemos formar nuestro juicio ante la realidad de las cosas? Sí; pero a lo mejor tienen... un colorcillo, un matiz, que nosotros no alcanzamos a ver. Junto a nuestros ojos que miran, otros ojos también miran, y pueden ver mejor y distinto de lo que nosotros vemos en tal determinada cosa, porque tienen la vista más penetrante, es decir, más experiencia, más juicio práctico, más penetrante visión del presente y del futuro, de lo que es y de lo que conviene.

De nuestro yo se vale el demonio para tentarnos contra la obediencia. Claro que si nos ponen delante una tela que es negra, y luego de mirarla decimos que es blanca, o nuestra vista es tan defectuosa que confunde los colores, o nuestra voluntad es torcida. Pero como nuestros actos, nuestras obras suelen tener muchos detalles, muchas circunstancias, para formar bien nuestros juicios no basta mirar las cosas en sí, en su cuerpo escueto, sino en los detalles y circunstancias que las envuelven, para apreciarlas en su totalidad.

Muy peligrosa es la tentación contra esta virtud, cuando proviene de una cerrazón de juicio, de una voluntad terca, de un yo que no se resigna a humillarse. De esta clase de tentación se vale el demonio para producir en la Iglesia las más grandes caídas y los mayores escándalos y extravíos. Así fue Lutero: "Yo sé más". Pero todavía no lo sabes todo, ni tienes la experiencia que necesitas.

No nos busquemos para hacer sobresalir el yo. La obediencia importa siempre una flexibilidad de nuestra voluntad, de nuestro juicio, el cual puede ver las cosas a su modo, pero la voluntad no se encasqueta, se dobla. Yo creo que por este camino llegaré primero,

pero la obediencia me traza otro camino. La obediencia es un ceder, un dejar hacer sin poner obstáculo, es un despreocuparse de si blanco o negro, y ejecutar lo mandado; es un dejarse llevar. Esto supone un vencimiento interior muy grande, un dominio del yo completo, un llevar la visión siempre más alto, hacia Dios. El yo se rebela, y en esa rebeldía del yo se ceba la tentación.

Surge también la tentación de la visión desordenada que tenemos de las personas que mandan, no reconociendo la autoridad que representan, mirando su parte defectuosa. Así no habría obediencia en el mundo. Ningún soldado obedecería al sargento, ni éste al capitán, ni éste al general, ni éste al rey. Todos adolecemos de defectos.

La obediencia mira no a la persona, sino a la autoridad que manda y dispone, pero que manda y que dispone según y conforme al espíritu de la ley, para cuyo cumplimiento se le otorga la autoridad. Y así, el superior no se puede entrometer en el fuero interno de la conciencia, ni directa ni indirectamente, y sólo en la parte de perfección cuando el súbdito libre y espontáneamente lo quiere hacer –pero desde luego no en cuanto a los defectos, de no ser un sacerdote–; sí que puede y debe intervenir en la parte externa o de gobierno, en la cual el superior tiene potestad o poder dominativo, es decir, de mandato, según las Reglas o Constituciones, y, por lo tanto, poder dominativo de imponer mandatos para el buen régimen de la comunidad.

Vivamos prevenidos para no dar oídos a la tentación. Quien obre o mande mal, sepa que Dios no es sordo ni ciego. Espera su momento para darle el merecido, o depara la hora propicia para dar la solución conveniente. Mucho contribuye a que sea violada la

santa obediencia la mala interpretación de mandatos, reglamentos, Constituciones. Ellos son la voz de Dios. ¿Qué te ordena tu santa Regla...?* No cumplir sus disposiciones es un acto de desobediencia, cuya repetición puede incluir menosprecio, y no more en paz y se engañe quien esto hiciere.

Para vosotras hay una voz que manda indudablemente, sin otra interpretación que la que escuetamente se da por quien la puede dar, es la voz de la santa Regla, y a ella se han de sujetar hasta las superioras. Una voz auténtica, permanente. El aflojamiento o incumplimiento de lo preceptuado, de lo dispuesto, de lo mandado, produce la relajación. ¿Es tal cosa? ¿Y qué importancia tiene? Basta. No te toca a ti discernirlo. Obedece y basta. Cede en tu voluntad; déjate llevar siempre que sea para el bien; sucumba en ti el orgullo; considera en los que te gobiernan la autoridad de que están revestidos, y no quieras escudriñar las cosas excesivamente, sujetando a un interrogatorio la conducta de tus superiores. Allá quien disponga sin tino. No quedará sin su merecido. Dichoso el que sabe obedecer.

Qué hermosa es la virtud de la obediencia. Es como el engrase de toda una maquinaria que la hace funcionar, sin estridencias, sin roces, en movimiento ordenado. Y si la maquinaria marchase mal, al mecánico toca descubrir la causa culpable. Practiquemos con ejemplaridad la obediencia. Sigamos el ejemplo de san Pablo: "En todo procuro contentar a todos".[24] Tengamos una visión acertada de nosotros y de los demás, para situarnos siempre en el justo medio.

---

* La Obra ha tenido Estatutos y Reglamento, en un primer momento, sustituidos después por las Constituciones y el Directorio.

[24] Cf 1 Cor 10, 33.

CAPÍTULO XVII

Sobre la virtud de la prudencia

DESTACAN en su acertado obrar las personas que poseen la virtud de la prudencia. La fe enciende el fuego del amor; la esperanza eleva su llamarada; la prudencia es la que sopla sobre ese fuego. Nos hemos de santificar imitando a Cristo, divino ejemplar, que nos enseña con su palabra y con su género de vida. Dios creador conserva las cosas que creó y, además, las gobierna. Este gobierno manifiesta en Dios con relación a las criaturas, una conducta, un trato, un modo de obrar sobre ellas, por el cual las eleva y perfecciona. Dios es gobernante prudentísimo y sapientísimo; da a las criaturas el trato que ellas necesitan, y así vemos cómo se cuida de los astros, del hombre, del pajarillo, de la hierbecita más escondida. Su gobierno sobre las criaturas alcanza hasta el detalle más pequeño.

Dios es fuego de amor... y el amor se dice que es ciego. Con todo, no se le escapa ni el aleteo de un mosquito. Hay quienes pretenden tapar todos los deslices en la vida espiritual con la ceguera del amor. El amor es una virtud excelsa, pero no opuesta a las demás vir-

tudes. Es ciego para lanzarse, pero se lanza por el camino que la inteligencia, con la luz de la sabiduría divina, le traza, y esto toca a la prudencia. Dios se conoce y se ama, conoce y ama a las criaturas, y por este conocimiento y amor que tiene de ellas, las sostiene y gobierna con su providencia divina.

Para asemejarnos a la perfección de Dios, necesitamos imitar su conducta, su trato. Además de nuestro deber de conocer, amar y tener trato con Dios, debemos conocer, amar a nosotros y a las criaturas. De aquí nace la obligación del trato o relación que debemos observar con ellas y con nosotros mismos. Estas relaciones implican el sabernos gobernar y, bien llevados, saber gobernar a lo demás, saber tratar y conducir, y sabernos tratar y conducir. Dios lo hace con su sabiduría infinita, a la que une su bondad paterna, creadora y conservadora; nosotros lo hemos de hacer con una participación de esa sabiduría divina que viene, como una luz, a nuestra inteligencia, y con ella acertamos a gobernarnos y a gobernar a los otros, acertamos a observar la conducta debida para con nosotros y para con los demás.

La virtud de la prudencia es una de las cuatro virtudes morales o cardinales, llamadas así porque son la base, el quicio sobre el que descansan las demás virtudes. Es un destello de la sabiduría divina comunicado a nuestra inteligencia, con el que ésta forma un dictamen, un juicio, según el cual la voluntad dócil se determina y se mueve. Y como es participación o reflejo de la sabiduría divina con la que formamos el dictamen o juicio, que luego mueve nuestra voluntad, las cosas las hacemos acertadas.

Y tengamos presente que se trata de un bien eterno, porque el gobierno que realizamos sobre nosotros y las demás cosas: criaturas, acciones, etc., importa un

bien, y un bien con relación al orden sobrenatural. De equivocarnos, pues, por falta de prudencia, podemos echar a perder un bien sobrenatural. De acertar por la virtud de la prudencia, podemos ganar un bien eterno. Cuánta eficacia y encanto encierra esta virtud.

¿Por qué los santos en medio, muchas veces, de continuas ocupaciones, de deberes tan distintos, de multitud de asuntos a resolver en una vida tan activa, iban disponiendo con aquel ajuste y seguridad todas las cosas, no alterándose su interior en comunicación íntima con Jesús, y conservando la apacibilidad en su corazón? Por la virtud de la prudencia.

¿Y qué factor influía en ellos, e influye en esta clase de almas, para que puedan resolver y ordenar y gobernar la vida en sus múltiples manifestaciones, sin que obsten la actividad y las contrariedades? La prudencia; porque mira, por encima de todo y sobre todo, a Dios. Por encima del sacrificio de cualquier criatura, mira a Dios, y con esa mirada hacia Dios, con esa luz de la divina sabiduría que le está indicando qué es lo mejor, qué es lo más honesto y qué es lo malo, orienta todo su vivir hacia Dios como centro; y en estas condiciones, resolverá bien, porque, al formar su dictamen o juicio, no mira el sacrificio, ni tal persona, ni tal acción, sólo mira a Dios; y una luz, participación de la sabiduría divina que lo gobierna, le hace entender: si callas, es más meritorio; si haces tal, es más conforme con la santidad; si aceptas, tienes más valor; ya no repara en si le agrada o desagrada.

Si nos falta la mirada en Dios, soslayamos o falsificamos las cosas con relativa facilidad, nos detiene la repugnancia; si miramos solamente a Dios, el destello de su divina sabiduría nos alumbra y hace entender: conviene que ahora calles, luego, que hables; ahora, aguanta, sonríe, conserva tu gravedad.

La prudencia mira a Dios con amor puro, pero no ciegamente, sino dando a nuestra inteligencia, sabiduría. Por esta virtud podemos discernir qué es lo mejor en cada caso, qué es lo bueno, qué es para mayor gloria de Dios o menor gloria de Dios; qué es lo más bueno para mi alma y qué no lo es. Por ella sabemos elegir justa y sabiamente. Por eso, el buen gobernante ha de ser prudente, para saber gobernarse a sí mismo y a los demás, saber observar con las criaturas la conducta que Dios observa para con nosotros.

Haz como Jesús haría. La habladora frenaría su lengua; la murmuradora sacrificaría su gusto; la imprudente guardaría el secreto; la intempestiva buscaría mejor ocasión para pedir, ofrecer y manifestar sus necesidades o deseos; la portadora de noticias mortificantes, causa de turbación y humillaciones, guardaríalas en su cartera de "oficial de correos", si tuviera la virtud de la prudencia. Ésta le diría: lo que vas a hacer no agrada a Dios; no está bien, no es ocasión, no es modo de decirlo. Los que trabajan mal en el apostolado, muchas veces cambiarían de rumbo en su acción, si oyesen esta voz de la prudencia: "Así estás perdiendo la partida; esa alma no resiste las apreturas a que la sujetas; no le exijas tanto".

Nos pide, pues, la prudencia, primero: que procedamos en nuestras operaciones sin precipitación. Dios no obra precipitadamente. No obréis con precipitación. A san Pablo, víctima, antes de su conversión, del desorden de sus pasiones y con vengativo odio a Cristo, no le derribó la gracia hasta la hora señalada por la divina providencia. ¿Por qué no le convirtió en sus primeros años? La divina sabiduría a cada cosa señala su tiempo; cuando fue llegado el momento, la gracia venció al perseguidor, y Pablo cayó para ser el gran apóstol de Cristo. Obrar precipitada y atropelladamente, es

proceder sin la debida o ninguna reflexión, con cierto confusionismo, atropello producido a la par, muchas veces, por la índole del temperamento, del carácter, y de la ausencia de una madura reflexión.

La influencia del contacto engendra espíritu de imitación, y este espíritu de imitación nos conduce, a veces, a cometer imprudencias en el obrar, hablar, enjuiciar, aconsejar. Por imitación y sin la prudente madurez, se realizan actos de apostolado que la prudencia no aconseja, ni en sí, ni en los modos de hacerlo. La prudencia no implica tardanza, sino orden y ajuste a la divina voluntad; no quita la verdad de las cosas, ante las pone en su debido sitio. Los imprudentes, con facilidad, expiden públicamente el título de "santos" y de "demonios". Les bastará para lo primero ver la manifestación llamativa de alguna virtud; para lo segundo, un cualquier desliz propio de la fragilidad humana.

Segundo: reclama que obremos sin pasión. La persona prudente nunca obra en contra, movida por la repugnancia, ni en favor, movida por la atracción. Nunca obra por pasión; lo hace ordenadamente, guiada por el destello de la divina sabiduría. No adula al virtuoso con el incienso de su virtud; le perjudicaríamos. Tampoco inflige el latigazo al culpable, revolcándole en su culpa, de manera injusta e indebida. La prudencia nos dictará cómo hemos de alabar y reprender. Por pasión, a veces, rebajamos, y por pasión subimos a ciertas personas. Si el Señor obrara por pasión... ¿dónde estaríamos nosotros y qué sería del mundo? Nos hubiese exterminado por tantas maldades cometidas. Prudente es el labrador, que a su caballo rebelde prepárale el castigo, sin matarlo.

Acompáñase, además, la virtud de la prudencia de la memoria. Los desmemoriados fácilmente son im-

prudentes; les falta el recuerdo del pasado, del cual recibirán las luces de la experiencia para saber comportarse. La experiencia es la madre de la prudencia. La Iglesia, que es tan sabia, exige en su ministros cierta edad para gobernar. La prudencia se ayuda también de la inteligencia, con cuyo estudio y discurso formamos el dictamen práctico a seguir. Quien no tiene cabeza será... un buen imprudente, si Dios no lo remedia. La prudencia no se suple con sola buena voluntad; tiene una muleta sobre la que se apoya y anda: la ayuda de la inteligencia.

La prudencia requiere, además, la docilidad para tomar el consejo de persona experimentada y las instrucciones que nos precisen, pues necesitamos de mutua ayuda. Una madre aconseja a su hija. ¡Bah! –le responde– eso son tonterías. Vd... ¿qué me va a enseñar a mí? La persona prudente aprovecha las enseñanzas que la vida le brinda, porque aumentan éstas el caudal de los conocimientos. La persona prudente de todo se aprovecha para su corrección y perfeccionamiento.

Exige también la circunspección, es decir, el saber discernir las circunstancias que rodean las cosas, haciéndonos cargo de ellas. Seamos circunspectos; perfectos en todo, hasta en los detalles. La prudencia nos hace llevar a la perfección todas las cosas, y nos da luces para ver lo imperfecto hasta en los detalles. Se equivocan las personas que, creyéndose muy santificadas, no advierten sus imperfecciones, imprudencias, aunque tengan el volumen de... un toro; poco ven, mucho se les escapa, y tranquilas viven, vestidas con el ropaje de múltiples imperfecciones.

La vida de amor a Dios no ha de servir de tapadera para encubrir descuidos, hijos de la poca advertencia y flojo gobierno de nosotros y de las cosas. Se ama a

Dios, pero sabiendo donde se pisa, cuándo se debe callar, qué es lo que se habla y cómo se dice, qué es lo que se hace y cómo se hace y se debe hacer, qué es lo dispuesto y si se cumple. El amor verdadero busca la perfección, y nota lo imperfecto hasta en los mínimos detalles. Hermoso es aspirar a la perfección, mas para llegar a ella hay que perfilar mucho en todo. El grado de perfección es proporcional a las virtudes que el alma posee, y en el grado en que las posee.

Otros defectos que debemos evitar: la contumacia en la voluntad, la pertinacia en nuestro juicio, y la prevención. Contra la contumacia, opongamos la docilidad; contra la pertinacia, aceptemos el buen parecer de los demás; contra la prevención, usemos de una medida prudencial, para que la antipatía o el influjo desfavorable no guíe nuestras determinaciones. Mucho daño pueden causar los imprudentes, poniendo prevención contra personas, oficios, cargos, actuaciones, instituciones. Apliquemos con sencillez y fidelidad, en cada momento, el dictamen de nuestra conciencia recta, excluida toda prevención dañosa.

Con lo dicho comprenderéis la habilidad, dominio y acierto con que fallan y ordenan las personas prudentes. Que el Señor os haga la gracia de conocer cuánto vale esta virtud, verdadera moneda de oro.

Lástima grande que no abunde en las personas esta virtud de la prudencia.

CAPÍTULO XVIII

La murmuración

No son virtuosos los que conocen la virtud, sino los que la practican. Ni son personas de vida espiritual aquellas que saben cosas... espirituales, sino aquellas que las viven. Hay una ciencia práctica y otra teórica: lo mejor es tener las dos, pero en caso de faltar alguna de ellas, falle la teórica antes que la práctica. Nuestra esclavitud a la voluntad de Dios en necesaria para la santificación personal y la vida de apostolado. La murmuración se opone a esta esclavitud o sumisión. Murmurar es mordisquear las cosas, personas y hechos; dar dentellazos que hieren y desgarran. Los murmuradores acusan disconformidad.

Hay murmuraciones contra Dios, cuando se habla mal de él, se comentan o interpretan sus mandatos, consejos y permisiones en tono de disconformidad. Dicen: eso, Dios no lo ha hecho bien; parece mentira que Dios permita tales cosas; ¿por qué Dios se portará así? ¿Está bien que me haya hecho pasar por tal y tal prueba? Son murmuraciones contra Dios. Si él es la causa de los que nos ocurre, debemos acatar con ren-

dimiento sus disposiciones; y si no es la causa, sino que solamente lo permite y la causa son las criaturas, debemos acatar la permisión divina. Arreglado quedaría el mundo si Dios dispusiera las cosas a nuestro placer. La permisión divina no implica que Dios lo quiera, solamente lo permite, lo tolera. Si lo tolerado es injusto, Dios se reserva el derecho de administrar la justicia a su tiempo.

Murmuró el pueblo de Israel contra Dios, porque en su paso por el desierto sufrió hambre y sed. Después de darles el maná, aún murmuraron contra él, porque les daba el mismo alimento. Y eso que los conducía a la tierra de promisión, donde habían de encontrar la abundancia. Protestaban porque veíanse sujetos a las penalidades. Tal suele ocurrir a muchísimas personas. Los no creyentes se empinan contra Dios y le blasfeman. Unos lo niegan, otros le llenan de improperios. También personas cristianas pueden caer en esta murmuración, cuando se ven sujetas a penalidades terrenas y a pruebas interiores, con lo cual resultaría que éstas tales, creyéndose muy espirituales, vendrían a ser muy murmuradoras contra Dios. Guardemos siempre esclavitud y conformidad al divino querer.

Hay murmuraciones contra nuestro prójimo. Murmurar es destapar sus defectos sin necesidad alguna. Tiende la murmuración a rebajar. No es murmurar si se descubre un defecto del prójimo por razón de necesidad, para poner remedio o prevenir. Si existe algún motivo que justifica esta acción, entonces es ya la virtud de la prudencia la que regula nuestro comportamiento, que es bueno en este caso, porque no se intenta el mal del prójimo, ni satisfacer el placer de rebajarlo, sino antes se mira y se busca el bien sobrenatural.

Murmurar es revolver, sacando afuera las deficiencias de nuestro prójimo. A veces se empieza por "se ha

dicho, se dice, se torna... a decir", y va en aumento el murmullo, hasta que se rodea de tal volumen, en todo o en parte falso, que lo que empezó siendo cosa pequeña y leve, termina en cosa grave.

A veces, a la murmuración llámase comentario. El mejor remedio es cortar. Y el cortar se hace con mucha eficacia... callando. El silencio es un peso que reduce la polvareda cargada de la murmuración. Practiquemos siempre el prudente silencio.

Esta murmuración puede ser muy variada, según la clase de persona o de cosa de que se murmura: un sacerdote, un seglar, un superior, una Orden, una Obra, unas Reglas... Al tratar pues, de las personas, hay que hacerlo con la reserva que la prudencia impone: saber hablar. Que esta norma se revele siempre en vuestras palabras.

Yo me he formado una idea muy cabal de lo que debéis ser, y quiera el Señor concederme la alegría de poderlo ver cumplido en su integridad. Desagradan mucho las personas ratoneras. Nuestra criba no tenga agujeros por donde puedan pasar las ratonerías. La persona ratonera rebájase mucho en su virtud; mordisquea y todo lo encuentra mal. Alguna vez, por equivocación, lo encuentra bien. Estas tales son paladares a disgusto, difíciles de entender y de tratar. Sólo muestran alegría y conformidad cuando se les da lo que quieren, y ha de ser cosa muy perfecta para que no le encuentren peros. ¿Ese sermón? Muy bien, pero un poco largo. ¿Ese sermón? Admirablemente, pero un poco corto. ¿Ese sermón? Sí, pero levantaba poco la voz. Todo menos lo sustancial, es decir: sí que me ha clavado bien la puntilla, sí que me ha retratado de cuerpo entero. No me extraña que los sacerdotes se descorazonen a veces.... Esa platiquita por un oído me entra y por otro me sale.

Y he aquí que, aunque es muy necesaria y muy buena la instrucción, porque hay que saber las cosas de Dios, y con claridad de ideas, podemos pecar por un exceso de instrucción, cuando por ser excesiva, no se asimila, se desperdicia. –Padre, díganos alguna cosa. –¿Más todavía? Si tienen Vds, suficiente para robustecerse durante un año. –Padre, ¿nos hace una plática? –Pues si con lo que se les ha dicho pueden llevar bien repleta la maleta y sostenerse en plena lucha mucho tiempo.

Recordad la mucha prudencia con que necesitáis conduciros. ¿Por qué, diremos, se nos viene con esos cuentos e historias, noticias, asuntos, relatos de cosas..., de personas, para abocarnos en una triste pérdida de tiempo, rematando en murmuración y pérdida de la paz interior? Hay quien se goza de meterse en todos los fregados.

En nuestro paso por el camino del mundo, tomemos lo que nos conviene, dejemos lo demás. El que siente avidez de aprovechar el tiempo, posee muy hermosa disposición para no ser entrometido, va a la caza del minuto. En cuanto atañe a personas extrañas, no olvidemos llevar bien puesto el ropaje de la caridad, la cual procura hacer resaltar las buenas condiciones de aquéllos, entre los defectos de que adolecen. Y si se trata de personas consagradas al Señor, seamos siempre discretísimos en lo que hablemos, en el modo, y con quién.

La prudencia oye, escucha, calla y, luego, habla, aprovechando la lección para aumentar su experiencia y saber conducirse en llegada la ocasión.

Si se trata de vosotras, qué solicitud habéis de tener en este punto. No toca a vosotras juzgaros unas a otras, sino ser juzgadas por quien tenga a su cargo el juzgaros. Vuestro juicio particular cállese, y por cari-

dad dígase lo que se deba, cuando haya motivo para ello. Aparezca aquí la caridad vivida.

Si se trata de superiores, con más delicadeza todavía os habéis de conducir. Acatad las disposiciones, sin crítica ni murmuración: obedeced. Y si tales disposiciones llegasen a ser no del todo conformes con lo preceptuado, con el espíritu y la forma de la Obra, entonces, sabed que el camino a seguir no es levantar polvareda, sino acudir a quien se deba, con obligación de conciencia, para que se ponga el remedio y se impida el mal que se pudiera producir. Y ningún lugar se da para desobedecer a las Constituciones, Reglas,* Estatutos, porque ellas están por encima del superior, quien, con sus súbditos que gobierna, debe acatarlos y hacerlos cumplir.

Las santas Reglas son voz de Dios. Quien perteneciendo a un Instituto tuviese espíritu de disconformidad y se resistiese a acatar sus Reglas, debería juzgarse prácticamente fuera del tal Instituto, porque no tendría su espíritu, y el espíritu de una Obra se dibuja en estas líneas o perfiles que están estampadas en sus Estatutos o Constituciones. ¿Qué a tal persona no le encajan? Es que no tiene vocación para este género de vida. Es necesario acatarlas, conservarlas con cariño en el corazón y conformar la vida según ellas. Los Estatutos señalan un modo de vivir, un modo de santificarse, y en el apostolado, un modo de trabajar. Por eso imprimen a sus miembros ese algo personal propio.

Gustad de ser tan enteras, tan serias y tan verdaderas en vuestras cosas que no encuadréis en un estado, en una Obra, en un algo donde no podáis encajar. Sea vuestro espíritu acomodable a los rasgos y caracterísi-

* V. nota pág. 139.

cas de la Obra, demostrando así tener aptitud de vocación, la cual en su modo y acción encaja en la realidad actual. De esta cruda realidad, con su necesidad imponente de apostolado, tomasteis vuestro punto de partida para ser hoy lo que sois, por la vocación.

El buen capitán vigila la marcha del barco y otea los puntos peligrosos por donde éste ha de pasar. Sois cosa nueva, y en mucho os perjudicaría la introducción de ciertos defectos que tienden a desunir.

Preceda, pues, a vuestras palabras la debida reflexión, evitando con ello muchos desaciertos en aquéllas, con sus consecuencias de malquerencias y desunión. Esto contribuirá mucho a que se conserve siempre en vosotras el espíritu de unión y compenetración. Con caridad haced frente a las murmuraciones que rompen el vínculo de la paz y aflojan, cuando no destruyen, los lazos de unión.

En el orden espiritual lo tenéis todo completo. En el orden apostólico, vuestro campo es enorme. ¿Que hoy no se puede realizar todo? Ya se hará a medida que se pueda. Que si a uno le dan en herencia una gran extensión de terreno, todo para cultivar, pero no cuenta con las manos precisas ni con el dinero necesario, esperará el día en que pueda, con su trabajo, abarcar toda la extensión del cultivo.

De aquí que precisa añadir al número, la calidad. No basta ser una joven buena; buscamos la calidad. Al número de voces conviene unir la calidad de éstas.

Nuestro Instituto empieza a entrar en una nueva fase y, a medida que el tiempo se suceda, irá pasando por nuevas fases. Quiero que no os quedéis como viejas rezagadas, y que venga a cumplirse lo del Evangelio: que los últimos serán los primeros. No hay que envejecer; antes bien rejuvenecerse, y esto por exigencia de vuestro mejoramiento, por la mayor utilidad que

rindáis y, últimamente, por el bien enorme que en extensión e intensidad podréis dar al mundo. Empujaos, pues, puestas vuestras miradas y trabajos en el Señor. Espíritu de Obrera, bien asimilado y vivido, bastará para que todo marche viento en popa.

Conservad en vuestro recuerdo estas enseñanzas prácticas, aplicación medicinal de cuyo contenido no perdáis gota alguna, para, si llegase el caso necesario, tomarla al instante.

CAPÍTULO XIX

Sobre la confesión

NORMAS prácticas sobre el sacramento de la confesión; el modo de hacer el examen, materia de la confesión, modo de exponerla y tiempo en que debe hacerse.

Las personas seglares como religiosas deben prepararse con el debido examen, no obstante se hallen en estado de gracia, porque aunque el pecado venial no es materia obligada de confesión, es menester combatirlo, juntamente con cualquier peligro que pudiese inducir a pecado, como también a ciertos descuidos en el cumplimiento de los deberes o en el perfeccionamiento. ¿Modo de hacer el examen? Puede hacerse siguiendo los mandamientos de la Ley de Dios, de la Santa Madre Iglesia y las virtudes o vicios opuestos, salvada la materia grave, con más o menos detalle, según la clase de almas.

Se tropezará con personas que apenas sepan hacer examen, por su estado de ignorancia, o que lo hagan deficientemente, por hábito de rutina; se estancan en las mismas caídas y en la visión de las mismas cosas,

como en callejón sin salida; fácilmente se hacen rutinarias, no penetran o no se esfuerzan por penetrar más. Viven tranquilas, dicen que aman a Dios, pero si supieran que un hijo o hija pensara marcharse religioso, antes quisieran verle muerto o romperle una pierna.

Personas piadosas. Modo de hacer el examen: No encuentran casi nada; más vale así, después de ese modo de examinarse. Y Vd., ¿qué? ¿Emplea el tiempo bien? ¿Trabaja? Oh, así, así, me gusta mucho charlar. Hablar de Dios es cosa santa, pero sin dejar de cumplir nuestras obligaciones, en silencio. Tiempo perdido, enemigo que acusa. Bueno es dar buenos consejos, pero mejor dar buen ejemplo. Necesario tener un plan de vida, pero más el cumplirlo; de su incumplimiento procede el desorden, en lo espiritual y en lo material. No descubre en su examen de conciencia el que se entretiene buscando cosillas, y levanta la mano en lo que es de relativa importancia.

El buen examen habrá de comprender mandamientos, obligaciones para con Dios, para con el prójimo y nosotros mismos. Vida espiritual, defectos, conducta, carácter, uso de los sentidos, buen ejemplo, desedificación, faltas contra las virtudes..., obligaciones particulares como tal... Pararse en pelillos, nimiedades, como el padecer sueño en la oración, combatiéndolo, y no reparar en el mal ejemplo por incumplimiento y descuido, equivale a rechazar la sombra del mosquito y tragarse el camello.

De no hacer el examen de una manera eficaz, se corre el peligro de ver siempre lo mismo y ser la confesión como un autorretrato inmutable. ¿Es que una persona puede ser tan inmutable que no varíe ni en una coma? ¿Será un alma tan uniforme que su vivir no admita aumento ni disminución? Evitemos toda

deficiencia en el modo de hacer el examen de conciencia.

La materia obligada es el pecado mortal; la materia libre, el pecado venial o los pecados ya perdonados, sean veniales, sean mortales. Si no hay materia grave, póngase la venial. Si tampoco la hubiera, póngase como materia segura, pecados de la vida pasada.

Para que haya pecado, incluso venial, se requiere voluntariedad. Acaso no queremos los pecados veniales en sí, pero los queremos en su causa. ¿Llegó tarde? En sí no lo quería, pero se entretuvo voluntariamente en tal y tal, sabiendo que por ello llegaba tarde. No lo queremos expresamente, pero lo queremos en la causa que lo produce y que debemos evitar. En estando de sobremesa, dirán unas mujeres, caemos siempre en la murmuración; es de cosas pequeñas, pero, o se evita la murmuración, o se suprime la sobremesa, causa ocasional del pecado. Mejor será en este caso suprimir la sobremesa, aprovechando mejor el tiempo; quitar lo que sobra de la mesa.

Tengamos ojo clínico para apreciar en su amplitud el contenido de la vida espiritual, pero no olvidemos que en este mundo, entre tantos vivientes, hay topos. Al hacer el examen acusémonos y no acusemos a los demás; conozcamos ante todo nuestros defectos, cuya corrección se impone, aunque algunos no sean pecado en sí, pero nos llenan de imperfecciones, las cuales sombrean el brillo de lo espiritual. Si en todo buscamos a Dios, buscaremos la perfección, hasta en el pisar de un ladrillo. El que todo lo pasa por el tamiz de la perfección, fácilmente advierte lo imperfecto. La inadvertencia de lo imperfecto se debe o a ignorancia, o a falta de mirada penetrante de perfección en las cosas.

En cuanto al tiempo de la confesión, procúrese hacerla con frecuencia. Si no puede ser con el confesor

ordinario, hágase con cualquier otro. Esta es la mente de la Iglesia. La Iglesia exige como condición confesar a lo menos dos veces al mes para poder ganar las indulgencias plenarias que ordinariamente concede, salvo otras condiciones especiales que se exijan.

Confesión sencilla, breve, sin líos, propia de almas bien formadas. Nada quede en el saco, que no se deba quedar. Que la confesión acerque vuestro corazón a Dios nuestro Señor; quite la escoria de vuestros defectos y miserias. Que vuestro corazón tan sincero, tan verdad ante Dios, hermoseado por el sacramento de la penitencia, sea límpido cristal donde se transparente la hermosura de la divina gracia.

CAPÍTULO XX

La virtud de la justicia

La justicia sobrenatural es una virtud nobilísima que nos hace imitar la justicia divina. Procede esta virtud de Dios, como principio de toda justicia. Por esta su justicia, Dios da a cada cosa: alma, pueblo, familia, nación..., lo que merece. Esta justicia de Dios no admite acepción de personas, no se deja llevar por simpatía o repugnancia, como nosotros, frágiles, lo podemos hacer, y así, san Pablo repite varias veces, en sus cartas, este pensamiento: "En Dios no hay acepción de personas". [25] Es decir, que por mucho que Dios quiera a la criatura, no por eso dejará de administrarle su justicia. El querer de predilección de Dios no mengua su justicia divina; da siempre a cada cual según su merecido.

Por esa justicia, Dios ampara a los débiles, porque se siente Padre de ellos, y tal vemos en la conducta que el Señor observa. Por ella, Dios trata paternalmente a

---

[25] Cf Rom 2, 11; Ef 6, 9; Col 3, 25.

los desgraciados. Desgraciado es un pecador... Y por esta justicia, Dios premia nuestros servicios, aunque sean pequeñísimos. De manera que, no hay un acto insignificante en nosotros hecho por el amor a Dios, que no reciba de su divina justicia el premio.

Figuraos un alma cuya vida sobrenaturalizada se vaya manifestando aún en cosas pequeñas, ofrecidas a Dios, pero continuas. Qué cantidad de méritos contrae ante la divina justicia. Qué consolador es esto. Sólo por sobrenaturalización de nuestra vida, por la cual nuestros actos adquieren un valor sobrenatural, vienen a constituir una fuente copiosísima de méritos, y, por tanto, de premio que Dios nos ha de otorgar, y que a veces nos otorga con la comunicación de sus gracias. Y es el Señor tan agradecido, que su justicia no dejará de premiar hasta una palabra dicha por su nombre, una mirada de nuestros ojos hacia él. Esto nos da muchísimo consuelo y un grande aliento para no afligirnos en nuestras contrariedades o fracasos que podamos experimentar. La justicia divina nos dará lo que merezcamos, ni más ni menos. Es consolador también para el alma apostólica. Aquí se funda aquello de tanto he trabajado, tanto he de cobrar. La justicia de Dios no nos puede fallar. No nos dará a tanto producido, sino a tanto trabajado y al modo cómo lo hicimos según nuestra intención.

Si, pues, esta virtud en nosotros es la participación de la divina justicia mediante la imitación que hacemos de ella, empecemos por aplicarla a nosotros, prácticamente, viviéndola. Por ella daremos a cada cosa, a cada persona, a cada acto, lo que merece; ni más ni menos. Por ella no temeremos ni a grandezas, ni amenazas, ni a cosa alguna, porque el escudo de la justicia es la verdad. Llegará el momento y nos haremos justicia. Eso es blanco, pues blanco. Es que temo

que me va a acarrear... La justicia da valor. Es el caso hermosísimo de un hijo a quien su mismo padre le hizo ser testigo de un asunto que llevaba el propio padre, y le pregunta: ¿Esto es como dice su padre? Y responde el hijo ante el juez: No, eso no es verdad. No teme ni el disgusto, ni las consecuencias. Cuando las virtudes están en un alma, a ésta la vemos tan perfecta, tan completa en todas sus partes... Por la virtud de la justicia, al tratar nosotros a las personas, las situaremos donde las debamos situar, sin acepción personalista. Y esto, aplicado a nuestro trato, es importantísimo. Lo que suele ocurrir es que nosotros somos tan frágiles que, llevados del orgullo, nos creemos merecer siempre más. El que practica la virtud de la justicia, pasa, cuando es necesario, por encima de las apreciaciones de los demás.

Esta virtud de la justicia trae consigo, como amiga íntima, la virtud de la religión, que consiste en conocer a Dios como Ser supremo, creador nuestro, como dueño absoluto de nosotros y de todas las cosas, y consiguientemente, de nuestra obligación de reverenciarle y adorarle. Por la virtud de la religión reconocemos la supremacía o poder absoluto que Dios tiene sobre sus criaturas. De justicia es reconocerle como dueño absoluto, darle supremo culto y acatar su voluntad, sus planes, sus permisiones.

Tenemos también deudas con Dios, no sólo porque somos criaturas hechas por él, sino porque somos rescatados del cautiverio de nuestros pecados, sacados del atolladero de nuestra perdición. De aquí que la justicia se una a la expiación. Expiar es reparar el mal hecho, por la penitencia. La penitencia pertenece a la virtud de la justicia sobrenatural. No es lo mismo la penitencia que la mortificación; las confunden. La penitencia es la expiación o reparación que se hace por

los pecados que uno ha cometido o que otros han cometido. Por la penitencia se paga la deuda contraída por los pecados, se satisface por la ofensa hecha. Por tanto, la práctica de la penitencia es de justicia, en la medida en que uno haya ofendido a Dios, o que los hombres le ofenden. Los daños cometidos se han de reparar, y el medio de reparación es la penitencia. La virtud de la justicia hace penitentes. Por eso decía el Señor: "Si no hacéis penitencia, pereceréis". [26]

Es además exigencia de la virtud de la justicia el que saldemos nuestras deudas contraídas con la Virgen, los ángeles, los bienaventurados, y a ellos hemos de dar culto y veneración por la justicia, porque nos han ganado con sus súplicas y nos ganan muchísimas gracias. Tiene por compañera a la gratitud. Las almas que practican la virtud de la justicia son agradecidas. Santa Teresa decía de ella que se la ganaba con darle una sardina. Es decir, esas almas de Dios son tan justas que se derraman en gratitud, al instante, ante el beneficio recibido. ¿Qué diremos de una persona muy virtuosa, al parecer, pero que no es agradecida, creyendo que siempre merece más? Que no es justa. Qué desventura la de las siempre insatisfechas. ¿Qué esperan que se les haga? ¿Cómo no agradeceremos el bien que se nos haga, sin haber derecho por nuestra parte? Si somos justos seremos agradecidos. Nos cuesta ser imparciales y justos. El amor propio nos ciega.

No echemos en olvido nuestros deberes para con la Santísima Virgen. Su título de Madre. Cómo de ahí surge para con ella nuestro amor y confianza... Contacto con la Virgen, lleno de la mejor compenetración filial. Asimismo, para con los ángeles, por el servicio

[26] Cf Lc 13, 5.

que nos prestan; a los bienaventurados, nuestros hermanos en el Cielo, que ruegan por nosotros.

Deudas también tenemos con las personas militantes en este mundo. Las hay, unas superiores, otras iguales y otras inferiores. Por la virtud de la justicia, a las personas superiores habremos de dar lo que ellas merecen. Como son superiores y tienen mando, habrá que darles lo que el mando merece, que es obediencia. La virtud de la justicia nos hará obedientes. Obedecer a la autoridad legítimamente constituida y mandando ésta, desde luego, según la voluntad de Dios, de quien viene toda autoridad. Por justicia hay que obedecer; y al mismo tiempo, como los superiores están revestidos de una dignidad, merecen nuestro respeto. Tal es el encadenamiento de nuestra vida humana: superiores y súbditos; mando y obediencia; dignidad y mutuo respeto, todo ello mirando a Dios por encima de la criatura.

Para con superiores o mayores: es falta contra la virtud de la justicia el no prestar obediencia a las personas constituidas en autoridad, el no darles el trato y respeto debidos... Se ignora en muchos casos el contenido de las virtudes morales.

Para con nuestros iguales: exige esta virtud que demos un trato que no les perjudique en la fama, ni en la honra, ni en los bienes; por tanto, aquel que daña a un igual, falta a la virtud de la justicia.

Para con nuestros inferiores: ¿A qué nos obliga esta virtud? ¿Cómo hay que practicarla? Pues, ¿qué merece el inferior? Según muchos, el inferior está abajo para ser juguete de la voluntad de los de arriba. ¿Qué es una criada? Para la señora, ni más ni menos que una esclava que a nada tiene derecho. ¿Es inferior? Su suerte... la de una pelota: puntapiés por todas partes.

De modo que, la virtud de la justicia mal entendida, parece que al superior le dé amplias facultades para que atropelle al inferior. Y es muy al contrario. Por la virtud de la justicia sobrenatural, el que está arriba contrae la obligación de sacrificarse y de servir al inferior. El cura en una parroquia, por la virtud de la justicia sobrenatural, está obligado a servir, a sacrificarse por sus súbditos, a hacer efectivos los derechos de sus inferiores, porque ha sido constituido en autoridad, no con el fin de que haga lo que le plazca y disponga a su arbitrio de los derechos de sus súbditos, sino para procurar el bien de ellos. Lo que hizo Cristo por nosotros: inmolarse. Por esto, los cargos llevan siempre mucha responsabilidad. No es aquello de decir: mando y ordeno, sino cómo se manda y cómo se ordena. Mando que hoy se cocine tal cosa. A los inferiores no les gusta, pero al superior, sí. El superior ordena al súbdito que haga tal cosa... porque le gusta, aunque no convenga o no deba hacerse.

De ahí que los cargos, con su responsabilidad, no son nunca de apetecer, cuando se quieren ejercer dentro de la perfecta virtud, porque es un darse por completo en bien de los súbditos, es ser criado de todos.

La obediencia y mortificación tienen un límite: el que impone el bien de los súbditos, para procurar el cual se le dio la autoridad al superior. Esto es: mandar y... servir. Acaso no le guste, pero debe sacrificarse por el bien de los demás. Por eso, el que representa una autoridad ármese bien de sacrificio, porque ha de atender al gusto de todos, sacrificando el suyo.

Encariñaos con esta virtud. Sed muy justas sobrenaturalmente, muy verdaderas en las cosas, que habéis de hacer muy bien, y tendréis que arrepentiros de poco. Mirando a Dios sed justas, y no olvidéis que todo es de él; dadle culto. Y mirando a los pecados del

mundo, nuestra expiación, reparación y penitencia. Si al cielo dirigimos nuestra mirada contemplando a la Virgen y a los santos, produzca esto siempre aumento de amor y veneración hacia ellos. A nuestros semejantes, si son superiores, según su dignidad, demos siempre el respeto y la obediencia que se les deba, pues representan a Dios. Esto es una imitación de la justicia de Dios. ¿Cómo tratan los hijos a los padres? ¿Los inferiores a muchos superiores? Olvidan los deberes que les impone la virtud de la justicia.

Para nuestros iguales tengamos vínculo de caridad, afabilidad en el trato, amabilidad con ellos; respetemos sus derechos, y esto con afabilidad, como Cristo lo hizo con nosotros. Con qué afabilidad los trató Jesús, incluso a los pecadores. Tan justo y qué fácil es para perdonar. Porque Jesús, por su justicia, da al pecador lo que merece, y como el pecador clama a él, esa oración, esa elevación de sus ojos suplicantes, merecen el perdón y él lo perdona.

Para los inferiores, vínculo de obligación con ellos, por tanto, de nuestro sacrificio en su favor. Hemos de cuidar de ellos. Abnegación de nuestros gustos, respetando los suyos. Recordemos estas palabras de san Pablo: "Soportaos como Cristo os ha soportado, para la gloria de su Padre". Cristo no buscó agradarse, sino agradarnos a nosotros.

Los de abajo observen respeto y obediencia; los de arriba, abnegación, sacrificio e inmolación por los de abajo, y todo mirando a Dios nuestro Señor, a quien ofrezcamos todo lo que somos, porque todo es suyo, ofreciéndole nuestro culto supremo de latría, que es el culto de adoración.

CAPÍTULO XXI

Dirección espiritual

DICE el Eclesiástico: "La palabra dulce multiplica los amigos". [27] "Hay amigos de los cuales unos nos dejan en el momento de la prueba o la tribulación, otros se convierten en enemigos". "Hay amigo que sólo lo es cuando le tiene cuenta y no persevera tal en el tiempo de la tribulación. Y amigo hay que se trueca en enemigo... Hay también algún amigo, compañero en la mesa, el cual en el día de la necesidad ya no se dejará ver". [28] Y acerca de nuestra amistad dice: "Vive en amistad con muchos; pero toma a uno entre mil para consejero tuyo". [29]

Una cosa es, pues, la amistad que nos ata mediante el trato, a las personas, y otra es el que, dejándonos llevar de esa amistad, las tomemos por "consejeros", porque hay amistades interesadas que, en el fondo, suelen ocultar mucha envidia. La persona de la cual

[27] Cf Ecl 6, 5.
[28] Cf Ecl 6, 8-10.
[29] Cf Ecl 6, 5.

hemos de recibir consejo, sea tal que pueda y quiera de verdad, de corazón, proporcionarnos el medio que en el momento requerido nosotros necesitamos, y para lo cual pedimos consejo.

Y en el libro del Eclesiastés hallamos estas palabras que nos son de gran interés: "Mejor es vivir dos juntos que uno solo; porque es ventajoso el estar en compañía. Si uno va a caer, el otro le sostiene. Pero, ¡ay del hombre que está solo!, pues si cae, no tiene quien le levante. Y si alguien acometiere contra el uno de los dos, ambos le resisten. Una cuerda de tres dobleces difícilmente se rompe". [30] Toda alma, por tanto, necesita un consejero leal, sincero, que le aconseje aquello que, como médico, a él mismo se recetaría, si estuviese en el mismo caso.

El consejero del alma es el director espiritual. Ay de aquellas almas que van solas, sin dirección espiritual, sin brújula, a oscuras, a merced de cualquiera o de sus propias pasiones, porque si cayere, no tendrá quien le levante. Estas palabras del Espíritu Santo se cumplen. Se da el caso siguiente: cuando una joven no conoce la vida espiritual, pero siente deseos de ser buena; o si la conoce y practica la devoción o la piedad a su modo, sin dirección espiritual, esta alma, si Dios no la guía, adelantará poco o nada; no obstante, se mantendrá en una buena disposición, como quien desea comer y no sabe dónde está la comida, pero dentro de él siempre perdura el deseo de hallarla.

El caso triste es cuando un alma, después de haber encontrado ese consejero espiritual, por culpa suya lo pierde, y al perder esa luz de orientación, sus pasos se van tambaleando, hasta que por fin se produce la

[30] Cf Ecl 4, 9-10, 12.

caída en el pecado, o en la dejadez espiritual, en el abandono de las prácticas de piedad; por tanto, a medida que se produce el alejamiento de Dios, se aumenta la atracción de lo terreno en lugar de la atracción de la virtud. Esta alma, que tiempo antes marchaba bastante rápida en la vida espiritual, comienza el retroceso, acabando por sentirse aficionada a los deseos y apetitos de cosas de la tierra. Este retroceso hace perder la vida de Dios. El gusto de las cosas espirituales que antes sentía, ha disminuido en la proporción en que se ha alejado de ese foco de luz que el consejero lanzaba sobre su conciencia, guiando sus pasos y animando su vida.

Esto puede producirse, o porque un alma deje de acudir a tomar el consejo debido casi por completo, o lo disminuya notablemente, o porque, aun cuando lo tome, no lo toma bien, porque esa alma no se abre con la debida franqueza, tiene repliegues que oculta, por lo que no halla la solución perfecta para desarrollar su vida espiritual. El demonio procura promover grandes luchas en las conciencias de las almas, porque sabe que un alma bajo la dirección de un consejo espiritual acertado irá de progreso en progreso, se mantendrá firme en su andar hacia Dios.

Todas aquellas almas que, desconociendo la dirección espiritual, quedan con esa hambre de Dios, no cesan de progresar a su modo; mas todas aquellas que habiendo gustado las cosas de Dios, y recibido salud, no han sabido aprovechar esta gracia, van hacia atrás, y si no dan de nuevo con la luz de un buen guía que las oriente, corren gran peligro de perderse, porque en ellas se cumple el adagio de que la corrupción de lo mejor, luego es lo peor.

La que es buena y fiel progresa siempre; la que fue pecadora, en tornando de veras a Dios, se empuja para ser muy buena: el caso de las grandes conversiones.

Lo dicho sírvaos para vuestro gobierno y para el gobierno de las almas que habréis de tratar. Para vosotras, con el fin de que en vuestra dirección permanezcáis firmes, y no será ésta más firme porque sea más frecuente, ya que la dirección no es confesión. Vuestra formación será más firme cuanto los puntos de la dirección sean más acertados, convenientes y sin cumplidos, pues, a veces, al médico le basta recetar un medicamento y en largo tiempo no cambia la medicina, porque es la que necesita la enfermedad para ser curada.

Normas, por tanto, a seguir por el alma:

Primera. Una humilde sujeción, es decir, renuncia de la propia voluntad. Humilde, esto es, sin réplicas, sin excusas. Te han dicho que eso no es pecado, basta. Te han dicho que eso está mal hecho..., y a callar. Sujeción humilde; de lo contrario, ocurriría que el alma dirigida se convertiría en director.

Segunda. La completa exposición del interior, es decir, que no se oculte nada por miedo, por cierto respeto propio humano, sino que diga aquello que el alma necesita para descansar, no detalles impertinentes que no aprovechan para el caso: filial y confiada. Cualquier ocultamiento de esta índole puede producir grandes desastres en el alma, y esto, aun tratándose de cosas pequeñas, porque pueden ser mal interpretadas y, como fruto de esta mala interpretación, producirse determinaciones que puedan perjudicar al alma.

Andad siempre apoyadas en la verdad del consejero espiritual, para tener la seguridad de que cada paso que dais, lo dais en firme; y si en pequeño hoyo caéis, nunca sea por imprevisión ni culpabilidad vuestra.

Si buscamos el porqué del retroceso de muchas almas, lo encontraremos en el alejamiento del punto de apoyo. El alma no tiene fuerzas suficientes para batallar por sí sola; empieza a debilitarse, y es como el

árbol que no chupa del alimento que necesita, quedando con gran desventaja.

Como apoyo de vuestra orientación necesaria, habéis de considerar dos cosas que son supletorias de la dirección espiritual: vuestro boletín y vuestro diario personal.* El boletín es como lámpara encendida que va dejando caer los destellos de la luz de la Obra en puntos de formación; el boletín va marcando todos aquellos extremos que han de contribuir, en su práctica, a vuestra formación en el espíritu verdadero de Cristo.

La dirección espiritual ha de ir dirigida hacia los puntos contenidos en el boletín. Él es como el despertador que os recuerda la oración, la mortificación, la presencia de Dios, la práctica de todas las virtudes: espíritu de pobreza, de humildad, de vuestro encentramiento de Dios mediante una rectitud de conciencia, de vuestra vida apostólica. Y esto, bien hecho.

Vuestro diario personal, por lo menos, guarde aquellas cosas que de momento no podéis consultar, esperando la ocasión de poderlo hacer. Asimismo, anotaréis en el diario alguna luz especial que Dios nuestro Señor se digne concederos en la oración o durante el día.

Vuestra dirección espiritual ha de ser tan segura que, para que no tenga fallo, procuréis cumplir estos dos suplementos: acogeos al espíritu de Cristo y a vuestro diario, en el cual hallaréis la solución que se os haya dado en semejantes casos. Esforzaos para adquirir vuestra autoformación; no seáis de las que van siempre arrastradas. Si conseguís esta formación propia, evitaréis muchas veces el tener que ir comunicando vuestro interior de aquí para allá.

---

* La alusión al boletín y diario espiritual, se refiere al uso de estos medios en los primeros tiempos de la Obra, hoy en desuso.

Evitad la costumbre de manifestar el interior por un motivo tonto, más de capricho que de necesidad.

Tercera. Evitar el buscar ciertas expansiones interiores, lo que acusa con frecuencia poca mortificación y discreción. Las expansiones interiores, ante el crucifijo, y a solas. Si se trata de expansiones interiores que se hacen para recibir ciertos consuelos, puede en algunos casos convenir para que el alma reaccione; pero si ésta es de buen temple, no necesitará de ello, ni dará motivo para que se le conozca. Ocurre a algunas lo que al niño que está jugando y se da un golpecito y corre, llorando, a su madre. ¿Qué te has hecho?... Pues..., si no tienes nada. Sí, me he hecho algo –porfía el niño–. Quien tiene una pequeña contrariedad y busca en seguida el consuelo, acusa debilidad de espíritu. Cuando el alma lo necesite, búsquelo, pues para eso puso Dios a las criaturas. Entended que al hablar así, quiero solamente atajar defectos.

Y otro defecto que hay que evitar es el que se refiere a las comunicaciones de las conciencias o las cosas interiores, aunque sean muy buenas. Cada cual cálleselas y manifiéstelas a quien deba, que si el Señor quiere que lo sepan los demás, ya se valdrá de sus trazas divinas para ello. El alma debe ser cerrada en sus alegrías y dulzuras interiores, para, a solas, gozarlas con Dios. Al exteriorizarlas, podría hacer daño a otras pobrecitas que están peleando con la sequedad. Dios quiere que esas manifestaciones solamente se hagan en el momento oportuno, pues "tiene cada cosa su tiempo y sazón". [31] Para esto tenemos un crucifijo y un sagrario, y en ellos es donde el corazón podrá volcarse por entero.

La mucha prudencia nos indicará qué cosas podemos decir y qué cosas debemos callar.

---

[31] Cf Ecl 8, 6.

CAPÍTULO XXII

Amor propio

La mortificación y el amor a Cristo se ayudan y se completan en la labor de la santificación del alma. Pero hay un amor que es enemigo de la mortificación y, por tanto, contra él ha de ir dirigida la espada de nuestra mortificación: el amor propio. No es éste ala para volar, sino cortante cuchillo para destrozar las almas. Cual mala hierba, aprieta y ahoga los nobles deseos del alma. A la manera que la hiedra enroscada en el árbol le aprieta y es impedimento a su desarrollo, así el amor propio deprime la voluntad en su expansión hacia Dios, y la tuerce con el peso del orgullo y de afectos pecaminosos, apartándola de la práctica de la mortificación.

Precisa tomar como principal fundamento de nuestra formación el "véncete a ti mismo". Venced vuestro amor propio, vuestra propia voluntad; tened en tanta estima la práctica del propio vencimiento, que lleguéis a entender cómo en un acto de esta clase de mortificación puede haber más mérito que en muchas horas de oración llenas de consolaciones. Y con ser tanta la im-

portancia del propio vencimiento, descuídase mucho su práctica, por lo que se puede decir que, de cien personas de oración, noventa de ellas se dejan gobernar por su amor propio.

¿Qué es, pues, el amor propio? Es el amor que nos tenemos a nosotros mismos de una manera desordenada, o de una manera lícita, pero poco generosa.

Amor propio desordenado es el que lleva en sí el pecado. Amor propio desordenado es el que lleva en sí el defecto consentido. Amor propio lícito, pero poco generoso, es el que niega al amor de Dios el sacrificio voluntario de sí mismo, porque, pudiendo nosotros sacrificar nuestra propia voluntad acerca de una cosa, con el único motivo de satisfacer el amor de Cristo, no lo hacemos.

En cuanto al pecado, es oficio del amor propio buscar con desorden el placer y la propia satisfacción de las pasiones. El avaricioso se ama tan desordenadamente que ya no sólo busca bienes terrenos para conservar la vida, mas no tiene medida en acumular tales bienes.

En lo que respecta a los defectos, no es menos principal la acción del amor propio desordenado. ¿De dónde, sino de él, brota, como de su raíz, la vanidad, tonta, huera, que infla y vacía de Dios a quien la padece? Quién se busca en las telas con que cubre su cuerpo; quién en el cargo que ostenta; unos en su porte y ciencia, otros en sus bienes y dignidades; quién en hacer siempre su voluntad; quién en llevar la contraria, aunque luego ceda; otros en su holganza, buscando la comodidad y placer de su yo.

Y, ¿qué diremos del amor propio ordenado, pero poco generoso para el Señor? Que se nos digan unas frases poco gratas, a las cuales podamos contestar con perfecto derecho, sin pecar y hasta sin imperfección;

de momento nuestra voluntad ha saltado, nuestro amor propio se ha resentido. Tendemos a buscar un desahogo en una contestación apropiada; mas nos hallamos ante el dilema: o callar por amor a Dios, renunciando a nuestro derecho de contestar, o satisfacer el amor propio de nuestra voluntad, que rehusa renunciar a su derecho de respuesta. Estamos ante el amor propio poco generoso. Sólo el látigo de la mortificación hará saltar la voluntad, para que, movida por amor a Dios, haga la oblación de su silencio, y ceda en la satisfacción de sí misma.

El amor propio va siempre en busca de nuestra propia persona, ordenada o desordenadamente. No le temáis, si es ordenado hacia Dios. Buscad entonces nuestro bien verdadero: tal es nuestra salvación, santificación. Y en este sentido, muy vivo lo debemos tener, porque es un despertador espiritual, ya que hemos de buscar nuestra propia vida con relación a Dios. Ni aun en las cosas buenas y lícitas nos paremos, sino mirando el agrado de Dios.

El amor propio desordenado es el enemigo más difícil de matar, porque se esconde en lo íntimo de la voluntad y el corazón. Quien matara este su amor propio habría alcanzado principalísima victoria.

Señales de este amor propio: dejarse llevar de la aversión, antipatía, afectos peligrosos; preciarse de si mismo, buscar alabanzas, huir de los desprecios, entristecerse sin resignación en las contrariedades que, a manera de un golpe, hieren la voluntad; mal humor e intranquilidad ante el trato que se juzga indebido; demostrar la contrariedad por causa de no obtener el oficio, lugar o destino que uno cree merecer; deseos de predominar; rehuir las ocasiones de humillarse o de ser humillado. Cuántas rendijas hay por donde se puede asomar nuestro amor propio.

¿Por ventura significamos con lo dicho que hemos de anular nuestra vida, de manera que no podamos hablar, ni dar nuestras explicaciones? No; hagámoslo cuando precise y la prudencia indique convenir. A veces, se vencerá el amor propio haciéndonos violencia para decir las cosas, o dar nuestras explicaciones, o ponernos en el plan de nuestra autoridad y de deber. Acontece que el amor propio se reviste de la capa de humildad, dejando de cumplir el sagrado deber. Con frecuencia mortifícase nuestra voluntad, cuando ésta se ve precisada a hacer frente a ciertas situaciones.

Combatamos, pues, el amor propio, cuando tienda a constituirnos como único centro y finalidad de nuestro obrar. Las personas atacadas de este mal, aunque sean de oración y practiquen mortificaciones corporales, corren, pero fuera del camino, y, por tanto, no pueden llegar a la perfección. Vosotras, corred dentro del camino de vuestra santificación, siguiendo esta sentencia del Kempis: "Tanto más adelantarás en la vida espiritual, cuanto más te vencieres a ti mismo". Y esta sentencia no es más que un eco de lo que dijo el Divino Maestro: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...". [32] ¿Tienes grandezas? Hazte pequeño. ¿Sabes mucho? Piensa que poco sabes. ¿Tienes la lengua muy suelta? Frénala. ¿Tienes tales gustos? Empieza a vencerlos, a sujetarlos. ¿Se te va el corazón por derroteros... hacia cosas o personas..., con peligro de tu fidelidad? Dale un fuerte tirón. ¿Sientes vanagloria? A empequeñecerte. ¿Quieres que todos hagan tu voluntad? Tú haz la voluntad de los demás; niégate a ti mismo... A ti. Y luego, sigue al Maestro.

Condición indispensable para seguir a Jesús: vencimiento, contradicción, negación propia.

---

[32] Cf Mt 16, 24.

Remedios que hay que emplear contra el amor propio: una mortificación diaria, como azada de buen filo, con la que cavemos muy hondo hasta arrancar la raíz viciada de ese yo. Con un aumento de amor a Dios, lleno de generosidad, se refina la práctica de nuestras mortificaciones, se aumenta la práctica de nuestra santificación. A la mucha oración, ha de responder la mucha mortificación. Alma repleta de amor divino, alma vacía del amor propio. Éste es tierra donde anida toda semilla de maleza. Y cuando esta tierra ocupa el cántaro de nuestro corazón, la mortificación es el instrumento que lo vacía.

Buscar nuestros defectos principales, que, unas veces, nacen del amor propio, y otras, lo alimentan. En conociéndolos, debemos aplicar las medicinas de las virtudes contrarias. ¿Que se destapa en ti el amor propio en un asomo de orgullo? Aplícate la medicina de la humildad, acepta humillaciones, abate tu querer hasta que hayas ahogado el grito de tu orgullo. ¿Es, acaso, la pereza? Toma la virtud de la diligencia, pues que sólo con la oración no se matan los defectos. La oración da fuerzas, imprime a la voluntad una fuerza motora, impulsadora, para que pueda ejecutar sus resoluciones: combatir los defectos, conquistar la virtud.

Por esto se necesitan dos cosas: la negación propia y la fuerza transformadora de la oración. Nos quiere el Señor por el camino de la perfección. Vuestra condición os impone el marcar vuestra vida con ese "véncete a ti mismo". Eres tú misma tu primera ganancia para Dios, tu primera conquista.

Conclusión: hemos de ser y formar almas de mortificación. Quiébranse presto algunas personas en su vida espiritual, por deficiencia en su formación ascética. Poco se puede esperar de una formación superficial, con unas cuantas cosillas, unas palabritas suaves,

pero sin un verdadero "niégate a ti mismo". Formaos y formad con recios martillazos; no tengáis miedo. A la persona que se os acerque, una vez ésta conozca las cosas de Dios, entrenadla en una honda negación propia, y pronto la veréis luchar contra sus vanidades, y alargar sus vestidos, y sujetar sus pasiones, y revestirse del espíritu de Cristo. No hay que decirles que el pan es blando, sino duro. Empiécese con la práctica de pequeñas mortificaciones, hasta que se despierte en ella el apetito de la mortificación. Y entonces, será ella misma quien pedirá el grado de mortificación que el Señor exige.

Troquel de mortificación es el pequeño vencerse, la continua inmolación del querer.

Hagamos nuestro este pensamiento: día sin mortificación, día perdido. Cómo desea Jesús que pongáis la sal de vuestra mortificación en todas vuestras obras y cuánto os asemejaréis a él por esta vía del vencimiento. Y si el amor propio se resiente, dadle nuevos golpes para que así se calle. No basta proponer, entusiasmarse. Sed resueltas. Entended, resolved y ejecutad.

CAPÍTULO XXIII

La mortificación

Dos alas con las que puede el alma elevarse hacia Dios: la mortificación y el amor a Dios. Vida espiritual sin mortificación, viene a ser como una comida sin sal. Para que nuestro vuelo espiritual sea completo y rápido, hay que fortalecer estas dos alas.

San Pablo escribe a los Gálatas: "La carne tiene deseos contrarios a los del espíritu; y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne: como que son cosas entre sí opuestas; por cuyo motivo no hacéis vosotros todo aquello que queréis". [33]

Aquí se experimenta el influjo de esa como doble ley: una tendencia hacia el mal y otra hacia el bien. Cuando nos dejamos enseñorear por los instintos sensuales, nos hacemos bestiales; cuando damos predominio al alma y el cuerpo le está sujeto, entonces nos hacemos celestiales. Para que el alma pueda vencer en esta lucha contra las malas tendencias del cuerpo, ne-

[33] Gal 5, 17.

cesita el empleo, aparte de otros medios, de la mortificación. Por eso san Pablo, que estaba enfermizo, muy gastado en su salud, no repara en dar castigo a su cuerpo cuando siente el estímulo de la carne, "ángel de Satanás", que le abofeteaba, que le humillaba. "Castigo mi cuerpo, dice, y le esclavizo". [34] Rogó al Señor por tres veces que le quitase este estímulo de la carne, y respondióle: "Te basta mi gracia". [35] Es que el Apóstol, no sólo había de reñir la batalla en el mundo contra los enemigos de Cristo, sino también contra sí mismo.

De este modo, mediante el empleo de la mortificación, vence el alma completamente al cuerpo, hasta hacerlo siervo y criado. Para consolarle y consolarnos de estos dolores y padecimientos con que se aflige al cuerpo, dice el Apóstol que este padecer es momentáneo y que nos prepara un gran premio. Y, ¿qué importa que el cuerpo se vaya desmoronando, si el espíritu, al contrario, se vivifica? Y así dice a los Corintios: "Aunque en nosotros el hombre exterior se vaya desmoronando, el interior se va renovando de día en día. Porque las aflicciones, tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria". [36]

Caridad mal entendida practican quienes son indulgentes con su cuerpo, en perjuicio y perdición del alma. ¿Qué caridad se tendrá aquel que, por ahorrar a su cuerpo un temporal padecer, prepárale un eterno sufrir? Y aún estos tales juzgan a las personas penitentes... de insensatas. ¿Dónde está la insensatez, en el que pierde... para en definitiva ganar, o en el que gana... para, a la postre, totalmente perder? Noso-

---

[34] Cf 1 Cor 9, 27.
[35] Cf 2 Cor 12, 9.
[36] Cf 2 Cor 4, 16-17.

tros..., los de Dios, porque somos más sensatos, somos menos indulgentes. No nos perdonamos aquí lo que tendríamos que pagar allá. En todos los santos hizo profunda huella la caricia dolorosa de la penitencia, hasta en aquellos que destacaron por la sencillez de su vida. Los santos, por ser santos, a vivo latigazo y dura represión sobre sus cuerpos vencieron en esta lucha. Ya el cuerpo reducido a servidumbre del alma, su señora, siguieron empuñando la penitencia, ahora movidos por la fuerza del amor de Dios.

He aquí dos alas para subir: mortificación y amor. Sube el amor a Dios, sube el nivel de la mortificación. San Juan de la Cruz dice que no hay que creer, aunque hagan milagros, a aquellas que se consideran indulgentes en las penitencias corporales, como cosa que no fuere necesaria. Aunque hemos de dar preponderancia a la mortificación interna, precisa reconocer la necesidad de la penitencia corporal. De ambas tenemos necesidad. La mortificación corporal hace el oficio de valla que cerca la finca, mientras la interior parécese al abono que fecunda el arbolado de la finca. La valla impide que se entre y se robe el fruto del arbolado. Es cerco que obstaculiza al enemigo, pasión desordenada, el que robe al alma el fruto espiritual que produce la mortificación interior.

Podemos asegurar: toda alma de verdadera mortificación interior, lo es también de mortificación exterior, por lo menos, de deseo. Pero hay almas que, aficionadas a la mortificación exterior, carecen, no obstante, de la debida mortificación interior, a pesar de que parezca más difícil aquélla que ésta, aunque de ordinario no sea así. Cuesta más, a veces, humillarse, que castigar el cuerpo; aguantar y callar, que flagelarse; castigar su cuerpo, que castigar su lengua. Mediante la mortificación interior domínase la voluntad, y

ésta se hace dueña de sí. Estas dos clases de mortificación se ayudan y completan. Créanse situaciones en el alma que, para ser resueltas con eficacia, precisa el empleo de la penitencia corporal. Ante la presencia de ciertas tentaciones y la tendencia o excitación morbosa de la pasión, es medicina indicada la dicha penitencia. Aplicada ésta, por la fuerza del dolor, empieza a decrecer el brío desordenado de la sensualidad.

Vista ya la eficacia de la penitencia corporal, como freno para sujetar el cuerpo, ¿qué otra finalidad puede tener? La de ayudarnos a imitar más a Cristo Redentor, la de ofrecerle por amor, por reparación de los propios y ajenos pecados, algunos padecimientos voluntarios. Además nos da la ventaja de asegurarnos, con su empleo, en nuestra vida espiritual, en medio del actual ambiente que transpira corrupción y hácese rara la sólida piedad. A cada paso nos rodean los peligros. Necesitamos cercarnos con la valla de la penitencia, para conservar el señorío y dominio santo de nuestra voluntad pegada a Cristo.

Por el mundo hemos de pasar como ángeles. La voluntad es el habla del alma a la cual Dios concedió el señorío sobre el cuerpo. A éste se le sujeta, se le humilla, se le reduce a su oficio de criado y de siervo. Nos es necesaria, pues, la penitencia, para nuestro progreso espiritual, chispa de dolor que enciende el fuego del amor a Dios. El amor a Dios se expansiona en el sufrir. La necesitáis por vuestra vocación, pues si la cruz es vuestro signo, dolor de cruz haya en vuestro cuerpo. Mas si el Señor permite obstáculos para la aplicación de la penitencia, resignaos y no os opongáis a las trazas divinas sobre vosotras. El mal no radica en que, contra vuestra voluntad, no la practiquéis, sino en que no quisierais practicarla. El Señor sólo pide buena voluntad.

En cuanto a la mortificación interior diremos que, siendo necesaria para todos, por todos puede ser practicada en cualquier lugar, oficio y situación. Para vivirla, ningún obstáculo se nos puede oponer: es callada, oculta; crucifixión especialmente de la voluntad y de los sentidos. En la totalidad de esta mortificación se encierra la totalidad de la virtud. Es maestra de humildad, prudencia, caridad, generosidad... Ella afina nuestra conducta, espiritualiza nuestra vida, da atractivo a nuestro ser y nos presta aptitud par ejercer nuestra misión. Por ella venceréis las pruebas a que el mundo os sujete, reprimiréis la palabra, no os holgaréis en las alabanzas, gobernaréis las pasiones, cortaréis la discusión, pondréis agrado en el trato y limaréis las asperezas que hieren. Santo pugilato para aventajaros mutuamente y llegar a abarcar las múltiples manifestaciones de esta mortificación. Y tanto más se la conoce cuanto más se ahonda en la vida espiritual.

Y a la luz de este conocimiento sorprendemos no ser mortificadas muchas personas que lo parecen, porque, pegadas a su propio querer, buscan satisfacerle, por lo cual ni aceptan, ni mucho menos, se adelantan para abrazar voluntariamente lo mortificante, a dar el tirón fuerte a los apegos de su voluntad. Muchos hablan de mortificación, la admiran, pero... pocos la practican de veras.

Puesto que lleváis la cruz, como distintivo, presentad ante el mundo su aplicación mortificante, envuelta entre callada sonrisa, para que sólo el Señor sea testigo de vuestra lucha y de vuestra victoria. Sólo él sepa vuestro batallar oculto, para que él sólo sepa cuán finamente le amáis.

ÍNDICE

		Pág.
	JUSTIFICACIÓN	7
	DEDICATORIA	9
	ABREVIATURAS	10
I.	Preparación	11
II.	Nuestro fin	15
III.	El pecado	25
IV.	Actuación del pecado y nuestra actuación para combatirlo	33
V.	Infierno	43
VI.	Zacarías e Isabel	51
VII.	La Encarnación	61
VIII.	Los Reyes Magos	71
IX.	Vida pública de Jesús	79
X.	Vida apostólica de Jesús	87
XI.	Eucaristía y últimas enseñanzas de Jesús	99
XII.	Sobre la pasión del Señor	107
XIII.	Vivir el espíritu de Cristo	115

Pág.

XIV. La esperanza y el santo temor 121
XV. Pobreza y espíritu de pobreza 127
XVI. Sobre las tentaciones 135
XVII. Sobre la virtud de la prudencia 141
XVIII. La murmuración 149
XIX. Sobre la confesión 157
XX. La virtud de la justicia 161
XXI. Dirección espiritual 169
XXII. Amor propio 175
XXIII. La mortificación 181

Este libro se terminó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. A.,
de la ciudad de Valencia,
el 16 de abril de 1995,
XX Aniversario del
fallecimiento del Padre

L D
✠
V M

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera.* Valencia.

1931 *La vida del espíritu.* Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.

1943 *Directores de Ejercicios Espirituales.* Valencia.

1945 *Manual de las Obreras de la Cruz.* Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.

1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen.* Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.

1952 *Estímulos.* Moncada (Valencia).
Reediciones: Moncada (Valencia), 1962; Valencia, 1995.

1955 *El arte de encomendarse a Dios.* Valencia.

1955 *Formación moral y acción de apostolado.* Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.

1962 *Cantoral.* Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.

1964 *Constituciones.* Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.

1978 *Habla el Boletín...* Valencia.

1978 *Espigando.* Valencia.

1989 *Retiros,* 4 vols. Valencia.

1995 *Luces sobre el celemín.* Valencia.

1995 *Señor, que vea...* Valencia.

1995 *¡Tú puedes...!* Valencia.